



**PONTIFICIA
UNIVERSITÀ
GREGORIANA**

ISTITUTO DI SPIRITUALITÀ

Tesi di Licenza

MARÍA, MADRE Y MORADA DE PERFECCIÓN

**La misión maternal de María en la generación y santificación
del cristiano**

Studente: **Raúl Hernández Pérez**

Matricola: **166003**

Professore: **Prof. D. Emmanuele Rotundo**

Anno Accademico 2019 - 2020

INTRODUCCIÓN

«Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial» (Gal 4,4-5). No podemos considerar a la Virgen María como una figura independiente que se basta a sí misma para adquirir pleno sentido. Ella forma parte del plan divino de la salvación sobre la humanidad trazado desde antiguo por cuya Anunciación se «inaugura “la plenitud de los tiempos” (Gal 4,4), es decir, el cumplimiento de las promesas y de los preparativos». Dios, por pura benevolencia, quiso contar con su maternal colaboración para «concebir a aquel en quien habitará “corporalmente la plenitud de la divinidad” (Col 2, 9)»¹, dando inicio con ello a la obra suprema de la redención por la que los hombres «son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado, son restituidos a la gracia»² y reciben en premio la adopción filial. Sólo en el marco de este plan divino podremos comprender su persona y su misión.

María es elegida entre todas las mujeres como el nuevo paraíso terrenal de cuya tierra virgen ha de ser formado por la acción del Espíritu Santo el nuevo Adán, Jesucristo Hijo de Dios encarnado. Para ello el Señor se preparó esta digna morada preservándola de aquel pecado que por desobediencia contrajeron nuestros primeros padres, de modo que ella es la «Tota Pulchra», la «llena de gracia» (Lc 1,32), «el fruto más espléndido de la Redención»³. Con razón ha de ser considerada verdaderamente Madre de Dios pues gestó en sus entrañas purísimas y alumbró en el tiempo preciso al Hijo de Dios altísimo que es Dios mismo. Pero su misión maternal no se agota en este parto divino. «Por su fe y obediencia libres colaboró a la salvación de los hombres»⁴ pues ella es la Virgen Madre «esclava del Señor» (cf. Lc 1,38) que

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 484.

² Del *Pregón Pascual* de la Vigila de Pascua.

³ CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Sacrosanctum Concilium*. (4.12.1963) 103, en AAS 56 (1964), 97-163.

⁴ CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Lumen Gentium*. (21.11.1964) 56, en AAS 57 (1965) 5-71. (En adelante citaremos este documento como LG).

«pronunció su “fiat” *loco totius humanae naturae* (ocupando el lugar de toda la naturaleza humana): Por su obediencia, ella se convirtió en la nueva Eva, madre de los vivientes»⁵. La maternidad divina de María en la economía de la salvación se prolonga en una maternidad espiritual que ejerce en el seno de la Iglesia a beneficio de los discípulos de su Hijo, «a cuya generación y educación coopera con amor materno»⁶.

¿En qué sentido se ha de entender la maternidad espiritual de María? ¿Se trata de una maternidad alegórica o hay algo de real en esta consideración? El objetivo principal de este trabajo es descubrir toda la riqueza que se esconde detrás de esta afirmación mariana pero no con la intención de ofrecer un título más para honrar a la Santísima Virgen —aunque se presentarán argumentos suficientes que justifican la maternidad espiritual de María como una realidad no metafórica— sino con el deseo de adentrarnos en su valor espiritual como medio de santificación en la vida de fe. Cristo en el momento cumbre de la redención, en la figura del discípulo amado, nos confirió a su Madre como un bien supremo equiparable a los dones preciados que él mismo nos ha legado (su Palabra, la Eucaristía, el Espíritu...) para nuestra glorificación⁷. Estamos llamados a acoger a María en nuestras vidas «como algo propio» (Jn 19,27) que nos permitirá avanzar favorablemente en la vía de la perfección, entendiendo esta acogida como un itinerario de espiritualidad cristiana vivido desde María, que para nada debemos considerar paralelo o contrario a Cristo, único mediador de los hombres, sino más bien como un medio eficaz que nos procurará de forma perfecta y singular la madurez de la gracia bautismal, es decir, la unión íntima con Jesucristo y por él con el Padre en el Espíritu Santo. María «no es un mero peldaño que debe ser superado para alcanzar a Jesús, sino que en ella encontramos al mismo Cristo»⁸ haciendo más profunda nuestra comunión con él.

Con el título elegido para el presente trabajo, *María, madre y morada de perfección*, he querido reflejar el doble oficio maternal que el Concilio Vaticano II en la *Lumen Gentium* atribuye a María en la economía de la salvación, a saber, la generación y educación de todos los redimidos⁹. Afirmar que María es madre espiritual es sostener que ella, por medio de la generación, coopera de alguna forma a transmitir en los fieles cristianos la vida de gracia: «Uno por uno, —nos advierte el salmista— todos han nacido en ella» (Sal

⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 511.

⁶ LG 63.

⁷ Cf. S. DI FIORES, *María Madre de Jesús*, 348-349.

⁸ S. DI FIORES, *María Madre de Jesús*, 351.

⁹ Cf. LG 63.

86,5). Y junto a la función de engendrar le corresponde la valiosa tarea de educar a la nueva prole, o lo que es lo mismo, colaborar con el Espíritu Santo en la maduración espiritual de aquellos que han renacido a una nueva vida en Cristo hasta que este sea plenamente formado en ellos y puedan decir como San Pablo «ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Para ello, María se convierte no solo en un perfecto modelo de fe al que debemos seguir, sino en morada de perfección, el nuevo templo de Dios en donde lo humano y lo divino se reconcilian en mística unión.

Uno de los mayores logros del Concilio Vaticano II en relación al campo de la mariología es sin duda el haber situado correctamente a María en la Historia de la Salvación y en la vida de la Iglesia. En el plan divino de la redención revelado por Jesucristo se reserva un lugar muy particular a María, escogida por Dios para ser Madre del Verbo eterno y, en virtud de esta maternidad divina, madre de todos los redimidos. Por esta razón el primer capítulo estará ampliamente dedicado a analizar la misión maternal de María en la obra de la redención partiendo del estudio de algunos textos neotestamentarios en su mayoría, con la intención de presentar los fundamentos bíblicos que justifiquen la maternidad espiritual de la Santísima Virgen en la misión de la Iglesia. Si en los evangelios sinópticos esta maternidad es tan solo esbozada, sin duda en el evangelio de Juan se manifiesta de forma mucho más clara. Será en los Hechos de los Apóstoles y en el libro del Apocalipsis donde aparezca como un hecho considerado por la primera comunidad cristiana en estrecha relación con la Iglesia. María mejor que nadie merece el título de «madre de todos los que viven» (Gn 3,20) es por eso que concluiré este capítulo comentado de forma concisa el paralelismo que hay entre ella y la primera mujer, Eva.

En el segundo capítulo abordaremos el tema desde la Tradición y el Magisterio de la Iglesia. Como puente de unión entre los datos revelados en las Sagradas Escrituras y las declaraciones más recientes del magisterio eclesial, en un primer punto expondremos muy sintéticamente casi dos mil años de historia con el fin de evidenciar que el argumento en cuestión se encontraba latente en la reflexión teológica desde los primeros siglos del cristianismo. Nuestra mayor atención se centrará sobre todo en el Concilio Vaticano II, que como ya se ha dicho supuso un gran avance para la mariología especialmente en lo concerniente a la función maternal de María en el Cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, para concluir deteniéndonos en el magisterio pontificio postconciliar quien nos proporciona amplios fundamentos bíblicos y teológicos que corroboran esta afirmación, dando una importancia singular a la encíclica *Redemptoris Mater* del Papa Juan Pablo II dedicada especialmente a la mediación maternal de la Santísima Virgen.

Finalmente, después de hacer una pequeña síntesis acerca de la función maternal de María en la Historia de la Salvación, concluiremos este trabajo con un tercer capítulo dedicado expresamente a la reflexión teológico-espiritual del tema a partir de la extraordinaria obra de San Luís María Grignion de Monfort: *El tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. El santo misionero apostólico profundiza sobremanera no sólo en el modo en que la Virgen María ejerce su misión maternal sino también en los deberes propios de cada cristiano para con tan tierna madre, proponiéndola como un medio eficaz de santificación viviendo las promesas bautismales.

CAPÍTULO I

Misión maternal de María en la obra de la redención Reflexión bíblica

El lugar que ocupa María en la obra de la redención es único e irremplazable. Ella sola entre todas las mujeres de la estirpe de Eva fue escogida por Dios como madre de aquel que «ha de regir a todas las naciones» (Ap 12,5), Jesucristo Hijo de Dios verdadero. Por su abandono confiado a la voluntad divina, la Santísima Virgen es asociada a la redención del género humano colaborando con el Espíritu Santo en la obra de los siglos: la Encarnación del Verbo eterno del Padre, lo que la convierte realmente en Madre de Dios. Sin embargo, su cooperación maternal no queda reducida tan solo al plano biológico, sino que está llamada a prolongarse hasta la consumación del mundo en una maternidad espiritual. Así, el objetivo de este primer capítulo será presentar los fundamentos bíblicos que atestiguan la veracidad de esta afirmación a partir de una amplia selección de textos, en su mayoría neotestamentarios, donde es destacada considerablemente la misión maternal de María en la economía de la salvación. Esta función es ya prefigurada en los textos del Antiguo Testamento, quienes «iluminan poco a poco con más claridad la figura de la mujer, Madre del Redentor»¹⁰ y cuya interpretación ha de ser realizada siempre a la luz del Nuevo Testamento. Es por esta razón que al final del capítulo ofreceré una pequeña reflexión sobre el paralelo entre las dos mujeres María y Eva. Por último, puntualizar antes de adentrarnos en la exposición del capítulo, que a la hora de buscar el sentido mariológico de los diversos textos escriturísticos estudiados he buscado clarificar primeramente su sentido cristológico y eclesiológico pues «solo en el misterio de Cristo se esclarece plenamente [el] misterio»¹¹ de María.

¹⁰ LG 55.

¹¹ IOANNIS PAULI PP. II, *Litterae Encyclicae Redemptoris Mater*. (25.03.1987) 4, en AAS 79 (1987) 364-365. (En adelante citaremos este documento como RM).

1. Gálatas 4,4-5

Dada la antigüedad de la carta de San Pablo a los Gálatas (escrita entre los años 55-57)¹² nos encontramos sin lugar a duda ante uno de los textos más antiguos del Nuevo Testamento referente a María. Es el único de los pasajes paulinos en el que Pablo hace una referencia expresa a la madre de Jesús, aunque no menciona su nombre. Se ha de puntar que al apóstol no le interesa señalar aspectos biográficos de la vida de Jesús, sino que su testimonio está centrado en el anuncio de la encarnación, pasión, muerte y resurrección de Cristo y su alcance salvífico para toda la humanidad. Por ello, la intención principal de la frase «nacido de mujer, nacido bajo la ley» es el querer subrayar la verdadera humanidad de Jesús, haciéndose semejante a nosotros, así como su sumisión a la ley de Moisés para hacernos a todos partícipes de la vida divina¹³.

Pero, aunque Pablo toca de pasada este dato de la vida de Jesús, no por ello carece de importancia y nos lleva a unas conclusiones más profundas. En Gálatas 4,4-5 encontramos el dogma fundamental de la doctrina mariana: la maternidad divina. Para Pablo, Jesucristo es verdaderamente Dios, procedente según la carne de los israelitas, como podemos deducir de la carta a los Romanos: «De ellos también procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén» (Rm 9,5). En nuestro texto concreta esa procedencia según la carne: «cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley» (Rm 9,5). María aparece estrechamente ligada a este momento culminante de la historia de la salvación «como criatura escogida por Dios para ejercer un papel en el corazón del cumplimiento escatológico»¹⁴: ser la Madre de Cristo, manifestando con ello dos semblantes de la misión kenótica del Verbo:

El paralelo “nacido de mujer” con “nacido bajo la ley”, muestra que se trata de dos aspectos característicos de la condición inferior del hombre. El Padre no ha querido ahorrar a su Hijo la humildad del nacimiento humano. Por otra parte, este mismo abajamiento tiende a elevar la humanidad hasta la altura de Dios, porque el Verbo hace de una mujer la “madre de Dios”. Desde este punto de vista María lleva en sí el signo manifiesto de la nueva dignidad del destino humano¹⁵.

¹² Cf. AA.VV., *Comentario al Nuevo Testamento*, III, 505.

¹³ Cf. M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 14.

¹⁴ M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 74.

¹⁵ J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 105.

Finalmente hacer simplemente una mención a la opinión, no ajena a discusiones, de algunos exegetas que ven en este texto una referencia implícita a la maternidad virginal de María ya que no se hace ninguna referencia al padre humano, así como una referencia a la primera mujer (Eva) y su descendencia¹⁶.

2. Evangelio de Marcos

A diferencia de los demás sinópticos, el evangelio de Marcos no hace ninguna referencia a la infancia de Jesús por lo que las reseñas a María son prácticamente nulas. En todo el evangelio tan solo nos encontramos con dos: Mc 3,20.31-35 y Mc 6,1-6a. En ambas se habla de la relación de Jesús con sus parientes y en concreto con su madre.

En el primer texto, ante el aviso de que sus familiares le estaban buscando para llevárselo, Jesús lanza una pregunta acerca de quién es su verdadera familia a la que él mismo se responde señalando a los que estaban a su alrededor: «estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3,34-35). Algunos exegetas, especialmente en el ámbito protestante, han querido interpretar estos versículos en clave anti-mariana¹⁷, lo cual refuta Ratzinger en un comentario a los textos paralelos de Lc 8,19-21 y Lc 11,28, señalando que esto solo se muestra en apariencia.

En realidad, estos textos declaran dos nociones muy importantes. La primera es que, además del nacimiento físico único de Cristo, hay otra dimensión de la maternidad que puede y debe continuar. La segunda noción es que esta maternidad, que permite nacer continuamente a Cristo, se basa en la escucha, guarda y cumplimiento de la palabra de Jesús. Pero ahora bien, precisamente Lucas, de cuyo evangelio están tomados estos dos pasajes, caracteriza a María como la oyente arquetípica de la Palabra, la que lleva en sí la Palabra, la guarda y la hace madurar. Esto significa que, al transmitir estas palabras del Señor, Lucas no niega la veneración de María, sino que quiere conducirla precisamente a su verdadero fundamento. Indica que la maternidad de María no es sólo un acontecimiento biológico único; que, por tanto, ella fue, es y seguirá siendo madre con toda su persona¹⁸.

En el segundo texto de Marcos Jesús es presentado como «el hijo de María» (6,1-6a) sin ninguna referencia a José o «al hijo del carpintero» como señalan otros evangelistas (cf. Mt 13,55; Lc 4,22; Jn 6,42). Tan sólo Dios aparece como el Padre de Jesús y es invocado con el apelativo familiar de

¹⁶ Cf. AA.VV., *Comentario al Nuevo Testamento*, III, 515.

¹⁷ Cf. M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 15.

¹⁸ J. RATZINGER, «El signo de la mujer», en *María, Iglesia naciente*, 41.

Abba. Esta carencia por parte del evangelista, de manifestar una paternidad humana y en su lugar subrayar la paternidad divina, es para muchos expresión de la concepción virginal de Jesús¹⁹.

3. Los evangelios de la infancia: Mateo y Lucas

Con el título *Evangelios de la infancia* son conocidos los dos primeros capítulos de Mateo y Lucas que nos ofrecen la mayor parte de las noticias acerca de María. Ellos recogen hechos no solo de carácter bibliográfico sino también teológicos acerca del nacimiento y la infancia de Jesús. El evangelista Lucas los va a presentar desde la perspectiva de María, en cambio Mateo lo hará desde la perspectiva de José²⁰.

Sobre el género literario de estos relatos se ha discutido muchísimo acerca de donde encuadrarlos. Evitando entrar en las diversas opiniones por razones de espacio expongo lo que dijo Benedicto XVI, en su libro *La infancia de Jesús*, acerca del tema:

Lo que Mateo y Lucas pretendían –cada uno a su propia manera– no era tanto contar «historias» como escribir historia, historia real, acontecida, historia ciertamente interpretada y comprendida sobre la base de la Palabra de Dios. Esto quiere decir también que su intención no era narrar todo por completo, sino tomar nota de aquello que parecía importante a la luz de la Palabra y para la naciente comunidad de fe. Los relatos de la infancia son historia interpretada y, a partir de la interpretación, escrita y concentrada²¹.

3.1 *Evangelio de Mateo (Cap. 2)*

Podemos afirmar, a diferencia del evangelista Marcos, que en el primero de los evangelios la imagen de María adquiere un notable protagonismo, acompañada de una mayor profundización en la tarea que desempeña en la historia de la salvación. La figura de la Virgen será situada «en un contexto lleno de reminiscencias mesiánicas, puesto que la esperanza del Antiguo Testamento en el Mesías está ligada no al padre sino a la madre (Gen 3,15; Is 7,14)»²², y será presentada como la madre del Mesías-Rey²³.

¹⁹ Cf. J. GALOT, *María. La donna nell'opera della salvezza*, 129.

²⁰ Cf. M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 15-16.

²¹ BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, 24.

²² M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 86.

²³ Mt 1,23 señala la encarnación del Verbo como el cumplimiento de la profecía de Is 7,14. Esto da a entender que «lo mismo que la madre de Ezequías dio a luz un niño que garantizó la permanencia de la casa de David, así también María da a luz un hijo, que se sentará para siempre en el trono de David, en el Israel de Dios. Las dos madres son reinas. [...] Lo que sucedió en tiempos de Ajaz alcanza ahora su cumplimiento perfecto en la

Aunque son ricas las referencias marianas en el evangelio de Mateo, voy a detenerme tan solo en aquellas que nos ofrece el capítulo 2 pues guardan mayor relación con el tema del presente trabajo.

En dicho capítulo se hace notar una relación muy estrecha entre la madre (María) y el niño rey-Mesías (Jesús). En el episodio de la adoración de los Magos, cuando estos entran en la casa, el texto señala que «vieron al niño con María su madre» (2,11), omitiendo decir nada sobre la figura de José que obviamente se encontraría también presente. Para algunos exégetas esta apostilla parece querer evocar al rango oficial y al poder que la madre del rey poseía en la dinastía davídica, mucho más grande que el de una madre sobre su hijo. Recibía el título de *gebiráh*, la “Gran Dama”, y era la encargada de poner la corona al rey (Cant 3,11) así como administrar su herencia una vez muerto²⁴. En el *Libro primero de los Reyes* (2,19) podemos apreciar esta importancia cuando Salomón manda colocar un trono a la derecha del suyo para ser ocupado por su madre.

María además de ser presentada en la adoración de los Magos «como la nueva *gebiráh* del reino mesiánico»²⁵, adquiere en su función materna, bastante resaltada por el evangelista, la dimensión de ser *signo*. Por un lado para que el niño sea reconocido como Mesías por el pueblo gentil; por otro, dado el interés eclesial de Mateo en su evangelio, María aparece como Aquella que acoge en la comunidad cristiana (simbolizada en la “casa”) a los hombre de toda raza y nación para ofrecerles a Jesús; y finalmente Ella parece ser garantía de la identidad del Hijo pues a partir del episodio de la adoración de los Magos siempre que se hace una referencia al niño aparece unido el apelativo «con su madre» (Mt 2,13.14.20.21). Sin lugar a duda el evangelista quiere resaltar una unidad inseparable entre ellos dos: aquel que cree en el Mesías encuentra también a su madre. Este vínculo de unión se estrechará en el largo periodo conocido como *La vida oculta*, donde Jesús vivirá sujeto a María (también a José) como señala el evangelista Lucas (2,51). Tal vinculación no la tendrá jamás con ningún hombre y mujer²⁶.

3.2 *Evangelio de Lucas*

De los evangelistas, quien más datos nos ofrece de forma detallada sobre la Madre de Jesús es sin duda Lucas. Su exposición no se limita tan solo a presentarnos aspectos de la vida y persona de la Virgen María, sino que está

concepción virginal de Cristo, *hijo de David y Dios con nosotros*» (Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 93-94).

²⁴ Cf. M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 19.

²⁵ M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 19.

²⁶ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 86-87.

verdaderamente interesado en profundizar en el protagonismo que esta tiene dentro de la Historia de la Salvación, así como su relación con la Iglesia naciente (Esto lo desarrolla en el Libro de los Hechos de los Apóstoles).

Dada la abundancia de datos mariológicos que nos ofrece el evangelio lucano, aquí también me ceñiré a comentar aquellos que arrojan mayor luz sobre la maternidad espiritual de María y su colaboración al proyecto salvífico divino.

3.2.1 El relato de la Anunciación (Lc 1,26-38)

El texto de la Anunciación es insertado en el evangelio justamente después del anuncio a Zacarías. Con ello el evangelista pretende hacer un paralelismo entre el nacimiento de Juan Bautista, cumbre de los tiempos de preparación veterotestamentaria, y el nacimiento de Jesús, plenitud de los tiempos escatológicos²⁷.

Acerca del género literario del texto se ha discutido bastante, pues muchos exégetas contemplan en él aspectos propios del anuncio de un nacimiento, de una vocación, de una alianza, y algunos menos perciben un género apocalíptico. El motivo de percibir esta gran variedad literaria puede ser debido a que el

anuncio del ángel a la Virgen representa un momento cumbre hacia el que camina todo el Antiguo Testamento y no es extraño, encontrar resonancias de sus temas mayores, porque ciertamente se trata de un texto entretelado de alusiones veterotestamentarias, cuya finalidad primordialmente cristológica no empaña la riqueza mariana, sino que la realza²⁸.

La primera parte (1,26-27) nos sitúa el texto de forma cronológica (al sexto mes del anuncio a Zacarías) y geográfica (Nazaret, una ciudad de Galilea), así como una presentación de los personajes que van a formar parte de la acción: por un lado está Gabriel, que pertenece a la clase suprema de los ángeles como sugiere Lc 1,19; y por otro María, a la que se refiere en primer lugar como una virgen —queriendo con ello el evangelista dar cumplimiento a la profecía de Is 7,14—, y señalando finalmente que se encuentra desposada con un hombre de la estirpe de David, llamado José, que por medio de su paternidad legal da cumplimiento a la profecía de Natán (2 Sam 7,16)²⁹.

Para adentrarnos en el cuerpo del texto (Lc 1,28-38) he preferido ir comentando de forma precisa algunos versículos ya que nos aportan ricamente

²⁷ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 96.

²⁸ M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 97.

²⁹ Cf. M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 22.

aspectos importantes de la misión maternal de María en la Historia de la Salvación.

a) «*Alégrate*» (*χαίρε*) (Lc 1,28)

La primera palabra del ángel Gabriel a María es un saludo. Algunos lo han interpretado como un simple saludo sin más (era habitual saludar así en el mundo de los griegos) pero otros ven en él algo mucho más profundo pues esta misma palabra, de las cuatro veces que aparece en el Antiguo Testamento, tres de ellas «indican el gozo mesiánico prometido a Jerusalén, particularmente a la hija de Sión (a Jerusalén como personificación del pueblo)»³⁰. Especial importancia tiene el pasaje del profeta Sofonías (3,14-17) por el parecido que guarda con el texto del evangelio: «Alégrate, hija de Sión (“Alégrate, llena de gracia”) [...] El rey de Israel, el Señor (“Él reinará”), está en medio de ti [...] ¡No temas! (“No temas, María”) ¡Sión, no desfallezcas!». El Señor tu Dios está en medio de ti (“He aquí que concebirás en tu seno”), valiente y salvador (Jesús: Salvador)...»³¹. Todo ello indica que María en la Anunciación tiene un papel representativo. Aparece pues, como personificación de Israel, de la hija de Sión, de la Iglesia naciente, con la que Dios quiere establecer una alianza que afectará ya no simplemente a un sujeto colectivo, como era el Pueblo de Dios, sino a toda la humanidad, pues los efectos salvíficos del Mesías davídico se extendían a todas las naciones (cf. Sal 2,8; 72,8)³². Dios desea la salvación del mundo y cuenta con María para llevar adelante esta sublime empresa³³.

b) «*Llena de gracia*» (*κεχαριτωμένη*) (Lc 1,28)

Es el apelativo con que el ángel se refiere a María por primera vez, antes incluso de mencionar su nombre³⁴, «poniendo así de relieve el aspecto principal que el Señor ve en la personalidad de la Virgen de Nazaret»³⁵. Es una expresión en la que el verbo μένη se encuentra en participio pasivo manifestando con ello que se trata de una acción realizada en el sujeto (María) por otra persona (Dios). Además el prefijo κε hace que la palabra χαριτω esté

³⁰ M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 23.

³¹ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 100.

³² JUAN PABLO II, «Audiencia general. La nueva hija de Sion».

³³ Cf. J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 44.

³⁴ Algunos exégetas ven en él la implantación de un nuevo nombre a María, en similitud al cambio del nombre propio de tantos personajes del Antiguo y Nuevo Testamento (pensemos en Pedro) cuando recibían una misión por parte de Dios, aunque la mayoría de los exégetas se decanta por pensar que es solamente una nota característica. (Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 102).

³⁵ JUAN PABLO II, «Audiencia general. María, la “llena de gracia”».

en tiempo perfecto lo que da a entender que es una acción que proviene del pasado, antes de la anunciación, y que perdura en el presente como algo estable y permanente, no puntual o pasajero³⁶, por ello la mejor forma de traducir el vocablo sería con la expresión «“hecha llena de gracia” o “colmada de gracia”, lo cual indicaría claramente que se trata de un don hecho por Dios a la Virgen»³⁷. Cabe señalar que esta expresión en el evangelio de Lucas es la única vez que aparece en toda la Sagrada Escritura³⁸.

c) «*El Señor está contigo*» (Lc 1,28)

Esta expresión que aparece varias veces en la Biblia (Gn 26,24; 28,13-15; Ex 3,11-12; Jue 6,12; 2 Sam 7,9; 2 Cr 36,23) es referida siempre a aquellos a quienes Dios les confía una misión salvadora que proviene de él para beneficio del pueblo³⁹.

d) «*Concebirás en tu seno*» (Lc 1,31)

Es un pleonasma utilizado por Lucas que para muchos autores está indicando de nuevo el tema de la Hija de Sión, «que debe alegrarse, porque Dios está en medio de su pueblo, en su seno (Sof 3,15b y 17a)»⁴⁰. Esta profecía ve su realización en la concepción virginal de María.

e) «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del altísimo te cubrirá con su sombra*» (Lc 1,35)

La mayoría de los exégetas consultados están de acuerdo en apuntar que estas dos expresiones hacen referencia a episodios del Antiguo Testamento⁴¹. La primera de ellas («El Espíritu Santo vendrá sobre ti») guarda relación con Gn 1,2, cuando el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas al principio de la creación. Otro aspecto a señalar es que Lucas utiliza el mismo verbo (ἐπελθόντος) en Hch 1,8 para referirse a la promesa de la venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia hecha por Cristo. Con todo ello, vemos que «el autor del tercer evangelio describe al Espíritu Santo —por cuya actividad apareció la primera creación— creando en María como tierra virgen la humanidad de

³⁶ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 101-103.

³⁷ JUAN PABLO II, «Audiencia general. María, la “llena de gracia”».

³⁸ Hch 6,8 afirma que Esteban estaba *lleno de gracia*, pero el término utilizado para expresarlo es diferente: πλήρης χάριτος, lo que da a entender que no es algo que haya sido siempre así y que permanezca en el tiempo. (Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 100).

³⁹ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 103.

⁴⁰ M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 105.

⁴¹ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 109-111; M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 25; C. POZO, *María, nueva Eva*, 228-230.

Cristo y recreando en ella el nuevo Israel de la alianza nueva —la primera Iglesia—»⁴².

La segunda expresión («*el poder del altísimo te cubrirá con su sombra*») quiere hacer referencia a la nube que cubría con su sombra la Tienda del Encuentro llenando así la Santa Morada de la presencia de Dios, hasta tal punto que Moisés no podía entrar en ella (Ex 40,34-35). Con ello, Lucas

afirma no sólo la acción creadora del Espíritu sino la misma presencia de Dios en la Virgen en el sentido más fuerte del término, porque Ella será la nueva arca de la alianza en la cual se hace presente el mismo Dios [...] transformado este seno virginal en su santuario, en el santo de los santos vivientes⁴³.

f) «*Aquí está la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra*» (Lc 1,38)

Estas palabras con las que culmina toda la perícopa, expresan la entera disponibilidad y colaboración de María al proyecto redentor de Dios anunciado por el ángel. Lo hace con la expresión “esclava del Señor”, sinónimo de “siervo”, muy utilizado en el Antiguo Testamento para referirse a todos aquellos que han sido llamados a ejercer una misión en favor del pueblo. Cabe destacar aquí el “siervo sufriente” que el profeta Isaías presenta como ejemplo de fidelidad a Dios para rescate del pueblo por sus pecados⁴⁴. Con su sí, «María entra en la Historia de la Salvación con sentimientos de disponibilidad total. Su sí es una cooperación positiva e inmediata a la encarnación redentora, en el sentido de que ese “sí” va a permitir su realización»⁴⁵. El Concilio Vaticano II comentando este pasaje, señala citando a los Santos Padres «que María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres. Como dice San Ireneo, “obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano”»⁴⁶. J. Galot contempla aquí algo novedoso, ya que es la primera vez que en la Biblia se pide consentimiento en un anuncio de maternidad. Él ve en ello una decisión por parte de Dios de instaurar una alianza con el hombre, pues «no ha querido que su Hijo entrase en la humanidad en virtud del solo acto de su decisión divina: la venida del Salvador ha debido ser el resultado por un lado de la iniciativa suprema del Padre como del consentimiento de María»⁴⁷, asociando así la

⁴² M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 110.

⁴³ M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 111.

⁴⁴ Cf. JUAN PABLO II, «Audiencia general. La esclava obediente del Señor».

⁴⁵ C. POZO, *María, nueva Eva*, 233.

⁴⁶ LG 56.

⁴⁷ J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 25.

maternidad humana a su paternidad divina en la encarnación del Verbo y en la generación de sus hijos adoptivos.

3.2.2 La visitación de María a su prima Santa Isabel (Lc 1,39-56)

En el relato de la Visitación podemos percibir una cierta analogía con el hecho veterotestamentario del traslado del Arca de la Alianza por el Rey David (2Sam 6,2-11). En ambos relatos se observa que tanto el Arca como María se dirigen hacia la región de Judea; su presencia es causa de alegría y gozo. El Arca lo es para Jerusalén y María para Juan Bautista; hay un personaje que se reconoce indigno de recibirlos en su morada: David e Isabel; permanecen por tres meses en una casa: el Arca en la de Obededón y María en la de Isabel; y por último ambos son una fuente de bendición⁴⁸. Hemos de advertir, como ya decíamos en el punto anterior, que esta similitud de María con el Arca de la Alianza ya aparece en el relato lucano de la encarnación, en concreto en las palabras del Ángel «...y el poder el altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1,35), pero con la diferencia que aquí el parecido es mucho más clarividente, queriendo subrayar el evangelista con ello la presencia real de Dios en el seno virginal de María, dato que también nos es revelado por las palabras de Isabel: «Y ¿de dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor?» (Lc 1,43).

En esta analogía hemos señalado que tanto el Arca como María, por ser portadores del Señor, son causa de alegría y bendición para todos aquellos que salen a su encuentro, evidenciando con ello la función mediadora de ambos. En la Visitación esta mediación de María queda patente tanto en Juan Bautista como en Isabel. El evangelio señala que «en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno» (Lc 1,41). Es el primer encuentro entre el Mesías y el Precursor gracias a María, quedando este último inundado de la alegría que era anunciada en el Antiguo Testamento cuando llegase el Mesías prometido. Algunos consideran este episodio como el primer milagro de Jesús obrado por medio de su Santísima Madre en orden a la gracia⁴⁹. Pero no solo el saludo de la Virgen llena de alegría a Juan Bautista, sino que también Isabel se vio agraciada, quedando llena del Espíritu Santo, como señala el evangelio (cf. Lc 1,41). «La intervención de María produce, junto con el don del Espíritu Santo, casi un preludio de Pentecostés, confirmando una cooperación que, habiendo empezado con la Encarnación, está destinada a manifestarse en toda la obra de la salvación divina»⁵⁰.

⁴⁸ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 119-120.

⁴⁹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 19.

⁵⁰ JUAN PABLO II, «Audiencia general. En el misterio de la Visitación, el preludio de la misión del Salvador».

Otro aspecto que debemos subrayar es la fe de María ponderada en el evangelio por boca de Isabel: «Dichosa tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que te fueron dichas de parte del Señor» (Lc 1,45). Este elogio que hace Isabel de María se puede acentuar si lo comparamos a la fe de Zacarías en el anuncio del ángel. A este se le invita «a creer en un nacimiento maravilloso que se iba a realizar dentro de una unión matrimonial estéril, que Dios quería fecundar. Se trata de una intervención divina análoga a otras que habían recibido algunas mujeres del Antiguo Testamento»⁵¹, en cambio a María se le pide el creer en algo que iba más allá de los pensamientos y esperanzas judaicas, una maternidad virginal, y por lo tanto carecía de cualquier precedente escriturístico donde poder fundamentar su fe. A ella se le pide «dar un salto audaz hacia la oscuridad»⁵², lo que hace que su fe sea más pura que la de Zacarías. En la fe de Abrahán sí que podemos encontrar un paralelismo con la fe de María, pues este, al inicio de la antigua alianza creyó en la promesa de Dios contra toda esperanza, convirtiéndose en padre de una descendencia numerosa. Así María, con su fe al inicio de la nueva y definitiva alianza, influye de forma decisiva en la realización del misterio de la Encarnación⁵³. Por ello con esta ovación de Isabel lo que pretende el evangelista es resaltar la contribución de María en el advenimiento del Salvador y de la salvación. Su fe ha cooperado con la potencia generadora del Espíritu para concebir en su purísimo seno a Cristo Jesús. Fe y maternidad son relacionadas, dando así lugar a una cuestión que será desarrollada especialmente por San Agustín: María es antes madre por la fe que por el seno⁵⁴. Los evangelios señalan cómo normalmente Jesús reclamaba la fe en las personas antes de realizar una acción salvadora. Algo similar ocurre en María, pero con la diferencia de que no se trata de la salvación de un solo individuo sino de toda la humanidad⁵⁵.

El relato concluye con el hermoso cántico del *Magnificat* (cf. Lc 1,46-55). Es la respuesta de María a la alegría que el ángel le invitaba tener en el momento de la Anunciación. Se alegra en Dios su salvador porque ha mirado la “pequeñez” de su esclava, comprendiendo además que esta misericordia de Dios para con ella lo es también para todo el pueblo, «acordándose» así de la promesa que le había hecho a su siervo Abrahán. María anuncia que será

⁵¹ JUAN PABLO II, «Audiencia general. La fe de la Virgen María».

⁵² J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 55.

⁵³ Cf. JUAN PABLO II, «Audiencia general. La fe de la Virgen María».

⁵⁴ «Se cree el [nacimiento] de Cristo, y es concebido por la fe. Primero llega la fe al corazón de la virgen; luego sigue la fecundidad en el seno de la madre» SAN AGUSTÍN, sermón 293, en J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 58.

⁵⁵ Cf. J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 61.

llamada dichosa por todas las generaciones, prolongando de esta forma el elogio de Isabel.

3.2.3 La profecía de Simeón (Lc 2,34-35)

Concluidos los relatos del nacimiento de Jesús, el evangelista describe la presentación de Jesús en el Templo. Por tres veces insiste que la intención de María y José es cumplir con los preceptos de la Ley de Moisés, y esto servirá de marco a Lucas para presentar el encuentro con el anciano Simeón⁵⁶, a quien señala el evangelio como un hombre «justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo» (Lc 2,25). Tomando a Jesús en brazos pronuncia un discurso que está de acuerdo con al significado de su nombre: “Dios es la salvación” y a la vez se dirige a María con unas palabras que aportan luz a aquellas que le fueron anunciadas por el ángel acerca de la misión de su Hijo, definidas por Juan Pablo II como «segundo anuncio a María»⁵⁷: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —¡y a ti misma una espada te traspasará el alma!—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,34-35).

Acerca de la interpretación de las mismas, y sobre todo en lo referente al término “espada”, es motivo de discrepancias para los exégetas ya desde los primeros siglos, pues en los mismos Santos Padres, como declara Stefano di Fiore, no hay unicidad. Algunos como Orígenes, Efrén y Cirilo de Alejandría interpretan esta espada como una vacilación de la fe por parte de María al pie de la cruz, interrogándose acerca de si su Hijo era verdaderamente el Hijo de Dios. Esta interpretación carece hoy de uso pues no está de acuerdo con la imagen de María que presenta el evangelista Lucas⁵⁸; Epifanio ve en ella una muerte violenta de María; Ambrosio y Basilio asocian la palabra “espada” a la Palabra de Dios (Hb 4,12), interpretación que será retomada por algunos exegetas más recientes (Serra, Brown, Fitzmyer...). Entienden que el evangelio de Jesús, como él mismo indica (Lc 12,51-53; Mt 10,34-36), será causa de división en una misma casa y también lo será en María, pues ha de aprender que la obediencia a la Palabra de Dios está muy por encima de los lazos familiares y esto sería para ella causa de dolor como pronto manifestará el evangelista en Lc 2,41-50 (Jesús entre los doctores)⁵⁹. La objeción que se le pone a esta interpretación es que si bien en el conjunto

⁵⁶ Cf. F. BOVON, *El evangelio según San Lucas*, I, 197.

⁵⁷ RM 16.

⁵⁸ Cf. S. DI FIORES, *María Madre de Jesús*, 103.

⁵⁹ Cf. S. DI FIORES, *María Madre de Jesús*, 103.

de las Sagradas Escrituras la espada puede estar referida a la Palabra de Dios, Lucas en ningún momento hace tal identificación.

Exégetas más recientes como Benoit y Laurentin ven en el v.35a una influencia de Ez 14,17, ofreciendo así una interpretación desde la perspectiva de María como *Hija de Sión*. La espada sería la palabra de Jesucristo, que como en Ezequiel se trata de un instrumento por parte de Dios para probar y juzgar a Israel, personificado en María, quien sufriría en su propio corazón las consecuencias de esta prueba⁶⁰. H. Schürmann, sin embargo, lo interpreta más como un sufrimiento personal, el de una madre que sufre el rechazo de un hijo, pero apuntillando que no se trata de cualquier madre, sino la madre del Mesías, que también está implicada en el evento dramático. Este dolor no solamente se reduce al momento de la crucifixión, sino que va mucho más allá, pues el evangelista une muy estrechamente a María con la primera comunidad cristiana (Hch 1,14) para quien «la resistencia contra el Mesías es causa de un dolor profundo, del que la Madre de Jesús también tomará parte de modo personal. Cada rechazo sufrido por el Mesías a causa de Israel —incluso el postpascual— lacera el corazón de la madre»⁶¹.

La mayoría de estas interpretaciones pueden considerarse por validas, pero de entre todas, la más difundida y por lo tanto la más tradicional es la que considera en estas palabras proféticas un anuncio de la unión de la Virgen María a la muerte de Jesucristo en la cruz, defendida por autores como Agustín de Hipona, Paulino de Nola, Lagrange, Feuillet... y su colaboración en la obra redentora⁶². El texto ofrece una serie de datos que favorecen esta interpretación, aunque no exenta de objeciones pues, por ejemplo, Lucas no indica que María estuviese presente en el momento de la crucifixión⁶³.

El evangelista señala que «cuando se cumplieron los días en que debían purificarse, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor» (Lc 2,22). La purificación de la mujer era una exigencia en la ley de Moisés pues se la consideraba “impura” después del parto, aunque es cierto que no de forma moral, sino sólo ritual (no podía participar en el culto ni entrar en el santuario). Y para quedar purificada debía ofrecer un cordero de un año como sacrificio expiatorio, intercambiable por dos tórtolas o dos pichones si carecía de medios de subsistencia (Lev 12,2-8). En cuanto a la presentación del primogénito (memoria de la última plaga de Egipto: la muerte de los primogénitos), la ley marcaba que todo primogénito varón debía ser consagrado al Señor (Ex 13,2.13.15) y para ser rescatado debían pagar

⁶⁰ Cf. F. BOVON, *El evangelio según san Lucas*, I, 214.

⁶¹ H. SCHÜRMAN, *Il Vangelo di Luca*, III/I, 256.

⁶² Cf. S. DI FIORES, *María Madre de Jesús*, 103-104.

⁶³ Cf. A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelio según San Lucas*, 47.

sus padres al sacerdote 5 siclos de plata (Nm 18,16). Esta acción no era necesaria realizarla en el Templo de Jerusalén⁶⁴.

Estos diversos ritos asoman en Lucas entremezclados pues la ofrenda que debía hacer la madre por su purificación parece que es realizada a favor del rescate del hijo, y para introducir el texto no distingue entre el rito de la purificación y la presentación, pues señala que era el tiempo en que «debían [plural] purificarse», como si el niño también la necesitase. Algunos piensan que es un error cometido por el evangelista, pero otros sin embargo opinan la posibilidad de pensar que detrás de esta irregularidad se esconde una intencionalidad, la de crear un vínculo especial entre la madre y el hijo en lo referente al rito de la presentación⁶⁵.

Otro aspecto a destacar es que en el texto no menciona para nada el tema del rescate del niño, sino más bien habla de consagración al servicio de Dios, como lo fue Samuel⁶⁶. El contexto apunta «hacia la dimensión sacrificial de la presentación de Jesús en el templo y el papel desempeñado en ella por María, su madre»⁶⁷ quien «obligada por su pobreza a ofrecer tórtolas o pichones, entrega en realidad al verdadero Cordero que deberá redimir a la humanidad, anticipando con su gesto lo que había sido prefigurado en las ofrendas rituales de la antigua Ley»⁶⁸. De igual forma que la vida de los primogénitos era ofrecida a Dios para la salvación de Israel, ahora Cristo es ofrecido por María para salvación de toda la humanidad como el mismo san Bernardo señala: «Ofrece tu Hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el fruto bendito de tu vientre. Ofrece por la reconciliación de todos nosotros la víctima santa, agradable a Dios»⁶⁹.

Simeón va a ratificar este carácter sacrificial de la ofrenda de Cristo a quien ha señalado como «luz para iluminar a las gentes» (v.32), inspirado en los cantos del Siervo (Is 42,6; 49,6; 52,10). Pronunciará unas palabras proféticas, curiosamente sólo a María, aun estando allí presente José, en las que manifestará el destino dramático del Mesías para poder ser “luz de las gentes”, también señalado en los cantos del Siervo⁷⁰, y lo que esto significa: ser «signo de contradicción [...] para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,34-35). Justo después de las palabras «será un signo de contradicción» (v.34) introduce otras que solo competen a

⁶⁴ Cf. A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelio según san Lucas*, 44-45.

⁶⁵ Cf. J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 254.

⁶⁶ Cf. A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelio según San Lucas*, 44.

⁶⁷ A. VALENTINI, *Maria secondo le Scritture: figlia di Sion e madre del Signore*, 174.

⁶⁸ JUAN PABLO II, «Audiencia general. La presentación de Jesús en el templo».

⁶⁹ SAN BERNARDO, «Sermones litúrgicos I», 381.

⁷⁰ Cf. J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 255-256.

María: «¡Y a ti misma una espada te atravesará el alma!» (v.35). Que sean insertadas precisamente ahí, permiten unir el sufrimiento de Cristo y el de María, simbolizado en la espada que atraviesa su alma, por lo que podemos decir que también «está unida a su Hijo divino en la “contradicción”, con vistas a la obra de la salvación»⁷¹. María, como madre del Mesías, coopera en la obra de la redención, pero no se puede reducir esta cooperación tan solo al momento en que es consumido el Misterio Pascual, sino que se prolonga en toda su existencia⁷².

María, en resumidas cuentas, es presentada como aquella que ofrece su Hijo a Dios en sacrificio agradable para la salvación del mundo, con el que colabora activamente debido al fuerte lazo de unión que hay entre ambos y por el dolor que causará en ella los sufrimientos de su Hijo. Ahora bien, hay que distinguir indudablemente que la ofrenda que hace María a Dios es una ofrenda maternal, en cambio la de Jesucristo es sacerdotal⁷³.

4. María en la Iglesia naciente: Hechos de los Apóstoles 1,14

Seguido al relato de la Ascensión del Señor a los cielos (Hch 1,6-11), Lucas introduce un pequeño sumario para describirnos la situación de la primera pequeña comunidad cristiana en Jerusalén, reunida en «la estancia superior, donde vivían» (Hch 1,13). Allí se encuentran los once, algunas mujeres, María la madre de Jesús y sus hermanos. Señala además dos aspectos importantes de su vida comunitaria: «perseveraban en la oración, con un mismo espíritu» (Hch 1,14). La comunión con Dios y la comunión entre ellos es el signo por excelencia que distingue a esta primera comunidad⁷⁴, «preludio del nacimiento de la Iglesia»⁷⁵, en la espera prometida de la venida del Espíritu Santo, quien les empujará a dar testimonio de fe.

Lucas sitúa a María, la madre de Jesús, entre los presentes. Para algunos exégetas esta pequeña apostilla carece de importancia, en cambio para la mayoría tiene un valor significativo tanto a nivel histórico como teológico, pues «esta presencia de María en la primitiva comunidad, en su calidad de Madre de Jesús, implica la cooperación de la Virgen en la formación de la Iglesia»⁷⁶. Ella, como el propio Concilio Vaticano II indica, «pedía con sus oraciones

⁷¹ JUAN PABLO II, «Audiencia general. La cooperación de la mujer en el misterio de la Redención».

⁷² Cf. J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 260.

⁷³ Cf. J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 259-260.

⁷⁴ Cf. J.A. FITZMYER, *Los Hechos de los Apóstoles*, I, 284-285.

⁷⁵ JUAN PABLO II, «Audiencia general. María y el don del Espíritu».

⁷⁶ M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 141.

el don del Espíritu, que en la Anunciación le había cubierto con su sombra»⁷⁷. Y lo invoca

para sí misma y para la comunidad. Era oportuno que la primera efusión del Espíritu sobre ella, que tuvo lugar con miras a su maternidad divina, fuera renovada y reforzada. En efecto, al pie de la cruz, María fue revestida con una nueva maternidad, con respecto a los discípulos de Jesús. Precisamente esta misión exigía un renovado don del Espíritu. Por consiguiente, la Virgen lo deseaba con vistas a la fecundidad de su maternidad espiritual⁷⁸.

Ella tenía un papel único en la Encarnación del Verbo: su maternidad divina. Por lo que al señalar Lucas su presencia en este momento eclesial decisivo parece sugerir «una extensión de su maternidad en la formación de la Iglesia. María ejerce su acción maternal en el origen de Pentecostés como lo hizo en el origen de la vida y obra de Cristo»⁷⁹. Esta función suya en la venida del Paráclito se encuentra en total consonancia con aquellos relatos lucanos en los que se puede apreciar la complementariedad entre María y el Espíritu Santo. Los textos equiparables son la Anunciación y la Visitación, y pueden ser considerados como prefiguración del acontecimiento de Pentecostés. En la Anunciación el ángel promete a María que el Espíritu Santo vendrá sobre ella (Lc 1,35) y en la Ascensión se promete su venida a los apóstoles (Hch 1,8); en la Visitación «Isabel quedó llena del Espíritu Santo» (Lc 1,41); en Pentecostés los discípulos «se llenaron todos de Espíritu Santo» (Hch 2,4). Esta comparación parece indicar que «habiendo obrado primero con la colaboración maternal de María, en Pentecostés el Espíritu Santo actúa de la misma manera»⁸⁰.

5. María en el evangelio de Juan

Son escasos los textos mariológicos que san Juan nos ofrece en su evangelio, pero los pocos que refiere están situados en momentos cruciales de la vida de Jesús donde María recibe un cierto protagonismo. En concreto solo en dos momentos aparece su figura: uno al principio de la vida pública de Jesús, en las bodas de Caná (Jn 2,1-12) y otro al final, al pie de la cruz (Jn 19,25-27). En ellos María aparece como la «Madre de Jesús» y ligada a la obra redentora de su Hijo, que se prolonga en la Iglesia. Su fe provocará que Jesús realice su primer milagro y suscite la fe de los discípulos. Y su presencia en el calvario es ocasión para recibir de su Hijo una nueva función

⁷⁷ LG 59.

⁷⁸ JUAN PABLO II, «Audiencia general. María y el don del Espíritu».

⁷⁹ J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 361.

⁸⁰ J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 361.

maternal: ser madre espiritual de todos aquellos que han sido redimidos en la cruz. Un dato un tanto curioso es que en ambas perícopas es llamada por Jesús con el apelativo «mujer».

Es importante además, para una mayor comprensión, el tener presente que la finalidad principal del evangelio es cristológica, pues su intención no es otra que presentarnos la Buena Noticia de Jesucristo y todos los demás elementos que en él aparecen, como la figura de María, están en función de este objetivo. Es un evangelio muy rico en alegorías, así como en referencias al Antiguo Testamento para interpretar el misterio de Cristo. Y la mejor exégesis que se puede hacer de un pasaje del evangelio es sin lugar a duda acudiendo al mismo evangelio pues está formado por una estructura totalmente armónica⁸¹.

5.1 *María en las bodas de Caná (Jn 2,1-12)*

El milagro en las bodas de Caná, además de tener la peculiaridad de marcar el «comienzo de los signos» (v.11) obrados por Jesús según el evangelio de Juan, manifiesta que es llevado a cabo gracias a la intercesión maternal de su madre. Estos signos asumen un papel importante en la misión salvadora de Jesucristo, pues son instrumentos que manifiestan su gloria (epifanía) para acreditar que su misión es divina (Jn 11,42) y para suscitar la fe de aquellos que los contemplan (Jn 2,23;6,2.14;7,31;11,47;12,37; 20,30). Que el milagro de las bodas en Caná sea el primero, hace de este signo un arquetipo de los que vendrán después, y al indicar que se lleva a cabo gracias a la iniciativa de la «madre de Jesús», está poniendo de manifiesto la cooperación de María en toda su misión salvadora⁸². Este aspecto también es percible en que el evangelista subraye su presencia de una forma especial al principio de la vida pública de Jesús: «*estaba allí*» (v.1), y luego al final, en el monte calvario: «*junto a la cruz estaba su madre*» (Jn 19,25)⁸³.

Cronológicamente el texto está situado dentro de la semana inaugural del ministerio de Jesús que es descrito casi día por día. En concreto ya al final de la misma, «tres días después» (v.1) del encuentro con Felipe y Natanael (cf. Jn 1,43-51). Para muchos exégetas ven en esta concretización temporal un simbolismo en relación con la creación (el día de la semana del milagro de las bodas de Caná es el sexto), otros con la resurrección de Cristo o con la teofanía del Sinaí que ambas suceden al tercer día (cf. Ex 19,11)⁸⁴.

⁸¹ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 145-146.

⁸² Cf. JUAN PABLO II, «Audiencia general. María en las bodas de Caná».

⁸³ Cf. JUAN PABLO II, «Audiencia general. En Caná, María induce a Jesús a realizar el primer milagro».

⁸⁴ Cf. M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 38.

De especial relevancia es que el evangelista señala la presencia de María en la boda, pero no la llama por su nombre sino que se refiere a ella como «la madre de Jesús» (v.1). Es el título con el que era conocida María en la Iglesia primitiva, queriendo resaltar así «su oficio materno, la función que desempeña en la obra salvífica de su Hijo»⁸⁵. Curiosamente el evangelista de quien primero habla es de María, diferenciándola de Jesús y sus discípulos, a quienes menciona después como invitados también a la boda (v.1-2). Esta primacía de María parece indicar por un lado «que en Caná, como en el acontecimiento fundamental de la Encarnación, María es quien introduce al Salvador»⁸⁶. Pero también algunos exégetas perciben en ello una intencionalidad por resaltar los lazos familiares entre Jesús y María, donde lógicamente ella, por ser la madre, es mencionada antes que al hijo, pero este orden es cambiado al final del relato. Después del milagro, señala el evangelio que Jesús «bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos» (v.12) apareciendo ya Jesús en primer lugar y María en un segundo, pero antes del grupo de los discípulos. Este cambio de orden da a entender que entre ellos se inicia una nueva relación ya no basada en lazos familiares sino en una comunión de fe en Jesús, manifestada en primer lugar por María y luego, gracias a su intervención, por los discípulos⁸⁷.

La Virgen ante el problema que se presenta no duda en acudir a Jesús: «No tienen vino» (v.3). La opinión acerca de la interpretación de estas palabras es diversa. Algunos se quedan en su sentido más inmediato (indicar la falta de vino); otros advierten en ellas una petición a Jesús para que intervenga haciendo un milagro; y finalmente quienes las interpretan de forma alegórica, donde María aparece como representante de Israel que pide al Mesías su intervención salvífica. Hoy, sin rechazar la interpelación alegórica, la mayoría se decanta por decir que se trata de la manifestación de una necesidad, pero abierta a sugerir una intervención extraordinaria ya que Jesús no disponía de vino⁸⁸.

La respuesta de Jesús a primera vista puede ser considerada como un rechazo. La expresión «¿Qué tengo yo contigo, mujer?» (v.4b) es un semitismo bastante frecuente en el Antiguo Testamento, empleado como rechazo de una intervención que se cree inoportuna o como expresión para indicar a una persona que no se desea mantener ninguna comunión con ella. Parece por tanto que estas palabras están marcando una distancia en la relación natural entre Jesús y María, como queriendo decir que el hecho de que sea su madre

⁸⁵ M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 154.

⁸⁶ JUAN PABLO II, «Audiencia general. María en las bodas de Caná».

⁸⁷ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 155.

⁸⁸ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 155-156.

no le da autoridad sobre él para llevar adelante el plan divino de la salvación. Este aspecto se resalta en la palabra «mujer», utilizada por Jesús para referirse a su madre. Con ello «desea poner la cooperación de María en el plano de la salvación que, comprometiendo su fe y su esperanza, exige la superación de su papel natural de madre»⁸⁹. Las siguientes palabras de Jesús acentúan este indicio: «Todavía no ha llegado mi hora» (v.4c). Sin entrar en detalles acerca la discusión que hay entre los exégetas en lo referente a la interpretación de «hora», que para algunos está haciendo referencia a la Pasión y para otros al momento de realizar el primer milagro, esta frase puede ser leída como afirmación o como pregunta. Si se hace como afirmación se plantea una dificultad, y es que Cristo al final realiza el milagro. Aunque también, siguiendo esta clave de lectura, parece poner de manifiesto que la fe de María es puesta a prueba y su confianza en Jesús es premiada. En cambio, si la leemos como pregunta («¿todavía no ha llegado mi hora?») Jesús está indicando que ya ha llegado el momento de su manifestación, y que lo hace no porque deba obediencia a su madre sino por voluntad del Padre⁹⁰.

María parece comprender su nuevo rol en la historia de la salvación y es por eso que deja de dirigirse a Jesús para referirse ahora a los sirvientes, a quienes apremia a hacer su voluntad con las palabras «haced lo que él os diga» (v.5). De nuevo se pone de manifiesto la sublime fe de María, pues sin haber realizado Jesús aún ningún milagro, ella confía plenamente en él. En la Anunciación, el haber creído en Jesús antes de verlo, hace posible la concepción virginal, aquí, su fe en Jesús produce que se dé el primer signo de su manifestación gloriosa y además estimula la fe de los discípulos que después de este milagro creyeron en él⁹¹. «Este episodio representa una etapa en el camino de la fe de María, que comprende que su papel consiste en conducir a los siervos hasta su Hijo para que escuchen su palabra obedeciéndole plenamente»⁹². Otro aspecto a destacar es que en esta expresión nuevamente muchos exegetas perciben un cierto paralelismo con la teofanía del Sinaí, pues es similar a aquella con la que el pueblo responde a Moisés manifestando su fidelidad a la alianza: «Haremos todo cuanto ha dicho Yahvé» (Ex 19,8). María, por lo tanto, en estas sus últimas palabras evangélicas, personificaría a Israel en la aceptación de la nueva y definitiva alianza⁹³.

Se puede vislumbrar, después de todo lo dicho, que el texto nos ofrece un sentido *crisológico*, donde según los Santos Padres la conversión del agua

⁸⁹ JUAN PABLO II, «Audiencia general. María en las bodas de Caná».

⁹⁰ Cf. M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 40.

⁹¹ Cf. JUAN PABLO II, «Audiencia general. María en las bodas de Caná».

⁹² M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 160.

⁹³ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 159-160.

(contenida en las tinajas para las purificaciones de los judíos) en una gran cantidad de vino (signo por excelencia de los bienes mesiánicos), está anunciado el paso de la antigua alianza a la nueva, la conversión de «la Ley de Moisés en Evangelio, portador de alegría»⁹⁴. Así también, que el primer signo sea realizado en el contexto de un banquete nupcial es para algunos Padres medievales prefiguración del simbolismo matrimonial tan característico en el Antiguo Testamento para expresar la relación de Dios con su pueblo. Aquí Cristo aparece como nuevo esposo, y se une a su Esposa, la Iglesia, dándose la unión definitiva entre Dios y los hombres⁹⁵.

Y siempre en relación con este sentido cristológico hemos de comprender el *mariológico*. Si en el texto Jesús se muestra como el Esposo, algunos autores divisan una personificación de la Esposa (Israel o Iglesia) en María, quien aparece asociada a Cristo, cooperando en su misión salvífica desde una nueva dimensión maternal según el espíritu, que se manifiesta en

la solicitud de María por los hombres, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades [...]. [De esta forma María es introducida] en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente, se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. *Se pone “en medio”, o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre*, consciente de que como tal puede hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María “intercede” por los hombres [...]. [Pero además] se presenta ante los hombres como *portavoz de la voluntad del Hijo*, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías. [...] En Caná María aparece como *la que cree en Jesús*; su fe provoca la primera “señal” y contribuye a suscitar la fe de los discípulos⁹⁶.

5.2 *María junto a la cruz de Jesús (Jn 19,25-27)*

Sabemos por los Evangelios Sinópticos que en el monte Calvario se encontraban mujeres presenciando el momento de la crucifixión de Jesús (Mt 27,55-56; Mc 15,40; Lc 23,49) pero en ninguno de ellos se menciona, salvo el Evangelio de Juan, que María se encontrara allí. Aunque podemos señalar una peculiar similitud entre el relato lucano y el joaneo. En ambos, a diferencia de Mateo y Marcos, para indicar la presencia de las mujeres en la escena de la crucifixión utilizan el vocablo εἰστήκεισαν, que en su sentido

⁹⁴ FRANCISCO, «Audiencia general. Las bodas de Caná, una alianza nueva y definitiva».

⁹⁵ Cf. JUAN PABLO II, «Audiencia general. En Caná, María induce a Jesús a realizar el primer milagro».

⁹⁶ RM 21.

semítico viene a significar no solo “estar de pie”, sino también “venir”, “presentarse”, por lo que «tanto Lc 23,49 como Jn 19,25 dicen que los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido, en un caso, y María la Madre de Jesús, en otro, “se presentaron, vinieron”. Pero a diferencia de los primeros, que se mantenían a distancia, la Santísima Virgen “se presentó” junto a la cruz»⁹⁷.

Sobre la interpretación de esta perícopa algunos lo hacen de forma literal, reparando en ella un simple gesto compasivo por parte de Jesús para con su madre, viuda, que queda sola. Esta exégesis se encuentra principalmente con dos inconvenientes si hacemos un análisis más profundo del texto. Por un lado, el evangelista señala que además de María se hallaban presentes otros familiares, como María de Cleofás, lo que nos hace suponer que entre ellos podría haber encontrado una buena acogida. Y por otro, de parte de Jesús hubiese bastado con haberse referido al discípulo invitándole a acoger a su madre, sin embargo se refiere primero a María. La mayoría de los exégetas actuales, unidos al sentir de una tradición eclesial que arranca en el medioevo, consideran esta perícopa como revelación del papel que asume la Virgen en la economía de la salvación: su *maternidad espiritual* en relación a los creyentes representados en el discípulo amado. Trato de resumir a partir de los datos textuales las diversas consideraciones que nos permiten apoyar esta tesis.

Debemos referirnos primeramente a la correlación que hay entre este texto y las bodas de Caná: En ambos se refieren a María con los títulos de «madre de Jesús» (Jn 2,1;19,25) y «mujer» (Jn 2,4;19,26); se hace referencia a la «hora» de Jesús, anticipada en Caná (Jn 2,4) y llevada a su plenitud en el Calvario (Jn 19,27-28); ambos acontecimientos tienen lugar el sexto día: las bodas de Caná al sexto día de la semana inaugural y la crucifixión el sexto día de la semana final (Jn 12,1;18,28;19,31;20,1.19); y finalmente en los dos intervienen los mismos personajes centrales: Jesús, su madre y los discípulos. Este paralelismo hace pensar a los exégetas que ambos textos son una gran inclusión de todo el evangelio. Por lo tanto «si el prodigio de Caná es de carácter mesiánico, si se refiere a la obra del mesías en cuanto tal, es de presumir que también la presencia de María al pie de la cruz tiene una importancia análoga. [...] Ambas [escenas] se refieren a la salvación universal, realizada por Jesús, el Mesías salvador»⁹⁸, y María toma parte en ellas como cooperadora⁹⁹.

⁹⁷ A. SIMÓN MUÑOZ, *El Mesías y la Hija de Sión*, 192.

⁹⁸ A. SERRA, «Biblia», 359.

⁹⁹ Cf. JUAN PABLO II, «Audiencia general. En Caná, María induce a Jesús a realizar el primer milagro».

Para resaltar el valor de este episodio adquiere mucha importancia el versículo que le sigue: «Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido...» (v.28). La expresión μετὰ τοῦτο («después de esto») no está indicando tan solo una sucesión cronológica, sino que «expresa probablemente una concatenación lógica entre dos hechos, como si el segundo fuera una consecuencia con respecto al primero»¹⁰⁰, añadiendo por lo tanto un hecho nuevo a la obra de la redención. Especial relevancia adquiere también el participio εἰδώς («sabiendo»), que aparece cuatro veces en la segunda parte del evangelio de Juan y siempre en relación con los hechos de la «hora» de Jesús (Jn 13,1.3;18,4;19,28), concerniente para la salvación de todos. Con él está expresando el pleno cocimiento por parte de Jesús acerca de todo lo que le iba a suceder, y al estar también en relación con el episodio de María al pie de la cruz, está indicando que con la entrega de madre e hijo Jesús sabe que ahora todo ha llegado a su cumplimiento¹⁰¹. Esta escena es introducida por Juan en el momento cumbre de la salvación universal.

A la hora de catalogar el esquema de la perícopa, hoy la mayoría de los exégetas, impulsados por un artículo del carmelita francés M. de Goedt, se decanta por advertir que estamos ante un esquema de revelación utilizado cuatro veces por el evangelista (Jn 1,21;1,36;1,47;19,25-27). En ambos se sigue el mismo procedimiento: una persona que ve a otra y le dice una frase, introducida siempre con «he aquí», en la que le revela algo que hasta entonces era un misterio acerca de su misión o persona¹⁰². Por lo tanto, de igual forma que Juan Bautista revela de Jesús que es «el Cordero de Dios» (Jn 1,29), y Jesús de Natanael revela que «es un israelita de verdad» (Jn 1,47), ahora desde la cruz Jesús, no está instituyendo algo nuevo, sino que está revelando una realidad ya existente pero que permanecía oculta: «la “mujer” es madre del discípulo y que el discípulo es su hijo, y, por consiguiente, hermano de Jesús»¹⁰³. Se está declarando por un lado la nueva dimensión maternal de María en la economía de la salvación, su “maternidad espiritual”, y por el otro la “filiación espiritual” del hijo, y ambas realidades en el contexto del discipulado de Jesús.

Un aspecto destacable de la perícopa, al igual que en las bodas de Caná, es que Jesús se refiere a su madre con el apelativo «mujer», y al estar relacionado en ambos textos con al tema de la «hora» de Jesús, ha permitido el que se hagan diversas lecturas alegóricas que va más allá de su sentido inmediato. Algunos exegetas lo entienden como un título que es aplicado a

¹⁰⁰ A. SERRA, *Maria a Cana e presso la croce*, 91.

¹⁰¹ Cf. A. SERRA, *Maria a Cana e presso la croce*, 91-92.

¹⁰² M. DE GOEDT, «Un Scheme de revelation dans le quatrième Évangile», 142-150.

¹⁰³ J.C.R. GARCÍA PAREDES, *Mariología*, 149-150.

María y que hace considerarla *nueva Eva* en relación con Génesis 3,20, donde Eva es reconocida como «madre de los vivientes», título que no justifica porque con su pecado es introducida la muerte en el mundo. En cambio María, por su colaboración en la obra de la Redención, recibe la tarea de ser «la nueva madre de los vivientes en estrecha comunión con Cristo, el hombre nuevo, primer nacido de una multitud de hijos»¹⁰⁴. Más adelante profundizaremos en este tema. Otros sin embargo, sin excluir esta primera interpretación, llegan a la conclusión de que María aparece en el calvario como la *Hija de Sión* que da a luz al nuevo Pueblo de Dios. Quien va a dar más consistencias a las tesis expuestas es Serra¹⁰⁵, que ve en el apelativo «mujer» aplicado a María una resonancia comunitaria-ecclesial en relación con la «*reunión de los hijos dispersos de Israel*», que el mismo Sumo Sacerdote Caifás profetiza sobre la muerte de Jesús (Jn 11,51-52). En el Antiguo Testamento estos «hijos dispersos» son aquellos israelitas que, a causa de sus pecados, Yahveh dispersó entre los gentiles, especialmente aquellos que se marcharon al exilio babilónico. Desde allí, por medio de los profetas, Dios los llama a un retorno-conversión, los resucita gracias a la intervención del Espíritu (Ez 37,1-14), es decir, los vuelve a reunir de entre los gentiles conduciéndoles de nuevo, por medio del Siervo sufriente (Is 49,5-6), a la tierra de donde salieron para ser nuevamente un pueblo, con el que hará una nueva alianza que tendrá alcance a todas las naciones del mundo pues serán agregadas al pueblo elegido.

En esta restauración tiene una importancia notable el *Templo*, lugar de la reunificación, pues en él judíos y gentiles se congregarán como un solo pueblo en adoración al único Dios y en el mismo lugar; y *Jerusalén*, considerada la madre de estos hijos innumerables, que canta gozosa pues su esterilidad, a causa del exilio, se ve ahora impugnada por una maternidad prodigiosa y universal¹⁰⁶. Aunque la reconstrucción después del destierro no fue fácil, pues la dominación persa, helenista y finalmente la romana les hacía sentirse dispersos aun viviendo dentro de su tierra, lo que hizo que sus esperanzas fuesen puestas en la llegada del Mesías quien daría cumplimiento pleno a la promesa, con un éxodo aún más glorioso que los anteriores (Egipto y Babilonia). Para Juan esta profecía llega a su cumplimiento con la llegada de Jesús y el acontecimiento pascual, pero con otras connotaciones: los hijos dispersos son todas las “ovejas perdidas” víctimas de las garras de lobos feroces, del maligno, quien las quiere dispersas (Jn 10,12;16,32); el Templo que reunirá a todos ya no será de piedra sino el mismo Jesús resucitado (Jn

¹⁰⁴ M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 175.

¹⁰⁵ Cf. A. SERRA, «Biblia», 361-365.

¹⁰⁶ Así lo expresa Zac 2,14-15; Sof 3,14-18; Jl 2,21-27.

2,19-22). Y puesto que el Hijo es uno con el Padre, esta unidad de todos los dispersados se forjará gracias a que serán introducidos en esa comunión de amor paterno-filial (Jn 17,22-23); y la Jerusalén-Madre es reemplazada por María-Madre. En la tradición bíblica Jerusalén-Sión siempre es representada simbólicamente como una Mujer, lo que nos puede ayudar a comprender el por qué utiliza Jesús este apelativo para refiriéndose a su madre:

En María Jesús indica la personificación de la nueva Jerusalén-madre, o sea, de la Iglesia. Si el profeta le decía a la antigua Jerusalén: «He aquí a tus hijos reunidos juntos» (Is 60,4, Setenta), ahora Jesús dice a su madre: «Mujer, he ahí a tu hijo» (Jn 19,26). Dicho en otras palabras, tenemos una trasposición de imágenes de Jerusalén a la madre de Jesús. Jerusalén era la madre universal de los hijos dispersos de Dios, unificados en el templo místico de la persona de Cristo, que ella [María] revistió de nuestra carne en su seno maternal¹⁰⁷.

A esta interpretación se le puede poner una objeción, pues al igual que María, el discípulo que está presente en la cruz representa también a la Iglesia. La solución la encuentra Serra afirmando que cada uno está representado un papel eclesial diferente. Mientras María aparece como imagen de la Iglesia madre, el discípulo representa a todos los discípulos de Jesús.

Es importante clarificar quien es este «discípulo a quien amaba Jesús». Dejando a un lado su identificación con el autor del cuarto evangelio así como si se trata de san Juan, apóstol del Señor, para muchos autores detrás de esta expresión se esconde un significado alegórico. Según la mayoría de los exégetas no se trata de un discípulo a quien Jesús tendría mayor predilección, sino que, como he dicho antes, se trataría de aquel que ha encontrado el amor del Padre y del Hijo porque ha guardado los mandamientos de Jesús (cf. Jn 14,21). Se trata por tanto del discípulo “tipo” de todos los discípulos que mantienen su fidelidad al Evangelio.

El texto señala que «desde aquella hora el discípulo la acogió entre sus cosas propias» (v.27). El neutro τὰ ἴδια, que implica un sentido de pertenencia, de propiedad, es traducido por muchos exégetas como «cosas propias» o «en su casa», dando a entender que María es acogida como una propiedad material del discípulo. Pero si hacemos un análisis más profundo de las palabras descubrimos que el neutro τὰ ἴδια en el evangelio de Juan adquiere un sentido de propiedad personal y existencial, es decir, que puede significar la acogida tanto de personas como de valores (o no valores). Atendiendo esta consideración, en el contexto de Jn 19,27b, está expresando que María se encuentra entre las “cosas propias” que pertenecen a los discípulos de Cristo, es decir, «los bienes espirituales, los valores de la fe; esos bienes, esos valores de los que el amor de Jesús hacía entrega al discípulo, como, por ejemplo:

¹⁰⁷ A. SERRA, «Biblia», 363.

su palabra (Jn 17,8), el pan eucarístico (Jn 6,51), la paz (Jn 14,27), el Espíritu Santo (Jn 20,22)»¹⁰⁸. La maternidad de María se convierte en un don que el mismo Jesucristo hace a cada creyente para perfeccionar el estado de “discípulo amado”. Y nótese que, aunque se trata de una maternidad universal la suya, es dada a un solo hombre, lo que indica que la relación entre madre e hijo es siempre personal, pues «cada hijo es engendrado de un modo único e irrepetible, y esto vale tanto para la madre como para el hijo»¹⁰⁹.

Finalmente quisiera subrayar otro aspecto importante, fruto del estudio exegético de I. de la Potterie¹¹⁰. El verbo λαμβάνειν (acoger) es utilizado por san Juan en un triple sentido: si acompaña a un objeto (Jn 6,11) o a una persona que es tratada como tal (Jn 18, 31) significa “tomar”; si va acompañado de un don espiritual (Jn 1,16; 4,36; 20,22) tiene el significado de “recibir”; y si está seguido de una persona o su mensaje, que en el evangelio de Juan siempre se refiere a Jesús (Jn 1,12;5,43...) y a sus palabras (Jn 12,48;17,8), exceptuando Jn 19,27b, tiene un sentido no solo de “recibir” sino también de “acoger”, es decir, quiere expresar la fe en Jesús o en su revelación. De estos tres sentidos el que está más de acuerdo con el texto analizado es sin duda la tercera, por lo que el gesto de acogida por parte del discípulo amado está siendo expresión de su fe en el mismo Jesús. O, en otras palabras, concluye de la Potterie, «recibir a Jesús y recibir a la Madre de Jesús (o bien la Iglesia) es todo uno»¹¹¹. Esto nos hace comprender que María, en el evangelio de Juan, solamente puede ser comprendida en relación con la Iglesia, y esta a su vez como prolongación de la obra Redentora de Cristo.

6. La mujer del Apocalipsis (Cap. 12)

Sin querer entrar en discusiones introductorias sobre el libro del Apocalipsis, vigentes a día de hoy, me limito a decir que, según el parecer de un gran número de exégetas, estamos ante un escrito que, tanto por su forma literaria como por su mensaje, puede ser situado en el “círculo joaneo”. Es un texto que se va componiendo de forma gradual, logrando su redacción conclusiva entre los años 90 y 95, a finales del reinado de Domiciano¹¹².

Sin lugar a duda, lo más característico del libro es la cantidad de expresiones e imágenes simbólicas que utiliza para presentarnos su mensaje, lo que le permite por un lado el llegar a una mayor profundidad del mismo, pero a

¹⁰⁸ A. SERRA, «Biblia», 367.

¹⁰⁹ RM 45.

¹¹⁰ Cf. I. DE LA POTTERIE, *La verdad de Jesús. Estudios de cristología joanea*, 214-215.

¹¹¹ I. DE LA POTTERIE, *La verdad de Jesús. Estudios de cristología joanea*, 218.

¹¹² Cf. U. VANNI, «Apocalipsis (Libro del)», 122-123.

la vez hace que su interpretación sea más imprecisa. El capítulo 12, situado en el centro de la obra, nos ofrece un “gran signo” (señal) en el cielo, indicando que se trata de un mensaje de mucha importancia que se debe descifrar y no de algo portentoso que vaya a suceder. Esta “gran señal” es «una mujer, vestida de sol» (Ap 12,1) pero de la que no se revela su identidad. Las opiniones al respecto son dispares. Mientras que en la época patristica se la consideró como imagen de la Iglesia, en el medioevo esta mujer es interpretada como María, la madre de Jesús. La exégesis actual hace una síntesis de estas dos interpretaciones considerando que la mujer de Apocalipsis 12 es figura tanto de la Iglesia como de María. Veamos cómo se llega a esta conclusión.

Los detalles con los que el autor nos describe a esta misteriosa mujer están cargados de numerosas alusiones a los libros proféticos del Antiguo Testamento permitiendo así que salga a relucir ávidamente la figura veterotestamentaria de la “Hija de Sión” y a identificarla como símbolo del pueblo de Israel, del que nació Jesús, el Mesías Salvador (cf. Jn 4,22). En el Nuevo Testamento la figura de la “Hija de Sión” va a ser identificada con la Iglesia, por lo que podemos sintetizar que «en la mujer del Apocalipsis es posible comprender al Pueblo de Dios de las dos alianzas: la Iglesia del antiguo Israel, que se prolonga luego en la del nuevo Israel con Jesucristo y sus discípulos de todos los tiempos»¹¹³.

Examinemos algunos aspectos que lo corroboran. La mujer es representada no como algo perteneciente a la tierra sino al mundo celestial: «vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (v.1). Son los ornamentos propios de la nueva Jerusalén descritos por el profeta Isaías (Is 60,1.19-21), así como los de la esposa del Cantar de los Cantares (6,10). El vestido de sol indica que está envuelta del amor de Dios, de su ternura; la luna a los pies es signo del dominio que ejerce sobre el tiempo; y la corona de doce estrellas, referencia tanto a las doce tribus de Israel (cf. Gn 37,9) como a los doce Apóstoles, es signo de su triunfo, de su victoria gloriosa¹¹⁴. La Sión escatológica aparece como un astro resplandeciente, pero se trata de «una luz recibida, un esplendor que le viene de Dios y de Cristo. La Mujer brilla con una luz que no procede de ella. Dicho de otro modo: la luz, el esplendor de la Iglesia es gracia pura»¹¹⁵, pues en la Biblia el sol es el astro por excelencia que mejor representa a Dios y a Cristo.

La parte que sigue parece enormemente contrastar a esta hermosa descripción: «está en cinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar

¹¹³ A. SERRA, «Biblia», 371.

¹¹⁴ Cf. A. SERRA, «Biblia», 370.

¹¹⁵ I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza*, 295.

a luz» (v.2). La imagen de la mujer con dolores de partos no es algo extraño en la literatura veterotestamentaria. Se trata de un signo que es utilizado para expresar el sufrimiento del pueblo, su aflicción (Jr 4,31), pero también aparece en relación con la “Hija de Sión” que da a luz al nuevo pueblo mesiánico (Mi 4,10; Is 66,6-10, es el más significativo de todos). En el Nuevo Testamento, en concreto en el evangelio de Juan, encontramos la misma escena de parto. En el contexto de la última cena Jesús concibe el paso de este mundo al Padre por su Pasión, Muerte y Resurrección, como un parto (Jn 16,19-22) en el que se va a dar a luz algo novedoso, una generación mística¹¹⁶. Esto nos hace entender «que los dolores de parto de la Mujer de Ap 12,2 no deben relacionarse con el nacimiento corporal y virginal de Jesús en Belén, sino con el alumbramiento doloroso del nuevo Pueblo de Dios, a través de la cruz y la resurrección»¹¹⁷.

El texto sigue señalando que la Mujer «dio a luz un hijo varón, el que ha de pastorear a todas las naciones con vara de hierro» (v.5). ¿Quién es este “hijo varón”? Los exégetas manifiestan que este versículo es claramente una cita del Salmo 2,9 («Los gobernarás con cetro de hierro»), considerado mesiánico por la tradición judía y cristiana. Por lo que se está identificando el varón nacido con el Mesías, es decir, con Jesús, pero no relacionado con su nacimiento en Belén como ya indicamos, sino con su Resurrección, considerada también en el Nuevo Testamento como nuevo nacimiento. Así lo pone de manifiesto San Pablo en Hch 13,32-33: «También nosotros os anunciamos la Buena Noticia de que la promesa que Dios hizo a nuestros padres, nos la ha cumplido a nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús. Así está escrito en el salmo segundo: Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy». Nótese que en esta perícopa para referirse a Jesús es citado el Salmo 2,7: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy». La Resurrección marca el inicio, el “nacimiento” del Cristo glorificado, y esto nos permite el comprender mejor las palabras que siguen en el texto del Apocalipsis: «y fue arrebatado su hijo junto a Dios y junto a su trono» (v.5). Está indicando la Asunción gloriosa de Jesús a los cielos¹¹⁸. En resumen. Para muchos autores la figura de la Mujer parturienta que da a luz a un «hijo varón» es imagen de la comunidad eclesial que está engendrando a Cristo en medio del mundo y esto será causa de dolor como de parto hasta que Cristo sea formado en todos (cf. Gal 4,19). Pero aquí se plantea una paradoja, como indica I. de la Potterie, pues resulta extraño que la Mujer sea interpretada como imagen de una colectividad, en este caso del pueblo mesiánico, y el Hijo sin embargo de forma individual.

¹¹⁶ Cf. A. SERRA, «Biblia», 371.

¹¹⁷ I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza*, 298.

¹¹⁸ Cf. I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza*, 298-299.

Si la Mujer está representando a la “Hija de Sión”, en el AT no da a luz un individuo sino a todo un pueblo. De la Potterie, llega a la conclusión de que el «hijo varón» dado a luz por la Mujer está simbolizando ciertamente al Cristo personal, pero leído el texto en su totalidad descubrimos aspectos que convienen a la vez tanto al Cristo personal como al Cristo místico. Sirva como ejemplo que la victoria sobre el Diablo no será tan solo en el tiempo de «la autoridad de Cristo» (Ap 12,10) sino también en el de sus hermanos: «Ellos lo vencieron en virtud de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio que habían dado» (Ap 12,11). El texto considera a todos los fieles hermanos de Jesús (Ap 12,17), por lo que también han de ser estimados como hijos de la Mujer¹¹⁹.

La huida de la Mujer al desierto hace también referencia al Pueblo de Dios, en su estancia en el desierto por cuarenta años después de haber salido de Egipto. El desierto es el lugar de la prueba, donde el pueblo se prepara para entrar en la tierra prometida, pero a la vez es también un lugar de encuentro con Yahveh, donde se experimenta su presencia y protección ante los peligros. La Iglesia revive esta experiencia pero de forma diferente. Será un tiempo de persecución donde tendrá que mantener vivo el testimonio de Jesús, pero del que saldrá victoriosa pues estará siempre protegida por Dios.

Después de todo lo dicho queda demostrado a grandes rasgos, que la Mujer de Ap 12 está simbolizando tanto a la “Hija de Sión”, entendida como el Pueblo de Dios del AT, y a la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios nacido del misterio Pascual de Cristo. Pero ¿podemos identificar también a esta Mujer con María, la Madre de Jesús? Desde luego que no puede excluirse, y así es el sentir de no pocos exégetas. No debemos olvidar que María siempre aparece como figura de la Iglesia en los escritos pertenecientes al “círculo joaneo” y para referirse a ella utiliza la palabra “Mujer”. Esto permite crear un vínculo entre la Mujer que aparece en el Apocalipsis y la que aparece en otros textos del evangelio de Juan, en concreto Jn 19,25-27, María al pie de la cruz.

Siguiendo un artículo del exégeta André Feuillet¹²⁰, podemos identificar un triple paralelismo entre estos dos textos: en los dos la madre de Jesús es llamada «Mujer»; ambas tienen otros hijos a parte de Jesús: María recibe en la cruz como hijo a Juan, representante de todos los “discípulos amados” y la Mujer del Apocalipsis, como ya hemos indicado, además del Mesías tiene otros hijos (cf. v.17); y por último esta maternidad espiritual de la Mujer está ligada en ambos textos al acontecimiento de la Cruz, representado en el Apocalipsis de forma metafórica con los dolores de parto. Solamente podemos

¹¹⁹ Cf. I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza*, 299-300.

¹²⁰ Cf. A. FEUILLET, «Le Messie et sa Mère: d’après le chapitre xii de l’Apocalypse», 81.

subrayar una importante diferencia entre ambos textos, y es que en Jn 19,25-27 se pone el acento en la figura personal de María, como madre de Jesús, sin embargo en Ap 12 en quien se centra la atención es la Iglesia, pero esta diferenciación es complementaria, pues la Iglesia, Esposa del Cordero, es el cumplimiento de lo que ya se realizó primeramente en la figura de María. Por ello podemos concluir diciendo que

la figura de la Mujer en Ap 12 tiene, pues, una significación a la vez eclesial y mariana, sobre todo bajo el aspecto de la maternidad de la Mujer, es decir, en virtud de la relación que guarda con sus hijos. Ella es la madre del Hijo varón al que ha dado a luz, pero, en el ámbito espiritual, es también —y esto se aplica tanto a María como a la Iglesia— madre de otros hijos, «el resto de su descendencia»¹²¹.

7. Síntesis conclusiva: María, nueva Eva (Gn 3,15.20)

Los textos mariológicos del Nuevo Testamento analizados revelan una importante evolución en la figura de María que nos invita a pasar de lo puramente personal e individual, a algo mucho más funcional y colectivo. Esta evolución, como hemos señalado, se percibe claramente en el evangelio de Juan, cuando Jesús, las dos veces que se refiere a su madre lo hace con el apelativo «Mujer» (cf. Jn 2,1-12; 19,25-27), buscando resaltar considerablemente la misión que desempeña María en la Historia de la Salvación. Esto ha permitido que ya desde los primeros siglos de la Iglesia, muchos autores viesen en las perícopas del evangelio de Juan: el milagro en las bodas de Cana (Jn 2,1-12) y la presencia de María al pie de la cruz (Jn 19,25-27), una referencia implícita a Génesis 3,15.20, poniendo en paralelo la figura “Mujer-María” con la de “Mujer-Eva”. María recibe el título de “nueva Eva”, considerándola como la mujer que, asociada a la obra redentora de Cristo, vence definitivamente a la serpiente (cf. Gn 3,15), y recibe la función de ser «la madre de todos los vivientes» (Gn 3,20), es decir, de todos aquellos que creen en Jesucristo¹²². Esta comparación no está lejos de la intencionalidad del autor del cuarto evangelio «que presenta la obra de Cristo como una nueva creación. Cuando ella comienza, en la cruz, junto al hombre nuevo aparece la mujer nueva, la nueva Eva»¹²³. Pero quizás el texto del “círculo joaneó” en el que mejor se percibe esta alusión a Génesis 3,15 es sin lugar a duda en Ap 12,13, donde es narrada la lucha entre el Dragón y la Mujer.

Otros autores antiguos como Justino e Ireneo, hacen este paralelismo partiendo del texto de la Anunciación (Lc 1,26-38), contraponiendo el modo de

¹²¹ I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza*, 307.

¹²² Cf. R. LAURENTIN, «Nueva Eva», 1474-1475.

¹²³ E. MARTÍN NIETO, «Mujer, María la», 700.

actuar de Eva con la serpiente (demonio), al de María con el Ángel. El Concilio Vaticano II se servirá de esta comparación, para hablar de la participación de María en la obra de la Salvación: «El Padre de las misericordias quiso que el consentimiento de la que estaba predestinada a ser la Madre precediera a la Encarnación para que, así como una mujer contribuyó a la muerte, así también otra mujer contribuyera a la vida»¹²⁴.

Para una mayor profundización en la consideración de María como nueva Eva, analizaremos de forma sintética el texto de Génesis 3,15, conocido como “Protoevangelio”, sirviéndome principalmente del minucioso estudio realizado por el sacerdote jesuita Cándido Pozo, contenido en su libro *María, nueva Eva*¹²⁵.

Para descubrir el verdadero sentido de este breve oráculo divino y su valor para la mariología es necesario clarificar antes su valor mesiánico. Aunque algunos exégetas expresan su desacuerdo en considerar este texto como un anuncio de las esperanzas mesiánicas del pueblo de Israel varias son las razones que sí aprueban esta interpretación. En un primer momento, con la expresión «establezco enemistad entre ti y la mujer» (v.15a) está indicando por parte Dios una intervención salvífica. Entre la mujer y la serpiente (representación del demonio y del pecado) se ha creado un lazo de unión que no permite una posible ruptura por el solo esfuerzo humano, lo que hace necesario la intervención divina, expresada en la enemistad que Dios establece entre las dos, una enemistad que se prolongará en el tiempo y que sólo se satisfará, como expresa el sentido del término hebraico *êbâh* (enemistad), con el derramamiento de sangre¹²⁶.

Esta enemistad que aparecía individualizada entre la mujer y la serpiente, en un segundo momento es trasladada a un plano colectivo, «entre tu linaje [el de la serpiente] y su linaje [el dela mujer]» (v.15b), pero al final, cuando se anuncia el desenlace de la historia con la derrota de la serpiente, ocurre algo inesperado, pues de nuevo se pasa a un sentido individual: «él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañal» (v.15c). La serpiente aparece de nuevo individualizada, sin embargo el linaje de la mujer sigue siendo el sujeto de la acción, claramente expresado con el pronombre *hû* (él). La *Vulgata* sin embargo lo traducirá por *ipsa* (ella), dando entender que es la mujer quien aplasta la cabeza de la serpiente, pero la mayoría de los exégetas están de acuerdo en que su traducción correcta es «él».

Esta afirmación parece un poco discrepante, pues si se individualiza el adversario, lo lógico es que también se particularice en un individuo el linaje

¹²⁴ LG 56.

¹²⁵ Cf. C. POZO, *María, nueva Eva*, 146-175.

¹²⁶ Cf. C. POZO, *María, nueva Eva*, 147-149.

de la mujer que lo derrotará. Una aclaración la podemos encontrar en la traducción del vocablo *zera'* (linaje) que puede tener un sentido colectivo (descendencia) o individual (semilla). Por el contexto de la frase, en la que se habla de un pie que se alzaré para aplastar la cabaza de la serpiente mientras que esta intenta acecharle el calcañar, se ha optado por el segundo, dando a entender que la victoria proviene de parte de un descendiente de la mujer, y así lo ha manifestado también la traducción de los LXX que ha utilizado *αὐτός* (él, masculino), en lugar de *αὐτό*, que sería lo correcto pues linaje en griego es neutro. Esto permite descubrir que los LXX «no sólo han visto una individualización del significado en 15c, sino que han entendido la culminación del versículo en sentido mesiánico»¹²⁷. Podemos deducir por lo tanto que el descendiente de la mujer se trata del Mesías, Cristo.

Una vez aclarado el sentido mesiánico de la perícopa nos queda ahora descubrir la identidad de la mujer. Sin lugar a duda no se puede dudar que «la mujer» se está refiriendo en su sentido inmediato a Eva, que es quien ha estado hablando con la serpiente y la que se ha dejado seducir por ella. Pero esto no impide que encontremos un sentido más profundo a la figura de esta mujer y pueda estar representado a otra persona. Esto lo confirma el hecho de que la afirmación de 15c rebasa a Eva, pues el triunfo de la mujer que allí se anuncia no se corrobora después en el versículo siguiente (v.16) donde Eva aparece como pecadora, sufriendo las consecuencias trágicas de su acto.

En este contexto, la oposición entre “la serpiente” y “la mujer” es ya un elemento punitivo para “la serpiente” y triunfal para “la mujer”. Sin excluir a Eva de esa oposición, es imposible reducir a ella todo el alcance de 15a. Lo que allí se nos ofrece es una imagen triunfal de “la mujer”. Si tal imagen se hubiera realizado en plenitud en Eva, no se comprende cómo este gran canto triunfal sobre Eva [...] ha quedado sin eco en la Escritura¹²⁸.

De aquí deducimos la necesidad de buscar otra mujer que dé cumplimiento pleno a la enemistad con la serpiente, y la Tradición eclesial, ya desde el siglo II, ha visto en María, la madre del Mesías, la figura de la “nueva Eva” en unión siempre con la Iglesia.

El “Protoevangelio” manifiesta la colaboración de la mujer con el hombre en la victoria sobre la serpiente, pero la relación entre ambos ya no es la de esposa y esposo, sino que es elevada a un amor más profundo, a la relación entre madre e hijo, lo que permite que la colaboración de la mujer sea más inmediata y directa. Pero ¿por qué recibe mayor énfasis esta cualidad maternal y no la esponsal? «El relato de la caída —afirma J. Galot— parece indicar que el pecado afecta a la generación humana. Por reacción, Dios pone en la

¹²⁷ Cf. C. POZO, *María, nueva Eva*, 158.

¹²⁸ C. POZO, *María, nueva Eva*, 162.

generación misma un principio de victoria y de salvación: con su maternidad la mujer da al mundo al vencedor de la serpiente»¹²⁹. De esta forma mientras una mujer contribuyó a la entrada del pecado en el mundo, otra, la nueva Eva, María, «coopera en el acontecimiento salvífico de la Redención. Así en la Virgen, la figura de la “mujer” queda rehabilitada y la maternidad asume la tarea de difundir entre los hombres la vida nueva en Cristo»¹³⁰.

¹²⁹ J. GALOT, *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, 253.

¹³⁰ JUAN PABLO II, «Audiencia general. “Mujer, he ahí a tu hijo”».

CAPÍTULO II

Maternidad espiritual de María en la doctrina católica Reflexión histórica

La consideración de María como “madre espiritual de los creyentes” se trata de una verdad adecuadamente cimentada en las Sagradas Escrituras, como se ha podido apreciar en el capítulo anterior. La Santísima Virgen, por pura benevolencia divina y con la aprobación de su libre voluntad, es escogida de entre todas las mujeres como medio a través del cual el Verbo de Dios se hace presente en el mundo para hacer realidad la obra de la redención. Esta misión maternal de María no se reduce tan solo al plano biológico, sino que desde el árbol de la Cruz (cf. Jn 19,25-27) se le revela que está llamada a prolongarse en una maternidad espiritual hacia aquellos que a través de los siglos abrazarán la fe en su Hijo. Partiendo de esta verdad revelada nace en el interno de la Iglesia el deseo de reflexionar acerca de cómo la Virgen María ejerce esta nueva función maternal.

El objetivo principal de este segundo capítulo será por tanto abordar la cuestión de la maternidad espiritual de María desde la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, vislumbrando como se ha explicitado y precisado esta doctrina a lo largo de los siglos hasta nuestros días. Comenzaremos para ello ofreciendo una pequeña visión panorámica y muy sintética de aquello que se ha dicho al respecto desde los primeros siglos hasta el Concilio Vaticano II, a quien sí dedicaremos una mayor atención ya que supuso, como veremos reflejado en el capítulo VIII de la *Lumen gentium*, un verdadero cambio en la comprensión del lugar que ocupa María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. En él queda patente de una forma precisa la función materno-espiritual de la Virgen para con los creyentes, considerándola «nuestra madre en el orden de la gracia»¹³¹ y consecuentemente proclamada por el Papa Pablo VI «Madre de la Iglesia».

¹³¹ LG 61.

Al Concilio le siguió una época de gran entusiasmo por renovar la Iglesia e insertarla en el mundo actual, sin embargo, aunque el capítulo VIII de la *Lumen gentium* causó conmoción eclesial, los años posteriores se caracterizaron principalmente por un silencio casi total en lo referente a la cuestión mariana. Será a partir de los años 70 cuando se retome de nuevo la reflexión mariológica, especialmente por el magisterio de los papas quienes procuraron en sus documentos pontificios implicarse en lograr una mayor profundización y desarrollo de la mariología conciliar, así como su ulterior aplicación en la vida de la Iglesia¹³². Dedicaremos una singular atención a algunos de los documentos marianos del magisterio de Pablo VI y Juan Pablo II quienes hicieron grandes aportaciones a la reflexión teológica sobre la maternidad espiritual de María, finalizando nuestro discurso con una breve reseña a algunos escritos de Benedicto XVI donde trata el tema en cuestión.

1. La maternidad de María a en la Tradición de la Iglesia: una visión general desde el siglo III hasta el Concilio Vaticano II

La figura de María ha tenido siempre un puesto reverente en la Tradición de la Iglesia. Al respecto, merecen ser destacadas principalmente la doctrina de los santos Padres, quienes le dedicaron «páginas de alto valor teológico y espiritual»¹³³, así como el Magisterio de los primeros concilios ecuménicos (Constantinopla, Éfeso y Calcedonia), donde se le procuró una breve pero valiosa atención con el fin de solventar conflictos de índole cristológica¹³⁴. Temas como su maternidad divina, su virginidad, la ejemplaridad de su vida... focalizaron el centro principal de las diversas reflexiones en los primeros siglos de la Iglesia, procurando tímidamente alguna referencia a su maternidad respecto a los creyentes pues, aunque se vivía, consideraban indigno el referirse a la madre de Dios con el apelativo de madre nuestra. Una mayor profundización de esta afirmación se irá despertando lentamente en la reflexión teológica¹³⁵ como se expondrá a continuación de forma concisa.

Aunque rompo el orden cronológico de los diversos autores a los que voy a referirme, me parece oportuno comenzar haciendo mención al concilio de Éfeso (431) y la definición dogmática de la *Θεοτόκος* (María, Madre de Dios), pues se ha de considerar que en el prodigioso acontecimiento de la maternidad divina de María tienen su fundamento todos los demás títulos

¹³² Cf. C. GARCÍA LLATA, «Católica postconciliar», 258-259.

¹³³ GIOVANNI PAOLO II, «Discorso di Giovanni Paolo II durante la visita alla pontificia facoltà teologica “Marianum”».

¹³⁴ Cf. GIOVANNI PAOLO II, «Discorso di Giovanni Paolo II durante la visita alla pontificia facoltà teologica “Marianum”».

¹³⁵ Cf. T.F. OSSANNA, «Madre nuestra», 1205.

con los que es estimada, entre ellos el de su maternidad espiritual para con los creyentes, pues «en virtud de esa maternidad divina, entra a formar parte del orden hipostático; es un elemento indispensable —en la actual economía de la divina Providencia— para la encarnación del Verbo y la redención del género humano»¹³⁶.

San Ireneo de Lyon (†202), en el tratado *Contra las herejías*, expone su doctrina acerca del papel que María desempeña en la salvación del género humano¹³⁷. Partiendo de la idea paulina de la recapitulación (cf. Ef 1,10), expresa que en el plan divino de la salvación no hay otra intencionalidad que la de recomenzar la obra de la creación en Jesucristo, Hijo de Dios, presentándolo como el nuevo Adán que restaura en los hombres la imagen y semejanza con Dios, perdida a causa del pecado. Cristo recorre el mismo camino de la caída para que todo sea restaurado, considerando justo que la restauración de Adán sea en Cristo y, partiendo del paralelismo entre las dos vírgenes (Eva-María), la restauración de Eva sea en María, gracias a su obediencia, en contraposición a la desobediencia de la primera¹³⁸. Es en este punto donde viene a afirmar la consideración de María como la nueva Eva que regenera a toda la humanidad en Dios, es decir, la madre de la nueva generación de vivientes¹³⁹.

San Epifanio de Salamina (†402), para explicar en qué sentido Cristo es el primogénito de María (cf. Lc 2,7), acude a las cartas paulinas donde Cristo es considerado «primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29). Esto no quiere decir que María haya dado a luz más hijos después de Cristo, sino que por él otros muchos adquieren el ser hijos adoptivos de Dios, por lo que, recurriendo al paralelismo Eva-María, se ha de considerar a María como la verdadera madre de todos los vivientes, en lugar de Eva¹⁴⁰, así como considerarla causa de vida para el género humano¹⁴¹.

En occidente será primero San Ambrosio (†397) y luego San Agustín (†430), quienes consideren a María como aquella que mediante la caridad coopera en la generación de los fieles para la Iglesia, cuerpo de Cristo, y en engendrar a los miembros para Cristo, cabeza de la Iglesia¹⁴².

Otros autores a destacar son: San Pedro Crisólogo (†450) quien maravillado por el sí de la Virgen en la anunciación al proyecto redentor de Dios,

¹³⁶ A. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, I, 70.

¹³⁷ Cf. IRENEO DE LYON, *Contra las herejías*, LIBRO III, 22.4.

¹³⁸ Cf. T. KOEHLER, «Historia de la mariología», 836-837.

¹³⁹ Cf. T.F. OSSANNA, «Madre nuestra», 1205

¹⁴⁰ Cf. L. GAMBERO, *Padri e altri autori greci*, I, 400-401.

¹⁴¹ Cf. T. KOEHLER, «Historia de la mariología», 839.

¹⁴² Cf. T.F. OSSANNA, «Madre nuestra», 1205.

sostiene que esto permite que María sea considerada la verdadera madre de los que viven en virtud de la gracia¹⁴³; San Ambrosio de Auperto (†781) reafirma la consideración de llamar a María “madre de los elegidos”, es decir, madre de aquellos que por la gracia asocia a Cristo redentor¹⁴⁴: «si Cristo es el hermano de los creyentes, ¿por qué no llamar a su madre “la madre de los fieles”?»¹⁴⁵; San Jorge de Nicomedia (†860) señala que desde la cruz, Jesús no solo hizo a María madre de Juan, sino de todos los demás discípulos¹⁴⁶; Juan el Geómetra (s. X) «afirma que “María no es solamente la madre de Dios, sino nuestra madre común, porque ella profesa a todos los hombres afecto e inclinación... y toma a todos en sus brazos” y la llama “la nueva madre común [...], madre de todos nosotros juntamente y de cada uno”»¹⁴⁷.

En el periodo escolástico merecen ser citados San Anselmo (†1109), quien compuso hermosas oraciones en honor a María, invocándola abiertamente como madre nuestra mientras describe cuál es su papel en la historia de la salvación: «¡Oh Señora!, eres, pues, [...] la madre de la salvación y de los salvados. ¡Oh feliz confianza, oh seguro refugio! La madre de aquel en quién únicamente esperamos y al que únicamente tenemos, es nuestra madre; la madre de aquel, que es el único que salva o condena, es nuestra madre»¹⁴⁸. También San Bernardo (†1153) considerará sin duda alguna que María, madre de Dios, es madre nuestra¹⁴⁹. Por su parte San Bernardino de Siena (†1444) expresa la maternidad de María para con nosotros de nueva forma: «ella es nuestra madre no por simple adopción (juridicismo feudal), sino por una relación materno-filial y espiritual, en el orden de la gracia de Dios»¹⁵⁰. Será Antonino de Florencia (†1459) quien sintetice los varios aspectos propios de esta maternidad para con los hombres, poniendo como fundamento de su exposición tanto la Encarnación como la presencia de María en el Calvario¹⁵¹.

Con la reforma llevada a cabo por Lutero (†1546) la devoción mariana será desacreditada aunque no rechazada, como se puede comprobar en su comentario al Magnificat, donde mantiene referencias eclesiales a María como la Madre de Dios siempre virgen, intercesora de los cristianos,

¹⁴³ Cf. T.F. OSSANNA, «Madre nuestra», 1205.

¹⁴⁴ Cf. T.F. OSSANNA, «Madre nuestra», 1205.

¹⁴⁵ T. KOEHLER, «Historia de la mariología», 843.

¹⁴⁶ Cf. R. E. BROWN, *El Evangelio según Juan. XIII-XXI*, II, 1332.

¹⁴⁷ T.F. OSSANNA, «Madre nuestra», 1205.

¹⁴⁸ J. ALMEDA, *Obras completas de San Anselmo*, II, 321.

¹⁴⁹ Cf. T.F. OSSANNA, «Madre nuestra», 1205.

¹⁵⁰ T. KOEHLER, «Historia de la mariología», 846.

¹⁵¹ Cf. T. KOEHLER, «Historia de la mariología», 846.

inmaculada, madre de los fieles... pero rechaza que sea invocada como abogada y mediadora (títulos reservados únicamente a Cristo), así como colaboradora activa en la obra de la salvación¹⁵². Con el tiempo, por miedo a exageraciones y excesos en su devoción, como consideraba Lutero que ocurría entre los cristianos, quiso poner fin a toda muestra de afectividad a María. Por su parte, el Concilio de Trento (1545-1563), discretamente se limitará a considerar legítimo el culto a la Virgen y a que cuando se afirma la universalidad del pecado original su intención no es incluir a María en él¹⁵³.

En los últimos dos siglos (XIX-XX) merece ser destacado el magisterio de los Papas, quienes también han mostrado su preocupación pastoral por divulgar y hacer comprensible a los fieles la consideración de María como madre nuestra:

Pío IX, el papa de la Inmaculada, escribía: «la madre de Dios es madre amantísima de todos nosotros; a todos se ofrece propicia y a todos clementísima, y con singular amor amplísimo tiene compasión de las necesidades de todos». León XIII: «Como llamamos a Dios padre, así tenemos derecho a llamar y a tener a María como madre». Pío X la llama «madre de Dios y de los hombres juntamente. ¿No es acaso madre de Dios? Por tanto es también nuestra madre...». Pío XI: «Tú eres la madre de todos... Bajo la cruz fue constituida madre de todos los hombres». Pío XII la llama «madre común universal de los creyentes..., madre santísima de todos los miembros de Cristo». El florilegio mariano de Juan XIII es riquísimo en referencias a María, madre del papa y de los obispos; a ella confía la Iglesia y el Concilio¹⁵⁴.

2. La maternidad espiritual de María en el capítulo VIII de la *Lumen gentium*

El Concilio Vaticano II ha originado uno de los documentos doctrinales más relevantes y armónicos sobre la bienaventurada Virgen María¹⁵⁵. El capítulo VIII de la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, considerado por San Juan Pablo II como «la carta magna de la mariología de nuestra época»¹⁵⁶, se ha convertido en un obligatorio punto de referencia para el desarrollo de la doctrina mariana postconciliar. Sin querer hacer una exposición extensa de la mariología, así como la de resolver cuestiones aun no aclaradas en el campo de la teología, su principal intención es la de «explicar cuidadosamente tanto la función de la Santísima Virgen en el misterio del

¹⁵² Cf. S. DI FIORES, *María Madre de Jesús*, 188.

¹⁵³ Cf. T. KOEHLER, «Historia de la mariología», 847.

¹⁵⁴ T.F. OSSANNA, «Madre nuestra», 1206.

¹⁵⁵ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 445.

¹⁵⁶ JUAN PABLO II, «Audiencia general. La madre de Cristo resucitado».

Verbo encarnado y del Cuerpo místico, cuanto los deberes de los hombres redimidos para con la Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los hombres, especialmente de los fieles»¹⁵⁷. Para ello procurará capital importancia al concepto de “maternidad”, pues compendia perfectamente los lazos que unen a María con la Iglesia en su Hijo Jesucristo, no sólo por ser la madre del Dios-Hombre sino también por estar unida a su obra redentora (es madre del Dios-Hombre Redentor)¹⁵⁸: «restaurar la vida sobrenatural de las almas». Es por ello que merece ser reconocida como «nuestra madre en el orden de la gracia»¹⁵⁹.

2.1 *Nuevo enfoque mariológico del Concilio Vaticano II*

Dada la importancia que supone este documento magisterial para el desarrollo de la mariología del postconcilio, considero necesario antes de adéntranos en la síntesis doctrinal del documento, el presentar brevemente una serie de cuestiones teológicas, históricas, estructurales y metodológicas que influenciaron en la composición del documento y que proyectan luz sobre el tema que traemos en cuestión.

2.1.1 *Perspectiva histórica del capítulo VIII de la *Lumen gentium**

El capítulo VIII de la *Lumen gentium* es fruto de un largo proceso de redacción en el que se busca conciliar los dos movimientos mariológicos precedentes a la convocatoria del Concilio. Por un lado están aquellos que despliegan una doctrina mariológica no centrada tanto en sus privilegios (como se había venido haciendo hasta entonces) sino que consideran ser más correcto el ahondar en su figura desde el misterio de Cristo como único mediador, salvador y redentor de la humanidad¹⁶⁰. Junto a este movimiento que podemos llamar cristotípico, surge el eclesiotípico, quien pretende considerar a María desde su relación con la Iglesia. Con esta diversidad en lo referente a la comprensión de la mariología es convocado el Concilio Vaticano II por su santidad el papa Juan XXIII¹⁶¹.

En la fase preparatoria, ante los diversos temas que fueron enviados a la Santa Sede para ser tratados en el Concilio, llegaron unas 600 peticiones solicitando que se hable de la Virgen María, de las cuales 385 piden en concreto que se trate la cuestión de María como mediadora de todas las gracias, relacionada por algunos padres con su maternidad espiritual, y que sea definida

¹⁵⁷ LG 54.

¹⁵⁸ Cf. J. FERRER ARELLANO, «Filosofía cristiana», 431.

¹⁵⁹ LG 61.

¹⁶⁰ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 446.

¹⁶¹ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 446.

dogmáticamente, teniendo en cuenta la cuestión ecuménica¹⁶². Se decide introducir el tema mariano como un capítulo perteneciente al vasto documento sobre la Iglesia, llamado *De Ecclesia et de beata virgine Maria*. En dicho capítulo se expone muy sencillamente el lugar que ocupa María en la Iglesia, los privilegios que le ha otorgado su Hijo y los deberes que para con ella hemos de tener los cristianos¹⁶³. El esquema sufrirá varias redacciones, sin modificarse las indicaciones que señalan la doble relación que tiene María con Cristo y la Iglesia, lo que llevará finalmente a la creación de un nuevo esquema separado del documento *De Ecclesia*¹⁶⁴. En él aparecerá acentuado su aspecto maternal y eclesial en lo referente a la mediación mariana¹⁶⁵.

Al final de la primera sesión del Concilio, este nuevo esquema mariano es enviado a los Padres sinodales con el título *De beata Maria Virgine, matre Ecclesiae*, para ser revisado y manifestar si se cree oportuno el introducirlo en el documento sobre la Iglesia¹⁶⁶. Esta cuestión es debatida en la segunda sesión y puso de manifiesto la división que había entre los Padres sinodales: aquellos que confirmaban su integración contra los que preferían que estuviese separado para salvaguardar la singularidad de María. Es llevado a votación, y por una pequeña diferencia de votos fue aprobada la petición de introducirlo en *De Ecclesia*, lo que conlleva el tener que hacer un nuevo esquema para poder ser integrado. Este nuevo esquema llevará por título aquél con el que será reconocido el capítulo VIII de la *Lumen gentium: De beata Maria virgine Deipara in misterio Christi et Ecclesie*¹⁶⁷. El esquema es examinado por la Comisión Doctrinal, transcurriendo el estudio sin hacer muchas propuestas de enmiendas hasta que se llega al tema de la mediación. Es ahí donde se decide invertir la redacción, colocando en primer lugar el texto escriturístico que señala a Cristo como el único Mediador para la salvación del hombre¹⁶⁸ (cf. 1Tim 2,5-6), y que en un segundo apartado se mencione la cooperación de María con su Hijo en la Historia de la Salvación, llamándola «madre nuestra en el orden de la gracia». Finalmente se pide

¹⁶² Cf. R. CASANOVAS CORTÉS, «La mediación materna de María en los documentos, textos y actas del Concilio Vaticano II», 257-258.

¹⁶³ Cf. R. CASANOVAS CORTÉS, «La mediación materna de María en los documentos, textos y actas del Concilio Vaticano II», 259.

¹⁶⁴ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 447.

¹⁶⁵ Cf. R. CASANOVAS CORTÉS, «La mediación materna de María en los documentos, textos y actas del Concilio Vaticano II», 266.

¹⁶⁶ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 447.

¹⁶⁷ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 448.

¹⁶⁸ Cf. M. ERMANNI, «Vicissitudini nel processo di elaborazione del cap. VIII della Costituzione nel Vaticano II sulla Chiesa», 232.

que en un tercer apartado se advierta que este oficio maternal de la Virgen perdura después de su Asunción a los cielos¹⁶⁹.

En la tercera sesión del Concilio es presentada la nueva redacción del capítulo VIII para ser examinada y aprobada. El Card. Suenens destaca que en el capítulo falta un esclarecimiento acerca de cómo la Virgen sigue ejerciendo hoy su función maternal en la Iglesia, así del vínculo que hay entre la maternidad de María y la evangelización, pues Cristo sigue naciendo y creciendo hoy de forma mística, como también lo hizo en la carne por obra del Espíritu Santo en la Virgen María¹⁷⁰. Después de examinar las enmiendas propuestas por los Padres sinodales el documento será sometido a una primera votación en la que unos 521 padres pedían alguna enmienda nueva. Estas son valoradas y examinadas para ser llevadas a una segunda votación donde casi por unanimidad (hubo tan solo 10 votos en contra de 2145 votantes) se considera favorable su aprobación¹⁷¹.

Finalmente se hace la votación del esquema *De Ecclesia* y el 21 de noviembre de 1964 su santidad el Papa Pablo VI promulga la constitución dogmática *Lumen gentium*, y en el discurso final proclama a María como *madre de la Iglesia*:

Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título¹⁷².

2.1.2 Estructura y metodología del documento

El capítulo VIII de la *Lumen gentium* tiene como fundamento de todo el documento la función maternal de la Virgen María¹⁷³, lo que permite que el

¹⁶⁹ Cf. R. CASANOVAS CORTÉS, «La mediación materna de María en los documentos, textos y actas del Concilio Vaticano II», 269-270.

¹⁷⁰ Cf. R. CASANOVAS CORTÉS, «La mediación materna de María en los documentos, textos y actas del Concilio Vaticano II», 272.

¹⁷¹ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 448-449.

¹⁷² PAULO VI, *Allocutiones in Vaticana Basilica ad Conciliares Patres habita, die festo Praesentationis Beatae Mariae Virginis, post sollemnem ab ipso Summo Pontifice cum Praesulibus quibusdam peractam concelebrationem, tertia exacta Oecumenicae Synodi Sessione promulgatisque Constitutione dogmatica de Ecclesia atque Decretis de Oecumenismo et de Ecclesiis Orientalibus catholicis*. (21.11.1964), en AAS 56 (1964) XII, 1015. (En adelante citaremos este documento como *Alocución en la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II*).

¹⁷³ Cf. R. CASANOVAS CORTÉS, «La mediación materna de María en los documentos, textos y actas del Concilio Vaticano II», 272.

Concilio Vaticano II sea considerado como el concilio de la maternidad espiritual de María, de igual forma que el de Éfeso fue el de la maternidad divina¹⁷⁴.

Que sea colocado dentro de la constitución sobre la Iglesia es muy significativo, pues con ello intenta conciliar los dos movimientos mariológicos que señalábamos al principio del punto anterior (El cristotípico y el eclesiotípico). El título del capítulo expresa claramente esta postura conciliadora: *La Santísima Virgen María, madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia*¹⁷⁵. Con ello relaciona la doble función maternal de María en la Historia de la Salvación: su ser Madre de Cristo y Madre de la humanidad redimida. El título hace referencia a la misma estructura del documento que está compuesto de cuatro partes: un *proemio* (LG 52-54) en el que hace una solemne introducción al capítulo, exponiendo de forma concisa la obra redentora de Dios en la cual María tiene un destacado papel, así como la presentación de los temas marianos que el concilio quiere abordar; una *primera parte* (LG 55-59) que lleva por título: *Función de la santísima Virgen en la economía de la salvación*. Teniendo como base textos bíblicos del Antiguo y Nuevo Testamento, presenta la unión perfecta de María con Cristo en la obra de la redención que éste consumó; la *segunda parte* (LG 60-68), titulada *La santísima Virgen y la Iglesia*, encontramos de forma definida dos secciones. En la primera, de índole teológica, se centra en ofrecernos los lazos de unión que vinculan a María con la Iglesia en los que hay que destacar su función maternal, que junto a su virginidad, es considerada tipo de la Iglesia. Además, presenta su ejemplaridad de vida para la misión apostólica de la Iglesia y principio e imagen acabada (escatológica) de la misma. La segunda sección, de índole litúrgico-pastoral, se centra más en lo referente al culto mariano. Ambas secciones bien fundamentadas con suficientes referencias tanto a la tradición como al magisterio de la Iglesia¹⁷⁶; y finalmente la *conclusión* (LG 69) con la que da fin no solo al capítulo VIII sino toda la constitución *Lumen gentium*. En ella, con la mirada puesta en María, concluyen los Padres sinodales implorando su maternal intercesión para que todas las diversas confesiones cristianas puedan caminar unidas en una sola Iglesia

¹⁷⁴ Cf. J. FERRER ARELLANO, «Filosofía cristiana», 431.

¹⁷⁵ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 449.

¹⁷⁶ Autores y Concilios donde es fundada la doctrina expuesta: San Agustín, San Ireneo, San Jerónimo, San Ambrosio, San Germán de Constantinopla, Anastasio de Antioquia, San Andrés de Creta, San Sofronio, San Cirilo de Jerusalén, San Juan Damasceno, San Modesto de Jerusalén, San Epifanio, Isaac de Stella, Godofredo de san Víctor, León XIII, Pio IX, Pío XI, Pio XII, Pablo VI, Joseph Kleutgen, Gerhohus Reich, Concilio II de Constantinopla, Concilio de Letrán, Concilio de Calcedonia y Concilio de Trento.

y bajo la misma protección maternal de María, Madre de Dios y Madre nuestra¹⁷⁷.

En cuanto a la metodología del documento me parece oportuno referir unas breves palabras ya que el capítulo VIII supuso «una auténtica novedad mariológica»¹⁷⁸ que influenciará a la mariología postconciliar. Cuatro son los criterios tenidos en cuenta a la hora de elaborar la doctrina mariana¹⁷⁹: un *criterio bíblico* que permite pasar de una mariología ontológica-deductiva, que nos ofrecía una reflexión más de tipo dogmática o sistemática, a una mariología histórico-salvífica¹⁸⁰, con la que presenta la figura de María desde el punto de vista bíblico, partiendo de una lectura global de las Sagradas Escrituras (del Antiguo al Nuevo Testamento) con los más seguros criterios interpretativos de la exégesis patristica y de los exégetas modernos; un *criterio antropológico*, que subraya el papel colaborativo del hombre en la Historia de la Salvación y no sólo como receptor de la misma. El concilio subraya sobremanera este elemento humano de la Virgen, más que su singularidad y sus privilegios, pues «la convierte en modelo de todas las criaturas y en expresión de cooperación humana al plan de Dios y a la obra del Salvador»¹⁸¹; un *criterio ecuménico*, para que María no sea un punto de división entre todas las confesiones cristianas sino de convergencia y unidad; y finalmente un *criterio pastoral*, con el que pretende presentar a María no tanto «como un problema abstracto y conceptualista, sino como una persona a la que hay que comprender, amar, venerar e imitar»¹⁸².

2.1.3 Nueva perspectiva teológica

En el punto preliminar quedaba manifiesto cómo, tanto en el título del capítulo VIII como en su estructura, el Concilio afronta el discurso mariológico desde una nueva perspectiva teológica. Esto se percibe de forma más precisa en el propio contenido doctrinal al que haremos referencia en los puntos sucesivos. Tan solo señalar que esta novedad teológica se encuentra en afrontar tanto la persona de María, así como sus privilegios, su misión, el culto con que se la venera, no desde una perspectiva exclusivista e independiente, o en relación tan solo con su divina maternidad, sino más bien desde una perspectiva inclusiva en el amplio contexto de la Historia de la Salvación, donde reciben una comprensión mayor. Aunque es único este misterio

¹⁷⁷ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 449-450.

¹⁷⁸ C. GARCÍA LLATA, «María en los otros documentos del Vaticano II», 11.

¹⁷⁹ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 450-453.

¹⁸⁰ Cf. C. GARCÍA LLATA, «María en los otros documentos del Vaticano II», 12.

¹⁸¹ S. MEO, «Concilio Vaticano II», 451.

¹⁸² S. MEO, «Concilio Vaticano II», 452.

de redención, principalmente son dos sus protagonistas: Cristo y la Iglesia, y María es considerada como su cooperadora singular y eminentísima de entre todas las criaturas. Esto permite aproximarla al misterio trinitario —mencionado tan sólo de pasada en el documento¹⁸³—, que es de donde brota tanto el misterio salvífico de Cristo como el de la Iglesia, sacramento de salvación¹⁸⁴. Los Padres sinodales subrayan de forma específica la estrecha comunión que hay entre María y el Redentor (especialmente en el momento de la Cruz), por la que, como el mismo Schillebeeckx indica, se convierte en madre de toda la humanidad redimida¹⁸⁵. Y de igual forma destacan sobremanera la relación entre María y la Iglesia: es en la Santísima Virgen donde la Iglesia tiene su inicio histórico pues «María fue llamada por Dios para desarrollar, en ella y por ella, una función materna ininterrumpida hasta el día del Señor»¹⁸⁶.

2.2 Síntesis doctrinal del documento

El Concilio solidifica la doctrina mariana en la primera y principal verdad de la fe cristiana: La ejecución del «plan de redención trazado desde antiguo»¹⁸⁷ por el Padre para rescatar a la humanidad caída a causa del pecado de Adán, en virtud de la encarnación, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, su Hijo amado, y perpetuado en la Iglesia por la acción santificadora del Espíritu Santo. María es introducida por designio divino en este misterio de Salvación y lo expresa citando a Gal 4,4-5 y un artículo del Credo Niceno-Constantinopolitano¹⁸⁸. De esta forma el Concilio manifiesta que por medio de la maternidad divina de María la encarnación del Verbo se hace realidad histórica, pero que este obrar salvífico de Dios no se agota en sí mismo, sino que el hecho de que sea llevado a cabo contando con la fe de María, está manifestando que «no excluye el obrar humano, sino que lo asume y lo incluye en la realización de su plan salvífico»¹⁸⁹. Esta obra salvífica es continuada hoy en la Iglesia, Cuerpo de Cristo, donde el hombre ofrece su respuesta de fe a la iniciativa divina, siguiendo el “sí” de María, la primera creyente, y a quien el Concilio nos invita el rendirle distinguidos honores que

¹⁸³ «[María] está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo» (LG 53).

¹⁸⁴ Cf. C. GARCÍA LLATA, «María en los otros documentos del Vaticano II», 12.

¹⁸⁵ Cf. E. SCHILLEBEECKX, *María, Madre de la Redención*, 177.

¹⁸⁶ S. MEO, «Concilio Vaticano II», 453.

¹⁸⁷ Prefacio I del Tiempo de Adviento.

¹⁸⁸ Cf. LG 52.

¹⁸⁹ G. L. MÜLLER, *¿Qué significa María para nosotros, los cristianos?*, 17.

van más allá de la mera fe privada, pues se está honrando con ello al mismo misterio de la salvación¹⁹⁰.

Para exponer la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la consideración de María como “madre espiritual de los creyentes” hemos de comenzar hablando, siguiendo el propio esquema del Concilio, de los cimientos de esta maternidad que se encuentran en la relación de María con Cristo, para en un segundo momento hacer referencia a su relación con la Iglesia donde se manifiesta de forma especial su función maternal.

2.2.1 María unida Cristo

La principal raíz por la que María es insertada de una forma especial en la obra de la salvación, se encuentra en su condición de ser verdaderamente la Madre de Dios y del Redentor, lo que le permite unirse a Cristo «con un vínculo estrecho e indisoluble»¹⁹¹ y por esta misma razón es considerada también como «hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo»¹⁹². Pero, aunque por esta «gracia tan extraordinaria aventaja con creces a todas las otras criaturas, celestiales y terrenas»¹⁹³, ella permanece unida a los hijos de Adán necesitados de la salvación, por lo que «es verdadera madre de los miembros de Cristo al haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza»¹⁹⁴.

El Concilio ha presentado esta maternidad divina desde cuatro dimensiones¹⁹⁵: la *biológica*, donde recoge lo que ya la Iglesia definió en el Concilio de Éfeso al declarar a María como la *Theotokos*, pues recibéndolo en su cuerpo al Hijo de Dios lo generó en la naturaleza humana; la *espiritual*, que le permite no reducir la maternidad a algo tan solo físico sino que es necesario acoger primero al Verbo de Dios en el corazón antes que en el seno; la *salvífica*, pues al Hijo de Dios que ella recibe en su purísimo seno es también el Redentor del mundo, quien da la verdadera Vida; y finalmente la dimensión *personal*, que la hace no un personaje más de la Historia de la Salvación sino la «bendita entre todas las mujeres» (Lc 1,42).

Esta cooperación de María en la obra de la salvación, unida a Cristo y en favor de los hombres, no es algo que haya sucedido de forma casual, sino que entraba en el designio divino desde toda la eternidad junto a la misma obra de la encarnación del Verbo como indica el Concilio:

¹⁹⁰ Cf. G. L. MÜLLER, *¿Qué significa María para nosotros, los cristianos?*, 17.

¹⁹¹ LG 53.

¹⁹² LG 53.

¹⁹³ LG 53.

¹⁹⁴ LG 53.

¹⁹⁵ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 46-47.

La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor, compañera singularmente generosa entre todas las demás criaturas y humilde esclava del Señor¹⁹⁶.

Este designio divino trazado desde antiguo es prefigurado en el Antiguo Testamento¹⁹⁷. Así como la venida de Cristo al mundo se va preparando en la Historia de la Salvación descrita en las escrituras veterotestamentarias, también «estos primeros documentos, tal como se leen en la Iglesia [...], evidencian poco a poco, de una forma cada vez más clara, la figura de la mujer Madre del Redentor»¹⁹⁸.

Después de esta visión veterotestamentaria, los Padres sinodales se centran en presentarnos a María como socia del Redentor en toda su vida terrena para llevar adelante la obra de la salvación, indicando con total seguridad que esta cooperación fue activa como los mismos Santos Padres indican: «María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres»¹⁹⁹. En el número 56 de la *Lumen gentium* expone a partir del episodio de la Anunciación (cf. Lc 1,26-38) el tema de la cooperación activa de María. Ella es la Esclava obediente del Señor que, en contraposición con la desobediente Eva, se entrega a él en la persona y obra de su Hijo amado. Esta cooperación activa es traducida por el Concilio con las siguientes expresiones: habla de «aceptación» de la encarnación; «contribuye» en el dar la vida; «consiente» a la Palabra divina; «consagración» a la Persona y la obra del Hijo; «servicio» al misterio de la Redención²⁰⁰. Pero esta colaboración no se ha de considerar como algo que pertenece a la iniciativa propia y autónoma de la Santísima Virgen, sino que es sostenida y preparada por la gracia divina en virtud de los méritos de su Hijo Jesucristo. Es por eso que el Concilio matiza muy bien esta unión con Cristo, señalando que la mediación de María no se puede entender en ningún momento como una mediación *junto* a Cristo ni «de María y Cristo, sino de María *en* Cristo, *con* Cristo, *bajo* Cristo, *indisolublemente* unida a Cristo, *relativa* a Cristo»²⁰¹.

¹⁹⁶ LG 61.

¹⁹⁷ El Concilio cita algunos textos: Gn 3,15; Is 7,14; Mi 5,2-3.

¹⁹⁸ LG 55.

¹⁹⁹ LG 56.

²⁰⁰ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 79.

²⁰¹ A. BANDERA, «María en Cristo. Fundamentos de una soteriología mariana según el Concilio Vaticano II», 354.

Como ya habíamos indicado más arriba, «esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte»²⁰². Precisamente son estos dos momentos, la Anunciación y la Cruz, a los que el Concilio presta una mayor atención, sin menoscabar la importancia de otros episodios tales como la Visitación, el Nacimiento de Jesús, la Presentación en el templo, las bodas de Caná... en los que no me detengo pues ya han sido analizados de forma más precisa en la primera parte de este trabajo. Tan solo resaltar que cuando describe el episodio de la Cruz evita el término de *corredención*, y en su lugar para indicar la colaboración de María con el Redentor en este preciso momento utiliza una serie de vocablos recogidos de la tradición: condolorerse (*condoluit*), asociarse (*sociavit*), consentir (*consentiens*)²⁰³. Más adelante sintetiza todos estos episodios así:

Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas²⁰⁴.

En este número se destaca que la colaboración de la Virgen María en la obra de la redención llevada a cabo por su Hijo se caracterizó principalmente por su servicio a la misma, su fe y su obediencia a la voluntad divina con la que contribuye a que todos los hombres sean redimidos; por su ardiente caridad con la que coopera para que en la Iglesia sean dados a luz los hijos de Dios; y por su penetrante dolor con el que consiente y es asociada al sacrificio de Cristo en veneficio de la salvación del mundo. Esta cooperación, como la de cualquier individuo, no quita ni añade nada a la mediación universal de Jesucristo, único Mediador y Redentor²⁰⁵.

Finalmente concluye esta primera parte del capítulo VIII de la *Lumen gentium* considerando que la colaboración maternal de María va más allá del acontecimiento pascual de Cristo. Se hace referencia a su presencia en el Cenáculo junto a los Apóstoles y otras mujeres el día de Pentecostés (cf. Hch 1,14) donde «imploraba con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación ya la había cubierto a ella con su sombra»²⁰⁶. También se hace una mención a su asociación a Cristo resucitado en la vida eterna: María, «terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la

²⁰² LG 57.

²⁰³ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 472.

²⁰⁴ LG 61.

²⁰⁵ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 455.

²⁰⁶ LG 59.

gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal»²⁰⁷. De esta forma, y teniendo presente a Romanos 8,28-30²⁰⁸, «de la comunión con el Señor resucitado se deriva también una especie de co-ejercicio de su soberanía para nuestra salvación»²⁰⁹, lo que nos hace afirmar que María, en comunión con toda la Iglesia triunfante, reina con Cristo co-ejerciendo su función sacerdotal y real intercediendo en beneficio de toda la humanidad²¹⁰. Esta glorificación de María es causa de esperanza para toda la Iglesia aún peregrina en la tierra, pues en ella se ve consumado aquello que anhelantes esperamos gozar plenamente al final de los tiempos²¹¹.

2.2.2 María ligada a la Iglesia

Después de haber expuesto las diversas afirmaciones de fe sobre la Santísima Virgen contendidas en las Sagradas Escrituras, en las que ha resaltado sobre todo la estrecha e indisoluble unión con Cristo y su obra redentora²¹², el Concilio se centra en reflexionar la íntima relación existente entre María y la Iglesia²¹³, de la que es considerada su miembro inicial así también como su plena realización. El misterio de María es incomprensible cuando se la separa del misterio eclesial pues «está llamada, según el Concilio, a desarrollar una función significativa en la vida y en la misión de la Iglesia histórica y para cumplimiento de la Iglesia escatológica»²¹⁴. La reflexión conciliar presta una significativa atención a la maternidad espiritual de María llegando a una triple conclusión que desarrollaremos ampliamente: María es madre nuestra en el orden de la gracia (LG 61-62); María es tipo de la Iglesia (LG 63-64); María es modelo de virtudes para los creyentes (LG 65)²¹⁵. Pero antes de adentrarse en esta reflexión el Concilio precisa el aclarar una cuestión importante: el problema de la mediación.

²⁰⁷ LG 59.

²⁰⁸ «Por otra parte, sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien; a los cuales ha llamado conforme a su designio. Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó» (Rm 8,28-30).

²⁰⁹ G. L. MÜLLER, *¿Qué significa María para nosotros, los cristianos?*, 61.

²¹⁰ Cf. G. L. MÜLLER, *¿Qué significa María para nosotros, los cristianos?*, 61.

²¹¹ Cf. G. L. MÜLLER, *¿Qué significa María para nosotros, los cristianos?*, 64.

²¹² Cf. LG 55-59.

²¹³ Cf. LG 60-65.

²¹⁴ S. MEO, «Concilio Vaticano II», 456.

²¹⁵ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 132.

a) *Cristo el único mediador*

En relación con el tema de la maternidad espiritual de María para con los hombres, considerada no pocas veces por los teólogos como “*mediación mariana*”²¹⁶, permite que surja un interrogante: si Cristo es el único Mediador entre Dios y los hombres ¿cómo se puede decir que María es mediadora? A esta cuestión quiere dar respuesta el Concilio en el número 60 de la *Lumen gentium* afirmando que «uno solo es nuestro Mediador según las palabras del Apóstol: “Porque uno es Dios, y uno también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos” (1 Tm 2, 5-6)²¹⁷». Pero con estas palabras no pretende descartar otra verdad contenida en las Sagradas Escrituras donde se percibe con claridad que la mediación de Cristo para nada excluye una cooperación por parte de los hombres, aunque esta siempre subordinada y dependiente de la del Mediador por excelencia²¹⁸. Es por eso que el Concilio afirma, acerca de la misión maternal de María en favor de los hombres, que «de ninguna manera disminuye o hace sombra a la única mediación de Cristo, sino que manifiesta su eficacia»²¹⁹. No se puede considerar el influjo maternal de María como un suplemento a la única mediación de Cristo, sino que esta función la ejerce coexistiendo con la única mediación entre Dios y los hombres, sin oscurecerla ni disminuirla. Ahora bien, esta cooperación salvífica de María sobre la humanidad proviene de Cristo: «no tiene su origen en ninguna necesidad objetiva, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca toda su eficacia»²²⁰; y a Cristo conduce: «lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta»²²¹. Con estas últimas palabras queda aclarada que la función maternal de María en la regeneración a la vida sobrenatural favorece el encuentro inmediato de los fieles con Cristo, no se trata de una mediación paralela de la de su Hijo, sino que depende totalmente de ella y sin ella no podría hacer nada (cf. Jn 15,5). María no ha pretendido otra cosa en su vida más que favorecer este encuentro con Jesucristo el Salvador: es en ella donde se unen la naturaleza divina y la humana y por medio de ella Dios se hace cercano a nosotros, por lo que no

²¹⁶ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 132.

²¹⁷ LG 60.

²¹⁸ En las Sagradas Escrituras encontramos textos donde Jesús llama a sus discípulos para encomendarles la misma misión que él ha llevado a cabo (Cf. Mt 28,18-20; Jn 20,21), pudiendo ser llamados, en palabras de San Pablo, «colaboradores de Dios» (1Cor 3,9).

²¹⁹ LG 60.

²²⁰ LG 60.

²²¹ LG 60.

podemos pensar que el amor a tan tierna madre nos distancia de Cristo. San Luis María Grignon de Montfort lo expresaba así:

Ya no vive María; Cristo, o mejor, Dios sólo, vive en Ella. Su transformación en Dios supera a la de san Pablo y a la de los demás santos más de cuanto se eleva el cielo sobre la tierra. María se halla totalmente orientada hacia Dios y cuanto más nos acercamos a Ella tanto más íntimamente nos une a Él²²².

b) *María, madre nuestra en el orden de la gracia*

Después de clarificar la cuestión acerca de la “mediación”, el Concilio aborda en los números 61 y 62 de la *Lumen gentium* el tema del influjo maternal de María en la vida de los hombres, es decir, su cometido en la economía de la salvación²²³, con la solemne consideración de María como «madre nuestra en el orden de la gracia»²²⁴.

El número 61 pretende profundizar de forma teológica en la vida de María²²⁵ prescindiendo entrar en detalles de la misma como sí lo ha hecho en los números del 55 al 59. En él se percibe la vida de la Santísima Virgen como el resultado, por un lado, de la llamada que le hace la divina Providencia, predestinada desde la eternidad, de insertarse en la obra de la Redención en el momento de la encarnación del verbo, y por otro su repuesta a este designio divino manifestado en una vida totalmente entregada al servicio de Dios y que los Padres sinodales sintetizan en tres aspectos: «*Madre* excelsa del divino Redentor, *compañera* singularmente generosa entre todas las demás criaturas y *humilde esclava* del Señor»²²⁶.

Hasta aquí el Concilio resalta de nuevo la estrecha relación que hay entre la Virgen María y Jesucristo, clave para entender el ejercicio de su maternidad espiritual para con todos los hombres. A continuación sigue exponiendo que esta relación, como ya había indicado en el número 56 de la *Lumen gentium*²²⁷, no se limita tan solo a la persona del Hijo: «concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz»²²⁸, sino también a su obra: «cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida

²²² S. LUÍS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *El secreto de María*, 21.

²²³ Cf. G. L. MÜLLER, *¿Qué significa María para nosotros, los cristianos?*, 75.

²²⁴ LG 61.

²²⁵ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 145.

²²⁶ LG 61. El subrayado es nuestro.

²²⁷ «[María] se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo» (LG 56).

²²⁸ LG 61.

sobrenatural de las almas»²²⁹. María participa de forma excepcional en la regeneración de los hombres a la vida divina. Todo miembro del Cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, tiene una influencia sobre los demás miembros, tanto para su beneficio como para su perjuicio, y a través de los diversos carismas, misiones, servicios... que el Espíritu Santo suscita en cada uno, contribuyen a la misión apostólica de la Iglesia (cf. 1Cor 12,7-11) en la regeneración de la humanidad caída a causa del pecado, lo que permite que estos también puedan ser considerados “madres” o “padres” espirituales, pues han contribuido a restablecer la vida plena y verdadera en el hombre pecador²³⁰. Pero esta realidad que es común en cada cristiano, lo es de modo especial y único en María por varias razones, como señala el mariólogo Stefano di Fiores²³¹: *por la universalidad de su influencia*, ya que si cada cristiano colabora a la aplicación de la gracia para beneficio santificador de otros, María se encuentra en el momento fundante del que va a depender toda infusión de la gracia, pues por su “sí” permite que la salvación de Dios entre en el mundo; *por la singularidad de sus funciones*, pues solo ella es la Madre de Dios, la que trajo al mundo la Vida; y *por la excepcionalidad del modo* en que colabora con su Hijo y su obra, pues es fruto de su obediencia incondicional a Dios, guiada por una fe que le lleva a abandonarse confiadamente a la voluntad del Señor y sostenida por una ardiente caridad que le une de forma excepcional, íntima e indisoluble a su Hijo pues en ella no hay la más mínima mancha de pecado.

Desde estas palabras se advierte claramente que María ha tenido un papel maternal importante en la regeneración sobrenatural de la humanidad, aunque siempre dependiente de su Hijo Jesucristo, único Redentor del mundo. Es por eso que los Padres sinodales la han considerado «madre nuestra en el orden de la gracia»²³², no queriendo con ello reducir el ejercicio de su maternidad para con nosotros al plano meramente afectivo, pues para que una mujer sea realmente estimada como madre debe contribuir indiscutiblemente a transmitir la misma vida y María, participando en la obra salvífica divina, ha contribuido en el nacimiento de Cristo y en el de su Cuerpo místico, la Iglesia²³³.

Ahora bien, esta función maternal de María no se puede considerar como un hecho del pasado que no tiene repercusión alguna en el tiempo presente.

²²⁹ LG 61.

²³⁰ Cf. G. L. MÜLLER, *¿Qué significa María para nosotros, los cristianos?*, 71-72; S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 148-149.

²³¹ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 149-150.

²³² LG 61.

²³³ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 150.

En el número 62 de la *Lumen gentium* se afirma que «esta maternidad de María en la economía de gracia perdura sin cesar [...] hasta la consumación perpetua de todos los elegidos»²³⁴ y la sigue ejerciendo a través de «su *múltiple intercesión*» por la que «continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna» y «con su *amor materno*» por el que «cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y angustias hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada»²³⁵.

Esta función intercesora de la Virgen no quiere decir que su labor sea la de mover la voluntad divina para que actúe en favor de aquellos que se sienten necesitados de sus dones salvíficos, sino más bien Dios, por medio de su Hijo Jesucristo, ya ha ofrecido a los hombres las gracias necesarias para su salvación pero es necesario que estas sean acogidas por todos nosotros y es aquí donde se entiende el ejercicio de la intercesión²³⁶. Cristo no cesa de interceder en el cielo en beneficio nuestro con tal de que nos llegue la gracia de la salvación (cf. Heb 7,25) que distribuye a través de los sacramentos. Sin embargo, esta intercesión de Cristo no excluye para nada la de los demás miembros de su Cuerpo, quienes unidos a él por el amor que le profesan así como a los demás hermanos, interceden en su nombre para que la obra de la redención llegue a todos. Pero esta intercesión que es común en todos los cristianos, lo es de forma especial en María, a causa de su profunda unión tanto a la persona como la obra del Redentor en los momentos fundantes de la obra de la redención. Esto queda muy bien expresado en la Encíclica *Ad diem illum* de su Santidad Pío X a quien el Concilio hace referencia en una nota al pie de página²³⁷:

La consecuencia de esta comunión de sentimientos y sufrimientos entre María y Jesús es que María se hizo legítimamente digna de reparar la ruina humana y por lo tanto de dispensar todos los tesoros que Jesús nos procuró con su muerte y su sangre [...]. Se ha concedido a la Santísima Virgen ser con su único Hijo la más poderosa mediadora²³⁸.

De aquí deducimos que la intercesión de la Virgen María en favor de sus hijos no se reduce tan solo en obtener alguna gracia particular para su santificación sino que su función abarca todo su proceso “divinizador”, hasta que sea formada plenamente en ellos la imagen de su Hijo²³⁹.

²³⁴ LG 62.

²³⁵ LG 62.

²³⁶ Cf. G. L. MÜLLER, *¿Qué significa María para nosotros, los cristianos?*, 83-84.

²³⁷ Cf. LG 62. Nota número 16.

²³⁸ PIUS X, *Litterae Encyclicae Ad diem illum* (2.2.1904), en ASS 36 (1903-1904) 454.

²³⁹ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 161.

El segundo aspecto que subrayaba el Concilio sobre el ejercicio de la maternidad espiritual de María es su «amor materno», que se hace misericordioso cuando desde el cielo contempla las angustias y los sufrimientos que sus hijos padecen aún peregrinos en la tierra, lo que le mueve a actuar en sus necesidades. Es por eso que la Iglesia la invoca «con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora»²⁴⁰. Nótese que el Concilio utiliza la palabra «Mediadora», hecho que no estuvo exento de discusiones sobre todo en relación a cuestiones ecuménicas²⁴¹, pero que al final deciden optar por incluir pues «no se puede negar que María, con su múltiple intercesión y su función materna, realiza una función mediadora uniéndose más intensamente a Cristo Salvador»²⁴². Pero a pesar de ello los Padres sinodales siguen insistiendo que tal mediación no tendría ninguna validez si se la separa de la de Cristo, a quien está subordinada. Se trata por parte de María de una «colaboración participada» pues la única «mediación de Cristo, no es *exclusiva*, más bien *difusiva*: no elimina la actividad materna y salvífica de María, sino que la funda y la constituye»²⁴³, y para justificarlo pone como ejemplo el ministerio sacerdotal²⁴⁴. Concluye el número 62 de la *Lumen gentium* que «la Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador».

c) *María, tipo de la Iglesia en su maternidad virginal*

A continuación de presentarnos el influjo materno de María sobre la Iglesia, la *Lumen gentium* en los números 63 y 64 expone el paralelismo que hay entre estas dos realidades, declarando en palabras de San Ambrosio, que «la Madre de Dios es figura de la Iglesia»²⁴⁵. La expresión latina utilizada es «*typus Ecclesiae*», con la que quiere significar que María es «la representación viva, eminente y concreta de la Iglesia a la cual está íntimamente unida»²⁴⁶, y lo es «en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo»²⁴⁷. El que María sea “tipo de la Iglesia” se manifiesta principalmente en las funciones de su virginidad y de su maternidad: «En el misterio

²⁴⁰ LG 62.

²⁴¹ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 165-166.

²⁴² S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 166.

²⁴³ S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 168.

²⁴⁴ Cf. LG 62.

²⁴⁵ LG 63.

²⁴⁶ S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 182-183.

²⁴⁷ LG 63.

de la Iglesia, que también es llamada con razón madre y virgen, la Santísima Virgen fue por delante mostrando en forma eminente y singular el modelo de virgen y madre»²⁴⁸.

La virginidad de María es expresión de dos realidades: por un lado está haciendo referencia a su virginidad física, por la que «engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo»²⁴⁹, y por otro se trata un signo de su decisiva y total entrega a las manos de su Señor, «como una nueva Eva, que presta su fe exenta de toda duda, no a la antigua serpiente, sino al mensajero de Dios»²⁵⁰. De esta forma la Iglesia también es virgen, pues «guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera»²⁵¹.

En cuanto a la maternidad, María es madre de Dios y madre de los creyentes, pues «dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. Rm 8,29), esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno»²⁵². Acerca de esta maternidad espiritual de María para con los fieles el Concilio deja bien claro que no se debe tan solo a su colaboración concreta en la obra redentora de su Hijo Jesucristo, sino que es también consecuencia de su actual cooperación tanto en la generación y educación de los hijos adoptivos de Dios. Con un texto de San Agustín, donde se afirma que María «es verdadera madre de los miembros [de Cristo]..., por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza»²⁵³, corroboraba esta afirmación, por lo que podemos decir que la Virgen interviene en el mismo acto del Bautismo por medio del cual los hombres renacen a la nueva vida en Cristo²⁵⁴. Pero junto a este oficio regenerador el Concilio también le atribuye a María la función maternal de acompañar y formar a esta nueva prole, con

²⁴⁸ LG 63. Una vez más el Concilio está resaltando que María forma parte de la Iglesia, pero a la vez nos está indicando la superioridad de la Virgen ya que ella es «Iglesia antes de la Iglesia», es decir, la fe de María en Jesucristo encarnado precede a la fe de la comunidad de los creyentes que se estaba gestando, por lo que María es el primer miembro de la Iglesia. Esta supremacía se manifiesta también en que María goza de tal perfección que la convierte en la plena realización de la misma Iglesia. Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 183-184.

²⁴⁹ LG 63.

²⁵⁰ LG 63.

²⁵¹ LG 64.

²⁵² LG 63.

²⁵³ LG 53.

²⁵⁴ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 189.

la intención de que Cristo se forme plenamente en ellos (cf. Gal 4,19). Así también la Iglesia, siendo fiel a la Palabra de Dios, está contribuyendo a la generación de los hijos adoptivos de Dios a través de un doble ejercicio: el de la predicación, por la que anuncia esta Palabra que es vida eterna, y el sacramental, por el que administra el Bautismo que regenera a esta nueva vida. Ambas funciones son complementarias pues «por la predicación, el hombre se hace creyente y queda como concebido en la vida divina, cuyo germen es la fe, y por el bautismo, que incorpora a Cristo e inserta en Dios, se hace ya hijo de Dios»²⁵⁵:

Contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios²⁵⁶.

d) *María, modelo de virtudes para los creyentes*

Un último aspecto a destacar sobre el capítulo VIII de la *Lumen gentium* es la consideración de María como modelo de virtudes para todos los creyentes en la noble conquista de la perfecta santidad a la que hemos sido llamados de parte del Señor²⁵⁷. En el número 65 se advierte que la Iglesia es santa, pues «ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (cf. Ef 5, 27)»²⁵⁸, por lo que María se convierte para todos los creyentes en un «signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (cf. 2Pe 3,10)»²⁵⁹. Pero a la vez el Concilio indica que los fieles de la Iglesia, al encontrarse aún peregrinos en la tierra, «luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos»²⁶⁰.

María, como Madre de Dios y madre nuestra, se convierte en un referente a quien imitar, y para ello se hace necesario, según aconseja el sacro Concilio, meditar «piadosamente sobre ella» y contemplarla «a la luz del Verbo hecho hombre»²⁶¹. Por este medio la Iglesia «entra más a fondo en el

²⁵⁵ M. LLAMERA, *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia*, 1040.

²⁵⁶ LG 64.

²⁵⁷ Cf. LG 11.

²⁵⁸ LG 65.

²⁵⁹ LG 68.

²⁶⁰ LG 65.

²⁶¹ LG 65.

soberano misterio de la encarnación»²⁶², pues en María, la que guardaba todas las cosas en su corazón (cf. Lc 2,19), no solo encuentra un modelo a imitar en la meditación de la Palabra de Dios, sino que «por su íntima participación en la Historia de la Salvación *reúne* en sí y *refleja* en cierto modo las supremas verdades de la fe»²⁶³, por lo que a través de ella se nos abre un nuevo camino para penetrar de forma mucho más eficaz en los misterios divinos²⁶⁴.

Otro efecto que produce el acercarse a la figura de María es una mayor conformidad a Cristo: «cuando es predicada y venerada, atrae a los creyentes a su Hijo, a su sacrificio y al amor del Padre»²⁶⁵. La contemplación de María revierte de tal forma en el creyente que poco a poco se va configurando a Cristo pues la Virgen aun siendo un modelo fidedigno de virtudes a seguir, siempre nos remite a la fuente propia de su santidad que se encuentra en su Hijo²⁶⁶. En palabras de Marceliano Llamera, «el misterio de María es un misterio satélite del misterio de Cristo: gira en su rededor, lo refleja, lo descubre, atrae hacia él»²⁶⁷. De igual forma, como señala el mismo Concilio, la predicación y el culto a María nos remite al amor del Padre. San Luís María Grignon de Montfort lo expresaba con estas hermosas palabras: «siempre que piensas en María, ella piensa por ti en Dios. Siempre que alabas y honras a María, ella alaba y honra a Dios. Y yo me atrevo a llamarla “la relación de Dios”, pues sólo existe con relación a Él; o “el eco de Dios”, ya que no dice ni repite sino Dios. Si tú dices María, ella dice Dios»²⁶⁸.

3. La maternidad espiritual de María en el magisterio de Pablo VI

Después del Concilio Vaticano II, como veremos, encontramos en los diversos documentos magisteriales de los papas una constante referencia a la maternidad espiritual de María y su dimensión eclesial. Tal es el caso del Papa Pablo VI que siguió muy de cerca el proceso de elaboración del capítulo VIII de la *Lumen gentium*, y quien mostró en sus diversos escritos dedicados a la Santísima Virgen María una gran preocupación por aplicar la doctrina mariológica conciliar tanto en la liturgia de la Iglesia como en la piedad personal de los fieles.

²⁶² LG 65.

²⁶³ LG 65. El subrayado es nuestro.

²⁶⁴ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 203-204.

²⁶⁵ LG 65.

²⁶⁶ Cf. S. DI FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, 205.

²⁶⁷ M. LLAMERA, *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia*, 1046.

²⁶⁸ S. LUÍS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *El secreto de María*, 225.

3.1 *Proclamación de María, Madre de la Iglesia*

Su santidad el Papa Pablo VI pasará a la historia como el Papa que proclamó a la Santísima Virgen María «Madre de la Iglesia». El 21 de noviembre de 1964, fiesta de la Presentación de María Santísima, y en el marco de la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II donde era promulgada la Constitución dogmática *De Ecclesia*, es la fecha escogida para hacer la proclama, a tenor del beneplácito de «muchísimos padres conciliares» que pedían «insistentemente una declaración explícita, durante este Concilio, de la función maternal que la Virgen ejerce sobre el pueblo cristiano»²⁶⁹. Considerado este acontecimiento histórico en la vida de la Iglesia «como un himno incomparable de alabanza en honor a María»²⁷⁰ el Papa la proclamaba, Madre de la Iglesia, con estas solemnes palabras:

Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título²⁷¹.

El Concilio evita utilizar esta expresión y las razones que dan los Padres sinodales están en que raramente se encuentra el título mariano en los diversos autores eclesiásticos y que desde el punto de vista ecuménico no es recomendable²⁷². Es por ello que en su lugar se prefirió exponer la doctrina acerca de la maternidad espiritual de María con otras fórmulas equivalentes²⁷³. Sin embargo, en un acto del Magisterio ordinario del Papa, acogido por todos los Padres del Concilio con una calorosa ovación²⁷⁴, propuso este título con el que coronaba la doctrina mariológica del Concilio contenida en el capítulo VIII de la *Lumen gentium*, lo que nos permite considerarlo como

²⁶⁹ PAULO VI, *Alocución en la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II*, en AAS 56 (1964) XII, 1015.

²⁷⁰ PAULO VI, *Alocución en la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II*, en AAS 56 (1964) XII, 1015.

²⁷¹ PAULO VI, *Alocución en la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II*, en AAS 56 (1964) XII, 1015.

²⁷² Cf. R. LAURENTIN, *La Vierge au Concile*, 36.

²⁷³ Se habla de María como «madre de los miembros de Cristo» (LG 53), «madre de los hombres, especialmente de los fieles» (LG 54), «madre de los vivientes» (LG 56), «nuestra madre en el orden de la gracia» (LG 61), «nuestra madre» (LG 67) y «madre de los hombres» (LG 69). Se dice también de ella que nos cuida con «amor materno» (LG 62) y que es modelo de la maternidad de la Iglesia (LG 63).

²⁷⁴ Cf. G.M. ROSCHINI, «Maria SS. solennemente proclamata da Paolo VI “Madre della Chiesa”», 306.

una hermosa síntesis de esta doctrina sobre la Virgen María y del puesto privilegiado que ella tiene en la Santa Iglesia²⁷⁵.

Con el título «Madre de la Iglesia» el Papa no pretende hacer un simple reconocimiento de la maternidad de María para con los fieles, ni tampoco la consideración de María como madre de la Jerarquía Eclesial, sino que más bien está haciendo referencia a la esencia íntima de la Iglesia, a su ser Cuerpo místico de Cristo²⁷⁶, por lo que la maternidad de María abraza a «todo el Pueblo de Dios», tanto a pastores como a fieles. Con estas palabras lo expresa correctamente J. Galot, subrayando el aspecto comunitario de esta maternidad eclesial:

«La cualidad de madre de la Iglesia dice algo más que la de madre de los cristianos. Ella atrae la atención sobre el aspecto comunitario de la acción materna de María. La madre espiritual de los hombres no ejerce solo su solicitud maternal en favor de cada uno, individualmente, sino que vela por el desarrollo de toda la Iglesia. Participa, con su corazón de madre y su intercesión, en la expansión de la Iglesia en el mundo y en los progresos de la obra de evangelización. Busca favorecer el crecimiento en la fe, la esperanza y la caridad, mejorando la calidad de la vida espiritual de la comunidad cristiana. Está discretamente presente en todos los aspectos de esta vida: en el culto, la liturgia, la práctica de los sacramentos. Desempeña su función materna en el bautismo, en el cual se convierte en madre de aquellos que reciben la filiación divina, y en la Eucaristía, en la cual se une a la oblación sacramental del Salvador, como en otro tiempo se unió su sacrificio»²⁷⁷.

El principal fundamento de esta consideración mariana lo sitúa el santo padre en la divina maternidad de María, pues como indica en el mismo texto de la promulgación, es el principio de una «especial relación con Cristo» y de «su presencia en la economía de la salvación» llevada a cabo por él. Pero además «también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser Madre de Aquél, que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal se constituyó en cabeza de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia»²⁷⁸.

²⁷⁵ Cf. G.M. ROSCHINI, «Maria SS. solennemente proclamata da Paolo VI “Madre della Chiesa”», 307.

²⁷⁶ Cf. PAULO VI, *Alocución en la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II*, en AAS 56 (1964) XII, 1014.

²⁷⁷ J. GALOT, «Maria, madre della chiesa: resistenze e progressi a vent’anni dal Vaticano II», 130.

²⁷⁸ Cf. PAULO VI, *Alocución en la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II*, en AAS 56 (1964) XII, 1015.

3.2 *Exhortación Apostólica Signum Magnum*

Años sucesivos a esta proclamación el santo padre escribe la Exhortación Apostólica *Signum Magnum*²⁷⁹, (13 de mayo de 1917, en el cincuenta aniversario de las apariciones de Fátima), con el propósito de «llamar la atención de todos los hijos de la Iglesia sobre el inseparable lazo existente entre la maternidad espiritual de María, tan ampliamente ilustrado en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, y los deberes de los hombres redimidos hacia Ella, como Madre de la Iglesia»²⁸⁰.

Pablo VI, en continuidad con la doctrina conciliar, desea resaltar especialmente que María es Madre espiritual de la Iglesia «no sólo porque es Madre de Jesucristo y su intimísima Compañera [...], sino también porque “brilla como modelo de virtudes ante toda la comunidad de los elegidos”»²⁸¹, y apoya este argumento asemejándolo con la maternidad humana: «Porque, así como toda madre humana no puede limitar su misión a la generación de un nuevo hombre, sino que debe extenderla a las funciones de la alimentación y de la educación de la prole, lo mismo hace la bienaventurada Virgen María»²⁸². El fundamento de este influjo maternal de la Santísima Virgen sobre los creyentes a causa de su ejemplaridad lo sitúa el Papa en el hecho de «haber participado en el sacrificio redentor del Hijo» donde es proclamada por él madre de todo el género humano, misión que sigue desempeñando a día de hoy en el cielo, cooperando «en el nacimiento y en el desarrollo de la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos»²⁸³.

En los puntos sucesivos (9 y 10) el santo padre se pregunta acerca del modo en que María coopera en esta obra de gracia, y señala en concreto dos: En primer lugar advierte que este influjo maternal lo ejerce mediante una «ininterrumpida intercesión junto al Hijo por el Pueblo de Dios», intercesión que no es «en perjuicio de la eficacia predominante e insustituible de Cristo [sino que más bien] saca de la mediación de Cristo su propia fuerza y es una prueba luminosa de la misma»²⁸⁴. El segundo modo lo ejerce por medio «del ejemplo [...], así la dulzura y el encanto que emanan de las excelsas virtudes de la Inmaculada Madre de Dios atraen en forma irresistible a las almas hacia la imitación del divino modelo, Jesucristo, cuya más fiel imagen ha sido Ella

²⁷⁹ PAULO VI, *Adhortatio apostolica Signum Magnum*. (13.05.1963), en AAS 59 (1967) 465-475. (En adelante citaremos este documento como SM).

²⁸⁰ SM 4.

²⁸¹ SM 8.

²⁸² SM 8.

²⁸³ Cf. SM 8.

²⁸⁴ SM 9.

misma»²⁸⁵. Es cierto, señala el Papa, que el único camino verdadero que el cristiano ha de recorrer para alcanzar la plena perfección es la imitación de Cristo, pero sin lugar a duda, la imitación de María «lo hace más amable, más fácil»²⁸⁶.

Por todo ello el santo padre no duda en considerar la maternidad espiritual de María como «una muy consoladora verdad, que por libre beneplácito del sapientísimo Dios forma parte integrante del misterio de la humana salvación: por ello ha de mantenerse como de fe por todos los cristianos»²⁸⁷ y es por eso que decide insertarla en la *Solemne Profesión de fe* del 30 de junio de 1968.

3.3 *La Solemne Profesión de fe*

En el *Credo del Pueblo de Dios*, como se conoce esta profesión de fe pronunciada por Pablo VI en la clausura del “año de la fe” de 1967-1968, recoge las principales verdades de fe que habían de ser profesadas por los católicos y que algunos, influenciados por un mundo «en el que tantas verdades son o completamente negadas o puestas en discusión», ponían en tela de juicio²⁸⁸. Entre estas verdades se encuentran comprendidas las tocantes a la Virgen María, de la que se afirma, en relación a nuestro tema, que «la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno con respecto a los miembros de Cristo, por el que contribuye para engendrar y aumentar la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos»²⁸⁹.

Con estas palabras el santo padre refleja de forma sintética la doctrina mariológica contenida en el Concilio Vaticano II, a quien cita dos veces en esta afirmación²⁹⁰. En ella se ratifica que por «un vínculo estrecho e indisoluble al misterio de la encarnación y de la redención»²⁹¹ María sigue ejerciendo en el cielo su misión maternal para con los que creyentes, misión que desempeña en el ejercicio continuo de su intercesión por la que obtiene para ellos los dones de la salvación eterna²⁹². Los títulos con los que se refiere a la Santísima Virgen («Madre de Dios», «nueva Eva», «Madre de la Iglesia»)

²⁸⁵ SM 10.

²⁸⁶ Cf. SM 19.

²⁸⁷ SM 8.

²⁸⁸ Cf. PAULO VI, *Sollemnis professio fidei*. (30.06.1968), en AAS 60 (1968), 434.

²⁸⁹ PAULO VI, *Sollemnis professio fidei*. (30.06.1968), en AAS 60 (1968), 439.

²⁹⁰ Notas 20 y 21. Cf. PAULO VI, *Sollemnis professio fidei*. (30.06.1968), en AAS 60 (1968), 438-439.

²⁹¹ PAULO VI, *Sollemnis professio fidei*. (30.06.1968), en AAS 60 (1968), 438.

²⁹² Cf. LG 62.

anexos a su oficio maternal, «no aluden —según el teólogo Cándido Pozo— a la actitud psicológica con que María intercede, sino que designan una realidad ontológica, que confiere un título singular a la intercesión de María, que no se da en la intercesión de los otros santos»²⁹³.

3.4 *Exhortación Apostólica Marialis cultus*

El Concilio Vaticano II en los números 66 y 67 de la *Lumen gentium* destaca la especificidad del culto con que la Iglesia honra a la Virgen María, esencialmente diferente al de Dios, que es de adoración, y al de los santos²⁹⁴, y «anima a todos los hijos de la Iglesia a que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, sobre todo el litúrgico»²⁹⁵. Con la intención de asentar los principios y normas para que se lleve a cabo la debida renovación de este culto mariano, siguiendo las directrices conciliares, nace la Exhortación Apostólica *Marialis cultus*²⁹⁶ del Papa Montini. En ella no dejará de repetir cuestiones que ya han sido tratada más arriba en relación al tema que es objeto de nuestro estudio por lo que no voy a detenerme en ello, sino que más bien destacaré de la Exhortación algunas cuestiones novedosas referentes a la maternidad espiritual de María.

El santo padre, después de haber expresado el descontento por parte de algunos hermanos separados acerca de ciertas cuestiones mariológicas afirmadas en el Concilio²⁹⁷, considera que la «humilde Esclava del Señor [...] será, aunque lentamente, no obstáculo sino medio y punto de encuentro para la unión de todos los creyentes en Cristo»²⁹⁸. Y citando a su predecesor el Papa León XIII advierte que al oficio de la maternidad espiritual de María también le pertenece específicamente la causa de unión de todos los cristianos, «pues los que son de Cristo no fueron engendrados ni podían serlo sino en una única fe y un único amor: porque, “¿está acaso dividido Cristo?” (1 Co 1, 13); y debemos vivir todos juntos la vida de Cristo, para poder fructificar en un solo y mismo cuerpo (cf. Rm 7, 14)»²⁹⁹.

En relación a la cuestión del culto a María, Pablo VI no duda en reconocer que «la piedad a la Santísima Virgen, de modo subordinado a la piedad hacia

²⁹³ C. POZO, *El Credo del Pueblo de Dios. Comentario teológico*, 144.

²⁹⁴ Cf. LG 66.

²⁹⁵ LG 67.

²⁹⁶ PAULO VI, *Adhortatio apostolica Marialis cultus*. (02.02.1974), en AAS 66, (1974) 113-168. (En adelante citaremos este documento como MC).

²⁹⁷ Principalmente «en torno a la función de María en la obra de la salvación y, por tanto, sobre el culto que le es debido» (Cf. MC 33).

²⁹⁸ MC 33.

²⁹⁹ MC 33.

el Salvador y en conexión con ella, tiene una gran eficacia pastoral y constituye una fuerza renovadora de la vida cristiana», en virtud de su misión maternal para con el Pueblo de Dios³⁰⁰. Este culto mariano, empujado por esta misma misión maternal de la Virgen, permite a los fieles acercarse a ella con filial confianza para obtener de tan tierna madre «consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad, fuerza liberadora en el pecado; porque Ella, la libre de todo pecado, conduce a sus hijos a esto: a vencer con enérgica determinación el pecado, [...] condición necesaria para toda renovación de las costumbres cristianas»³⁰¹.

4. La maternidad espiritual de María en la encíclica *Redemptoris Mater*

Si algo ha caracterizado notablemente el pontificado del Papa Juan Pablo II es sin lugar a duda su tierno amor a la Santísima Virgen María, bajo cuya protección pone su pontificado con el lema *Totus Tuus*³⁰² y a quien le dedicó numerosas catequesis así como incontables muestras de piedad en sus continuos viajes por todo el mundo, procurando siempre visitar los santuarios marianos más significativos de cada pueblo y desde allí consagrar la propia nación a su maternal protección. No es causa de asombro por lo tanto el que dedicase una encíclica a la Virgen María, la *Redemptoris Mater*, calificada por algunos como «la espiritualidad mariana de Juan Pablo II hecha encíclica»³⁰³.

Es presentada el 25 de marzo de 1987, solemnidad de la Anunciación del Señor, en el marco de la proclamación de un año mariano (6 de junio de 1987–15 de agosto de 1988), y sus principales motivos de publicación fueron: la convocatoria del sínodo extraordinario que tuvo lugar en Roma por el vigésimo aniversario del Concilio Vaticano II (25 de noviembre-8 de diciembre de 1985); como preparación al gran jubileo del año 2000, en el que se celebraba el bimilenario nacimiento de Cristo, por lo que se creía oportuno unos años antes celebrar el nacimiento de María, quien precedió la venida del Salvador; y los mil años de la evangelización de Rusia gracias al bautismo de san Vladimir, a causa de su conversión al cristianismo en el año 988³⁰⁴.

³⁰⁰ Cf. MC 57.

³⁰¹ MC 57.

³⁰² IOANNIS PAULI PP. II, *Epistula Apostolica Rosarium Virginis Mariae*. (16.10.2002) 15, en AAS 95 (2003) 15: «Un lema, como es sabido, inspirado en la doctrina de san Luis María Grignon de Montfort».

³⁰³ S. DI FIORES, *María en la teología contemporánea*, 567.

³⁰⁴ Cf. E. TOURÓN DEL PIE, «*Redemptoris Mater*», 1684.

El objetivo principal de la misma es que en el Año Mariano se promueva «una nueva y profunda lectura de cuanto el Concilio ha dicho sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, a la que se refieren las consideraciones de esta encíclica»³⁰⁵, y todo desde una triple perspectiva como se indica en la misma: de *doctrina de fe*, *devoción* y *espiritualidad mariana*³⁰⁶. La reflexión sobre la *mediación maternal de la Virgen*, en relación con Cristo y la Iglesia, será un punto central en la encíclica, ahondando principalmente la doctrina del Concilio Vaticano II contenida en el capítulo VIII de la *Lumen gentium*, quien marcará su contenido cristológico, eclesiológico, ecuménico y del que obtendrá también su estructura fundamental: *María en el misterio de Cristo* (nn. 7-24); *La madre de Dios en el centro de la Iglesia peregrina* (nn. 38-50); y el añadido, la *Mediación materna* (nn. 38-50). Todo hilado por medio de «aquella peregrinación de la fe, en la que la santísima Virgen avanzó»³⁰⁷. Este itinerario de fe de la Virgen María, es un aspecto crucial a tener en cuenta para una mayor comprensión de la doctrina mariana contenida en la encíclica. Sin embargo, continúa señalando el Papa, «no se trata aquí sólo de la historia de la Virgen Madre, de su personal camino de fe y de la “parte mejor” que ella tiene en el misterio de la salvación, sino además de la historia de todo el Pueblo de Dios, de todos los que toman parte en la misma peregrinación de la fe»³⁰⁸, pues como indicó el mismo Concilio Vaticano II, ella es «tipo de la Iglesia»³⁰⁹, por lo que «su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la [misma], para los individuos y comunidades, para los pueblos y naciones, y, en cierto modo, para toda la humanidad»³¹⁰.

4.1 *La mediación de María es mediación en Cristo*³¹¹

Al Igual que en el Concilio³¹² el Papa insiste, citando las palabras de san Pablo a Timoteo, que «Dios es uno, y único también el mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos»

³⁰⁵ RM 48.

³⁰⁶ RM 48.

³⁰⁷ RM 5.

³⁰⁸ RM 5.

³⁰⁹ Cf. LG 63.

³¹⁰ RM 6.

³¹¹ Para la exposición doctrinal en lo referente a la maternidad espiritual de María según la encíclica *Redemptoris Mater*, seguiremos el esquema propuesto en el artículo de J. ESQUERDA BIFET, «La mediación materna de María. Aspectos específicos de la encíclica “Redemptoris Mater”», 237-254.

³¹² Cf. LG 60.

(1Tim 2,5-6)³¹³. Esta única mediación de Cristo no excluye para nada la colaboración del hombre en la obra redentora, pues en las mismas Sagradas Escrituras se percibe la Historia de la Salvación en clave de “Alianza”, es decir, como el resultado de un doble pacto entre Dios que salva y el hombre que acoge libremente esta intervención divina. Es en esta clave como se ha de entender la medición de la Virgen³¹⁴.

Este “don-respuesta” se percibe claramente en el hecho de la Anunciación a quien la encíclica papal dedica una profunda reflexión al inicio de la misma³¹⁵. Todos hemos sido introducidos en el plan divino de la salvación pero María de una forma excepcional, y esto se percibe en que cuando el ángel la llama «llena de gracia» (Lc 1,28) está indicando que el Padre había pensado desde toda la eternidad el asociarla al misterio de la encarnación de Cristo, escogiéndola como su Madre³¹⁶. Ahora bien, «si esta elección es fundamental para el cumplimiento de los designios salvíficos de Dios respecto a la humanidad [...], la elección de María es del todo excepcional y única»³¹⁷. De igual forma también lo es su respuesta de fe, ensalzada por su prima Santa Isabel: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1,45). Toda gracia divina que es otorgada al hombre debe llevarle a una mayor entrega a Dios y es lo que manifiesta la Virgen María con su respuesta a las palabras del ángel: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). La propia consideración por parte de María de ser la «esclava del Señor» está manifestando su total entrega y disponibilidad a la voluntad divina, aceptando el unir su destino al de Jesucristo, el Hijo de Dios³¹⁸. El “sí” de María no es sólo expresión de su credibilidad a las palabras del ángel, sino también de su entrega total y libre a los designios de Dios, iniciando así un camino de fe que «tendrá analogías sorprendentes con la fe de Abrahán»³¹⁹. Al igual que el propio patriarca ella también esperó en Dios en momentos de total desesperanza. Su “fiat” a la voluntad de Dios no estará exento de contradicciones como el mismo anciano Simeón le profetiza en el Templo de Jerusalén (cf. Lc 2,34-35). El ángel le anuncia maravillas acerca del Niño que nacerá: «Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la

³¹³ Cf. RM 38.

³¹⁴ Cf. J. ESQUERDA BIFET, «La mediación materna de María. Aspectos específicos de la encíclica “Redemptoris Mater”», 239.

³¹⁵ Cf. RM 7-11.

³¹⁶ Cf. RM 8.

³¹⁷ RM 9.

³¹⁸ Cf. C. POZO, *María, nueva Eva*, 408-409.

³¹⁹ RM 14.

casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33), pero pronto descubrirá la paradoja de la vida de Cristo en la que aparentemente no acaece nada de aquello que se esperaba del Mesías. Un «velo» parece cubrir la fe de María³²⁰ que aún se hace más denso en el momento de la Crucifixión, donde «es testigo, humanamente hablando, de un completo desmentido»³²¹ de las palabras del ángel. Pero ella se mantiene fiel a sus palabras: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,38), y esta fe le permite unirse perfectamente al despojamiento de su Hijo, participando así en su muerte redentora³²².

Estas palabras de María en la encarnación son expresión de su subordinación a la misión de Cristo por lo que, citando el Papa la misma doctrina conciliar, «la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder»³²³, haciendo al final un añadido: se trata de «mediación en Cristo»³²⁴. La función mediadora de María está subordinada siempre a Cristo, en consonancia al plan salvador de Dios que desea la cooperación libre y responsable de todos los hombres en él, pero con la peculiaridad de que la participación de María es una subordinación total, pues se considera “esclava”, y además es una colaboración inmediata pues en ella no hay mancha alguna de pecado³²⁵.

Pero junto a este matiz de la mediación de María subordinada a la de Cristo, hay que tratar otro que refleja la *Redemptoris Mater* y que también fue subrayado en el Concilio Vaticano II³²⁶: la Santísima Virgen es también «compañera», socia del Redentor, pues su consentimiento al designio divino de ser la madre de su Hijo es sin duda el resultado de su virginidad, por la que se entrega íntegramente a Dios. «María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios, guiada por el amor esponsal, que “consagra” totalmente una persona humana a Dios. En virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo “entregada a Dios”, viviendo la virginidad»³²⁷. Con esta «ardiente caridad» por parte de María, encaminada en unión con Cristo a

³²⁰ Cf. RM 17.

³²¹ RM 18.

³²² Cf. RM 18.

³²³ LG 60.

³²⁴ RM 38.

³²⁵ Cf. J. ESQUERDA BIFET, «La mediación materna de María. Aspectos específicos de la encíclica “Redemptoris Mater”», 239.

³²⁶ Cf. LG 56, 61, 62.

³²⁷ RM 39.

restaurar la vida sobrenatural en las almas³²⁸ perdida a causa del pecado, «María *entraba de manera muy personal en la única mediación* “entre Dios y los hombres”, *que es la mediación del hombre Cristo Jesús. [...] Y tal cooperación es precisamente esta mediación subordinada a la mediación de Cristo*»³²⁹.

Es por ello, resalta el Papa, que la mediación maternal de María no nos aísla de Jesucristo sino más bien nos lleva a Él, considerándola en palabras de San Bernardo: «mediadora “ad Mediatorem”»³³⁰. Ella «sigue repitiendo a todos las mismas palabras que dijo en Caná de Galilea: “Haced lo que él os diga”»³³¹ y en ello radica la clave para considerar como verdadera y válida una devoción mariana de entre otras. A este punto resalta como verdadera devoción la “esclavitud mariana” propuesta por San Luís María Grignon de Montfort, quien «proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo»³³². Él mismo, como es comúnmente sabido, practico esta forma de piedad.

4.2 *El aspecto materno de la mediación de María*

Del apartado anterior podemos deducir que «la cooperación de María *participa*, por su carácter subordinado, *de la universalidad de la mediación del Redentor, único mediador*»³³³ lo que nos permite reconocer a la Santísima Virgen como “medianera universal” respecto a todos los hombres y de todos los tiempos. Esta declaración en la que parece decirse algo extraordinario del papel mediador de María, no se puede considerar como tal ya que en ella no queda bastante claro cuál es su distinción respecto a la mediación de los santos, que también puede considerarse como “universal”³³⁴, pues según afirma la *Lumen gentium* al respecto,

por lo mismo que los bienaventurados están más íntimamente unidos a Cristo, consolidan más eficazmente a toda la Iglesia en la santidad, [...] no cesan de interceder por El, con El y en El a favor nuestro ante el Padre, ofreciéndole los méritos que en la tierra consiguieron por el “Mediador único entre Dios y los

³²⁸ Cf. LG 61.

³²⁹ RM 39.

³³⁰ RM 38. Nota 96.

³³¹ RM 46.

³³² RM 48.

³³³ RM 40.

³³⁴ Cf. C. POZO, *María, nueva Eva*, 424-425.

hombres, Cristo Jesús” (cf. *1Tm* 2, 5) [...]. Su fraterna solicitud contribuye, pues, mucho a remediar nuestra debilidad³³⁵.

Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater* nos ofrece un matiz teológico que permite diferenciar de forma singular la mediación universal de la Virgen respecto a la de los santos³³⁶: «Efectivamente, la mediación de María *está íntimamente unida a su maternidad* y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo»³³⁷. María es verdaderamente Madre de Cristo y madre de los discípulos y con ambos mantiene una relación maternal, por lo que en el ejercicio de su intercesión «se pone “en medio”, o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede —más bien “tiene el derecho de”— hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres»³³⁸. Ello nos hace percibir donde se encuentra la nota diferenciadora entre la mediación de María y la de los santos, según señala el santo padre, ya que en el ejercicio universal de intercesión, subordinado al de Cristo, tan sólo María ejerce una mediación maternal pues únicamente ella es Madre de Cristo, a quien intercede, y madre de aquellos por quienes intercede³³⁹.

Los fundamentos de esta mediación maternal de María los expone la *Redemptoris Mater* en los números del 20 al 24, cuando explica los episodios de las bodas de Caná y su presencia junto a la Cruz de Jesús. Ambas explicaciones son introducidas por el episodio narrado en el evangelio de Lucas donde una mujer se levanta de entre la gente y dice a Jesús: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron» (Lc 11,27). Se trata de una alabanza a María en su condición de ser la madre de Jesús según la carne. A lo que Jesús respondió diciendo: «Mejor, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11,28), con lo que está quitando «la atención de la maternidad entendida sólo como un vínculo de la carne, para orientarla hacia aquel misterioso vínculo del espíritu, que se forma en la escucha y en la observancia de la palabra de Dios»³⁴⁰. Jesús revela un nuevo sentido de maternidad y María, lejos de sentirse excluida, lo descubre y lo acoge pues su vida se caracterizó precisamente por escuchar la Palabra de Dios y

³³⁵ LG 49.

³³⁶ Cf. C. POZO, *María, nueva Eva*, 425.

³³⁷ RM 38.

³³⁸ RM 21.

³³⁹ Cf. C. POZO, *María, nueva Eva*, 426.

³⁴⁰ RM 20.

abandonarse a ella con fe y fidelidad³⁴¹. Es desde este punto de vista como se han de entender los dos textos que la encíclica muestra como fundamentos de la maternidad espiritual de María.

En Caná (cf. Jn 2,1-12) se nos revelan rasgos peculiares de esta mediación maternal mariana según el espíritu: María, por su fe en Jesús, intercede a su Hijo en favor de los hombres (intercesora) y, al mismo tiempo, esta fe permite que el poder de Cristo se manifieste, contribuyendo a suscitar la fe de sus discípulos³⁴².

El episodio del Calvario (cf. Jn 19,25-27), donde «la maternidad de María respecto de los hombres [...] es precisada y establecida claramente»³⁴³, es denominado en la encíclica papal como «el testamento de la cruz»³⁴⁴, pues Jesús desde ella nos lega a su Santísima Madre. En este momento Juan Pablo II quiere resaltar el carácter personalista de la salvación de Cristo que muere no solo por la redención de la humanidad en abstracto, sino por cada hombre en particular³⁴⁵. Por lo que «la Madre de Cristo, encontrándose en el campo directo de este misterio que abarca al hombre —a cada uno y a todos—, es entregada al hombre —a cada uno y a todos— como madre»³⁴⁶. María desde el árbol de la Cruz es proclamada no solo madre espiritual de todos los creyentes, sino que se trata de «un testamento en que concretamente a mí se me da a María como mi Madre»³⁴⁷. Ahora bien, como testamento ha de ser acogido voluntariamente por el heredero y esto queda reflejado en las palabras: «Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio» (Jn 19,27), queriendo expresar con ello que «la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su “yo” humano y cristiano»³⁴⁸. De esta forma el santo padre equipara la devoción mariana al trato mutuo, íntimo y personal entre madre e hijo:

Es esencial a la maternidad la referencia a la persona. La maternidad determina siempre *una relación única e irrepetible* entre dos personas: *la de la madre con el hijo y la del hijo con la Madre*. Aun cuando una misma mujer sea madre de muchos hijos, su relación personal con cada uno de ellos caracteriza la maternidad en su misma esencia. En efecto, cada hijo es engendrado de un modo único e irrepetible, y esto vale tanto para la madre como para el hijo. Cada hijo es

³⁴¹ Cf. RM 20.

³⁴² Cf. RM 21.

³⁴³ RM 23.

³⁴⁴ RM 23.

³⁴⁵ Cf. C. POZO, *María, nueva Eva*, 417.

³⁴⁶ RM 23.

³⁴⁷ C. POZO, *María, nueva Eva*, 417.

³⁴⁸ RM 45.

rodeado del mismo modo por aquel amor materno, sobre el que se basa su formación y maduración en la humanidad. Se puede afirmar que la maternidad “en el orden de la gracia” mantiene la analogía con cuanto a “en el orden de la naturaleza” caracteriza la unión de la madre con el hijo³⁴⁹.

Finalmente, junto al aspecto cristológico de la mediación maternal de María que notablemente ha sido subrayado en la encíclica, el Papa destaca el aspecto pneumatológico de la misma, considerando la eficacia del influjo salvífico de María dependiente también de la acción del Espíritu Santo: «Este saludable influjo está mantenido por el Espíritu Santo, quien, igual que cubrió con su sombra a la Virgen María comenzando en ella la maternidad divina, mantiene así continuamente su solicitud hacia los hermanos de su Hijo»³⁵⁰. Con ello el santo padre da respuesta especialmente a los hermanos separados, quienes solían afirmar que en el catolicismo la virgen María sustituía la función del Espíritu Santo³⁵¹.

4.3 *La mediación maternal de María en la Iglesia*

Señala Juan Pablo II que «en la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: *María en Nazaret y María en el cenáculo de Jerusalén*»³⁵². Tanto María como el Espíritu Santo son considerados los dos verdaderos protagonistas en el nacimiento del Verbo de Dios según la carne y de la Iglesia, cuando a esta se le comunica la vida de gracia en Pentecostés³⁵³, «así la que está presente en el misterio de Cristo como Madre, se hace —por voluntad del Hijo y por obra del Espíritu Santo— presente en el misterio de la Iglesia»³⁵⁴ donde mantiene esta función maternal.

Partiendo de la doctrina contenida en la *Lumen gentium*, la encíclica *Redemptoris Mater* resalta también la consideración de María como «Tipo de la Iglesia»³⁵⁵, pues mirando a la Virgen Madre la Iglesia percibe en ella su misma misión apostólica para con la humanidad, su ser sacramento de Cristo para el mundo, por lo que en María encuentra su principal referente a seguir en el ministerio conjunto de su mediación maternal. Este vínculo estrecho

³⁴⁹ RM 45.

³⁵⁰ RM 38.

³⁵¹ Cf. M. PONCE CUÉLLAR, *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, 479.

³⁵² RM 24.

³⁵³ Cf. C. POZO, *María, nueva Eva*, 420.

³⁵⁴ RM 24.

³⁵⁵ Cf. RM 5, 42-47.

entre la Santísima Virgen y la Iglesia se percibe notablemente en el Cenáculo el día de Pentecostés (cf. Hch 1,14), donde se presenta a María unida a la comunidad eclesial implorando con su intercesión el don del Espíritu Santo, poniendo así en práctica dentro de la Iglesia la nueva tarea encomendada por su Hijo desde la cruz. Es por ello que podemos afirmar, con palabras del teólogo Juan Esquerda Bifet, que «la nueva maternidad de María se hace nueva maternidad eclesial»³⁵⁶. La encíclica lo expresa así:

María, que desde el principio se había entregado sin reservas a la persona y obra de su Hijo, no podía dejar de volcar sobre la Iglesia esta entrega suya materna. Después de la ascensión del Hijo, su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna; intercediendo por todos sus hijos, la madre coopera en la acción salvífica del Hijo, Redentor del mundo³⁵⁷.

Pero no sólo María es considerada como *modelo* para la Iglesia, sino que, sigue subrayando la *Redemptoris Mater*, «el misterio de la Iglesia consiste también en el hecho de engendrar a los hombres a una vida nueva e inmortal: es su maternidad en el Espíritu Santo. Y aquí María no sólo es modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más»³⁵⁸, pues la Virgen —en continuidad con la doctrina mariológica del Concilio Vaticano II³⁵⁹—, «“*con materno amor coopera a la generación y educación*” de los hijos e hijas de la madre Iglesia»³⁶⁰. De ello podemos deducir que María sigue ejerciendo su maternidad por medio de la Iglesia³⁶¹, ya que «acoge, con su nueva maternidad en el Espíritu, a todos y a cada uno *en la Iglesia*, acoge también a todos y a cada uno *por medio de la Iglesia*»³⁶².

No podemos, por tanto, desvincular la función maternal de María del ejercicio maternal de la Iglesia, y viceversa, pues «si el ejercicio de la maternidad es mediación, la Iglesia ejerce su acción materna en relación con la mediación materna de María»³⁶³. Y el Papa pone como fundamento escriturístico de esta afirmación «las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la Cruz, [ya que] significan que *la maternidad* de su madre encuentra una “nueva”

³⁵⁶ Cf. J. ESQUERDA BIFET, «La mediación materna de María. Aspectos específicos de la encíclica “Redemptoris Mater”», 246.

³⁵⁷ RM 40.

³⁵⁸ RM 44.

³⁵⁹ Cf. LG 63.

³⁶⁰ RM 44.

³⁶¹ Cf. J. ESQUERDA BIFET, «La mediación materna de María. Aspectos específicos de la encíclica “Redemptoris Mater”», 248.

³⁶² RM 47.

³⁶³ J. ESQUERDA BIFET, «La mediación materna de María. Aspectos específicos de la encíclica “Redemptoris Mater”», 248.

continuación *en la Iglesia y a través de la Iglesia*, simbolizada y representada por Juan»³⁶⁴. El desempeño de su mediación maternal se concretiza sobre todo en el influjo que ejerce sobre la fe de los apóstoles, pues la fe de María

“*precede*” el testimonio apostólico de la Iglesia, y permanece en el corazón de la Iglesia, escondida como un especial patrimonio de la revelación de Dios. Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, *en cierto sentido, participan de la fe de María*³⁶⁵.

5. La maternidad espiritual de María en el magisterio de Benedicto XVI

Aunque no ha dedicado directamente ningún documento magisterial a la Santísima Virgen María como sus predecesores, no faltan en los escritos del Papa Benedicto XVI continuas referencias mariológicas en perfecta continuidad con la doctrina del Concilio Vaticano II, y de entre las cuales se pueden distinguir algunas que son tocantes al misterio de su maternidad espiritual para con los creyentes, maternidad, que como él mismo Papa indica, sigue ejerciendo hasta el final de los tiempos³⁶⁶. Entre los varios documentos de su pontificado me centraré tan sólo en aquellos que son más explícitos en hablarnos sobre la nueva función maternal que ejerce María en la economía de la salvación. Estos documentos son la encíclica *Deus Caritas est* (2005), la encíclica *Spe Salvi* (2007) y una audiencia general del 12 de agosto de 2009 titulada *María, madre de todos los sacerdotes*. En los tres expone la doctrina sobre la maternidad espiritual de María partiendo del momento en que Jesús entrega su Santísima Madre al discípulo amado en calidad de madre (cf. Jn 19,25-27), destacando en cada escrito algún aspecto preciso de esta maternidad.

En los números 41 y 42 de la encíclica *Deus Caritas est*³⁶⁷ denomina el momento de la Cruz como «la hora de la Madre», donde asumirá María su singular papel maternal en la nueva familia fundada por Jesús y que está llamada a ejercer no sólo con Juan sino con las generaciones futuras de discípulos:

Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz,

³⁶⁴ RM 24.

³⁶⁵ RM 27.

³⁶⁶ Cf. BENEDICTO XVI, «Audiencia general del 14 de marzo de 2012».

³⁶⁷ BENEDICTI XVI, *Litterae encyclicae Deus caritas est* (25.12.2005), en AAS 98 (2006) III, 217-252. (En adelante citaremos este documento como DCe).

que será la verdadera hora de Jesús (cf. Jn 2, 4; 13, 1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cf. Jn 19, 25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14)³⁶⁸.

La palabra del Crucificado al discípulo —a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 27)— se hace de nuevo verdadera en cada generación. María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes³⁶⁹.

A partir de un comentario que hace al tradicional himno *Ave maris stella* en la encíclica *Spe salvi*³⁷⁰, advierte que la Virgen Santísima recibe por parte de su Hijo, desde el árbol de la cruz, la función de ser «madre de los creyentes». Su permanencia orante junto a los discípulos en la espera del Espíritu Santo es considerada por el Papa expresión de este nuevo ejercicio maternal para con ellos:

Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo. [...] Junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes. [...] La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cf. Hch 1,14), que recibieron el día de Pentecostés. [...] Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza³⁷¹.

Finalmente, en la audiencia general del miércoles 12 de agosto de 2009, en el marco del año sacerdotal, el papa Ratzinger presenta el nexo de unión que hay entre la Virgen y el sacerdocio ministerial, considerando a María, Madre de todos los sacerdotes. Ese título lo recibe en el preciso instante en que es entregada por Jesús al discípulo amado, «prefiguración de todos los discípulos amados, de todas las personas llamadas por el Señor a ser “discípulo amado” y, en consecuencia, de modo particular también de los sacerdotes»³⁷². Por su parte, este recibe la invitación de acoger a María, lo que

³⁶⁸ DCe 41. El subrayado es nuestro.

³⁶⁹ DCe 42. El subrayado es nuestro.

³⁷⁰ BENEDICTI XVI, *Litterae encyclicae Spe salvi* (30.11.2007), en AAS 99 (2007) XII, 985-1027. (En adelante citaremos este documento como SS).

³⁷¹ SS 50.

³⁷² BENEDICTO XVI, «Audiencia general. María, Madre de todos los sacerdotes».

significa introducirla en el dinamismo de toda la propia existencia —no es algo exterior— y en todo lo que constituye el horizonte del propio apostolado. Me parece que se comprende, por lo tanto, que la peculiar relación de maternidad que existe entre María y los presbíteros es la fuente primaria, el motivo fundamental de la predilección que alberga por cada uno de ellos. De hecho, son dos las razones de la predilección que María siente por ellos: porque se asemejan más a Jesús, amor supremo de su corazón, y porque también ellos, como ella, están comprometidos en la misión de proclamar, testimoniar y dar a Cristo al mundo. Por su identificación y conformación sacramental a Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, todo sacerdote puede y debe sentirse verdaderamente hijo predilecto de esta altísima y humildísima Madre³⁷³.

³⁷³ BENEDICTO XVI, «Audiencia general. María, Madre de todos los sacerdotes».

CAPÍTULO III

La maternidad espiritual de María camino de perfección Reflexión teológico-espiritual

El magisterio pontificio de las últimas décadas, en consonancia con el Concilio Vaticano II, ha manifestado que la veneración a la Santísima Virgen por parte del pueblo cristiano no es una cuestión facultativa que deba ser dejada a la libre elección de cada uno, reduciéndola de esta forma al ámbito de las devociones privadas, sino que ha de ser considerada como elemento integrante de la vida espiritual ya que Jesucristo al asociarla a la obra de la redención la ha convertido en causa de salvación para todo el género humano. La maternidad espiritual de María, revelada desde el árbol de la cruz, es la prueba fehaciente de que su misión maternal no concluye con la muerte de su Hijo, sino que se prolonga en la vida de la Iglesia a fin de que Jesucristo sea formando plenamente en el corazón de cada bautizado (cf. Gal 4,19).

Los creyentes, al igual que el discípulo amado, son invitados a acoger a María como algo propio (cf. Jn 19,27) y por ello a lo largo de los siglos han ido expresando su filial confianza hacia la Madre de Dios en una rica variedad de devociones que les han permitido avanzar formidablemente en el camino de la perfección cristiana. Entre estas múltiples expresiones de piedad mariana voy a centrarme en aquella que nos ofrece San Luís María Grignon de Montfort (1663-1716), “misionero apostólico” de las regiones noroccidentales de Francia³⁷⁴, quien propone como medio para alcanzar la perfección un valioso itinerario espiritual de carácter mariano basado completamente en las promesas bautismales. Para su exposición realizaré en primer lugar una pequeña síntesis de lo dicho hasta ahora en lo referente a la función maternal de María en la Historia de la Salvación con el fin de introducir la doctrina espiritual de Montfort que girará en torno a la maternidad espiritual de María y que expondré detalladamente en un segundo momento.

³⁷⁴ Cf. A. BOSSARD, «Luís María de Monfort», 748.

1. La función maternal de María en la Historia de la Salvación

Señalábamos en el capítulo precedente, que el Concilio Vaticano II supuso una importante innovación a la hora de afrontar la cuestión mariana, adentrándose en el misterio de María no desde un aspecto exclusivista e independiente, sino más bien dentro del proyecto redentor de Dios para con la humanidad. No debemos olvidar que el objeto de esta obra redentora por la que Cristo, segunda persona de la Santísima Trinidad, se hace hombre en el seno purísimo de la Virgen María, es para rescatar a la humanidad caída a consecuencia del pecado y así todos «recibiéramos la adopción filial» (Gal 4,5) para hacernos «partícipes de la naturaleza divina» (2Pe 1,4). En esta generación a la vida sobrenatural María asume, por puro beneplácito divino, una tarea única y singular: ser la Madre de Dios. Sólo ella entre todas las mujeres contribuyó de forma notable a dar «al mundo la Vida misma»³⁷⁵, y para ejercer esta función, Dios quiso preparar esta digna morada preservándola del pecado de Adán en que todo hombre incurre, siendo así la primera redimida de la historia en atención a los méritos de Cristo, en el mismo instante de su concepción³⁷⁶. María es la «llena de gracia», aquella que es colmada permanentemente del favor divino, y la que al ser cubierta con la sombra del Espíritu Santo se convierte en el nuevo tabernáculo de Dios donde lo humano y lo divino entran en comunión. Pero no se agota aquí su función maternal, sino que al dar a luz al «primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29), según el sentir de los Santos Padres, merece mejor que nadie recibir el apelativo de «madre de todos los que viven» (Gn 3,20) a diferencia de la virgen Eva, quien por su desobediencia a la palabra divina trajo la desgracia y la muerte a la humanidad entera³⁷⁷. Así pues, la Iglesia no solo considera a María como la Madre de Dios, sino que en virtud de esta colaboración suya en la generación divina del hombre merece ser reconocida como «nuestra Madre en el orden de la gracia»³⁷⁸. María realiza su misión maternal como «la humilde esclava del Señor»³⁷⁹, es decir, no es utilizada como un mero instrumento pasivo en las manos de Dios, «sino que colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres»³⁸⁰, y no solo a un momento concreto, sino que su ocupación abarca toda la existencia de

³⁷⁵ LG 56.

³⁷⁶ Cf. S. MEO, «Concilio Vaticano II», 455.

³⁷⁷ Cf. T.F. OSSANNA, «Madre nuestra», 1205.

³⁷⁸ LG 61.

³⁷⁹ Cf. LG 61.

³⁸⁰ Cf. LG 56.

Jesús, desde que es concebido virginalmente en su vientre purísimo hasta la muerte en Cruz³⁸¹.

Pero ¿en qué sentido se ha de entender esta maternidad espiritual de María? Al respecto nos encontramos con varias opiniones según señala el teólogo Royo Marín³⁸²: Algunos la consideran como una *maternidad metafórica*, es decir, «María es llamada nuestra Madre porque nos ayuda y nos ama *como si fuera nuestra Madre*». El término sería «expresión de los cuidados que María se toma para alimentarnos y elevarnos: nos prodiga innumerables favores espirituales para fortificar nuestra vida sobrenatural, para desarrollarla, para preservarla de todo mal»³⁸³. Se trata pues de una maternidad figurada y para nada verdadera; otros la entienden como una *maternidad adoptiva*. En la Cruz «María habría adoptado por hijos suyos a los que el amor de su Hijo le confiaba y desde aquel momento los habría tratado como si ella los hubiera dado al mundo»³⁸⁴. Ciertamente esta interpretación puede darse por válida pues María no es madre nuestra en el orden natural por lo que podemos ser llamados hijos adoptivos suyos. Pero no podemos entender esta adopción al modo puramente humano, como si sólo se tratase de algo que afecta a lo externo de la persona adoptada (una ficción legal) pero sin poder recibir la naturaleza de aquellos que lo adoptan. La maternidad espiritual de María es algo mucho más íntimo y real, pues en el orden sobrenatural sí que se da una maternidad verdadera³⁸⁵; llegamos así a una tercera opinión, aquellos que la entienden como una *maternidad verdadera*, es decir, «María nos ha dado la vida sobrenatural tan verdaderamente como nuestras madres nos han dado la vida natural; y que, como nuestras madres hacen en nuestra vida natural, ella nutre, protege, acrecienta y extiende nuestra vida sobrenatural a fin de conducirla a su perfección»³⁸⁶. Es en este sentido como la Iglesia entiende la maternidad espiritual de María y así lo expresa el Concilio Vaticano II: María «cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas»³⁸⁷. El Magisterio posterior, como hemos podido comprobar en el capítulo precedente, hizo eco de esta afirmación³⁸⁸.

³⁸¹ Cf. LG 57.

³⁸² Cf. A. ROYO MARÍN, *La Virgen María*, 119-121.

³⁸³ A. ROYO MARÍN, *La Virgen María*, 119.

³⁸⁴ A. ROYO MARÍN, *La Virgen María*, 119.

³⁸⁵ Cf. A. ROYO MARÍN, *La Virgen María*, 120.

³⁸⁶ A. ROYO MARÍN, *La Virgen María*, 120.

³⁸⁷ LG 61.

³⁸⁸ Cf. *Signum Magnum* 8; *Sollemnis professio fidei*; *Redemptoris Mater* 22.

La función maternal de María en la economía de la gracia «perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos»³⁸⁹. De esta afirmación del Concilio Vaticano II podemos distinguir tres etapas fundamentales en el proceso constitutivo de esta maternidad espiritual y que explicamos a continuación.

El principal fundamento de la maternidad espiritual de María se encuentra sin lugar a dudas en su maternidad divina pues, como el mismo mariólogo Roschini señala, en el misterio de la encarnación del Verbo la Santísima Virgen engendra en su seno al Dios-Hombre Redentor en cuanto tal, «es decir, en cuanto Redentor, Cabeza de la humanidad, que ha venido a regenerar a la vida sobrenatural»³⁹⁰, y de esta forma María queda constituida no sólo como “Madre de Dios”, sino más bien «Madre del divino Redentor»³⁹¹. El Hijo que lleva en su vientre y al que da a luz es Cristo, Cabeza mística de la humanidad.

Como Hombre-Dios tiene un cuerpo físico, como todos los demás hombres; como Redentor del género humano, en cambio, tiene un Cuerpo místico, que es la sociedad de todos los que creen en Él (cf. Rm 12,5). La Virgen Santísima, pues, al engendrar física y naturalmente a Cristo, engendraba espiritual y sobrenaturalmente a todos los cristianos, miembros místicos de Cristo, o sea, a todo el género humano. Se sigue que tanto la Cabeza como sus místicos miembros son frutos del mismo seno, el de María; y que María queda constituida así Madre del Cristo total, es decir, de la Cabeza y de sus miembros, aunque de modo diverso: físicamente de la Cabeza, espiritualmente de los miembros [...]. La maternidad espiritual de María Santísima respecto a todos los cristianos es una prolongación de su maternidad divina y física respecto a Cristo: somos hijos en el Hijo (filii in Filio), en quien estamos como incluidos, a quien estamos incorporados³⁹².

La colaboración materna de María en la obra de la redención no se extingue en el momento en que da a luz al Verbo encarnado sino que se prolonga más allá. María reconoce en las palabras del ángel la voluntad divina y no duda en someterse a ellas con la expresión «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Este «consentimiento suyo para la maternidad —como indica la *Redemptoris Mater*— es sobre todo fruto de la donación total a Dios en la virginidad»³⁹³, es decir, María deseaba entregar

³⁸⁹ LG 62.

³⁹⁰ G.M. ROSCHINI, *La Madre de Dios*, I, 384-385.

³⁹¹ LG 61; Cf LG 53; Cf. RM 44.

³⁹² G.M. ROSCHINI, *La Madre de Dios*, I, 385.

³⁹³ RM 39.

su vida totalmente al servicio de Dios y las palabras «he aquí la esclava del Señor» son expresión de que desde el primer momento ella comprendió esta misión maternal no como algo esporádico, sino que exigía una total donación de sí para siempre³⁹⁴. De esta forma María se convierte en la «compañera más generosa» de Jesucristo Redentor y prolonga su cooperación materna «alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo [y] sufriendo con su Hijo que moría en la cruz»³⁹⁵. Así María era colmada cada vez más «de “ardiente caridad” hacia todos aquellos a quienes estaba dirigida la misión de Cristo. Por medio de esta “ardiente caridad”, orientada a realizar en unión con Cristo la restauración de la “vida sobrenatural de las almas”, María entraba de manera muy personal en la única mediación “entre Dios y los hombres”, que es la mediación del hombre Cristo Jesús»³⁹⁶, pero siempre subordinada a esta. De forma notable se percibe esta cooperación mariana en el episodio de las bodas de Caná (cf. Jn 2,1-12), donde María se pone en medio entre los hombres y su Hijo presentándole a este las necesidades de aquellos, es decir, intercede por la humanidad, pero a la vez contribuye a que se manifieste el poder mesiánico de su Hijo. Otro aspecto singular de la función materna de María lo vemos en la expresión que dirige a los criados: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5), donde la Virgen aparece «como portavoz de la voluntad del Hijo, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías [...]. En Caná María aparece como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera “señal” y contribuye a suscitar la fe de los discípulos»³⁹⁷. Será en el Calvario donde se dé definitivamente el alumbramiento espiritual de la humanidad, iniciado en la gruta de Belén con el nacimiento de Cristo nuestra Cabeza. La presencia de María junto a la cruz de su Hijo es para los teólogos expresión del parto doloroso por el que la Santísima Virgen nos dio a luz, pues al igual que la regeneración espiritual del hombre, iniciada de antemano en el misterio de la enmarcación, es consumada en la Cruz por medio de la redención del mundo llevada a cabo por Cristo Redentor, de igual forma la maternidad espiritual de María que tiene su comienzo en el primer misterio, se consuma plenamente en el segundo³⁹⁸: «si la maternidad de María respecto de los hombres ya había sido delineada precedentemente, ahora es precisada y establecida claramente; ella emerge de la definitiva maduración del misterio

³⁹⁴ Cf. RM 39.

³⁹⁵ LG 61.

³⁹⁶ RM 39.

³⁹⁷ RM 21.

³⁹⁸ Cf. A. ROYO MARÍN, *La Virgen María*, 126.

pascual del Redentor»³⁹⁹. Las palabras de Jesús a su madre, «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26), son palabras que, como indicábamos en el primer capítulo, revelan una realidad que permanecía oculta pero que ahora se manifiesta públicamente. Con ellas Jesús expresa la nueva dimensión de la maternidad de María, su maternidad espiritual para con toda la humanidad⁴⁰⁰.

El tercer momento constitutivo de la maternidad espiritual de María, señalado por el Concilio Vaticano II, tiene su inicio el día de Pentecostés, cuando los discípulos junto con «María, la madre de Jesús» perseveraban unidos en la oración en la espera de la venida del Espíritu Santo (cf. Hch 1,14). Esta presencia intercesora de la Madre de Dios junto a la primera comunidad cristiana en el nacimiento de la Iglesia y su manifestación al mundo, es indicio de que su maternidad espiritual se prolonga en la Iglesia⁴⁰¹ «hasta la consumación perpetua de todos los elegidos»⁴⁰². Así la función maternal de la Santísima Virgen no se extingue en el ocaso de su vida terrena, pues «asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna»⁴⁰³, cooperando de esta forma, como señala el Papa Pablo VI en la Exhortación apostólica *Signum Magnum*, «en el nacimiento y en el desarrollo de la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos»⁴⁰⁴ hasta que Cristo sea formado plenamente en ellos.

Acerca de esta mediación maternal de María, tanto el Concilio Vaticano II como la *Redemptoris Mater*⁴⁰⁵ han manifestado con claridad, citando las palabras de San Pablo a Timoteo, que hay «un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos» (1Tm 2,5-6), pero que esta «única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas, diversas clases de cooperación, participada de la única fuente», de esta forma «la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas»⁴⁰⁶. Ya hemos visto que la nota específica de la mediación de María, lo que la diferencia de las demás criaturas, está ligada íntimamente a su maternidad⁴⁰⁷ en la vida sobrenatural, siempre en dependencia de la mediación universal de Cristo. Se trata pues

³⁹⁹ RM 23.

⁴⁰⁰ Cf. A. ROYO MARÍN, *La Virgen María*, 128.

⁴⁰¹ Cf. RM 24.

⁴⁰² LG 62.

⁴⁰³ LG 62.

⁴⁰⁴ SM 8.

⁴⁰⁵ Cf. LG 60; RM 38.

⁴⁰⁶ LG 62.

⁴⁰⁷ Cf. RM 38.

de una «mediación en Cristo» y dependiente de la acción del Espíritu Santo⁴⁰⁸. Es por ello que esta mediación lejos de oscurecer o disminuir la mediación de Cristo más bien permite demostrar su poder y fomentar la unión inmediata de los creyentes para con él⁴⁰⁹. Es tan intensa y trasparente la relación de María con Cristo y el Espíritu Santo, gracias a su pureza integral y a su virginal entrega al Señor como su “esclava”, que todo en la Virgen Santísima evoca a ellos⁴¹⁰. Al respecto me parecen clarividentes las palabras del teólogo S. Bulgakov: «Sin ser Dios, ni Dios-hombre, María comunica la vida divina de la Santísima Trinidad, en su total capacidad del Espíritu»⁴¹¹. Ahora bien, esta mediación maternal la ejerce María en la Iglesia y para la Iglesia⁴¹² a la que está también íntimamente unida. Como señala el mariólogo Aldama, «María y la Iglesia no son dos realidades totalmente distintas, sino íntimamente implicadas la una en la otra y ambas en Cristo»⁴¹³. El Concilio Vaticano II afirma que María es *tipo y modelo* perfectísimo de la Iglesia, es decir, ella es su viva representación en su condición de virgen y madre, y lo es en el orden de la fe y de la caridad⁴¹⁴. En el *orden de la fe* porque María en el momento de la Anunciación representó a toda la humanidad permitiendo con su “fiat” la encarnación del Verbo y así llevar adelante la obra de la redención, por lo que toda respuesta libre del hombre a la gracia que Dios le otorga para su salvación se comprende dentro de este “¡hágase!” de María. Ella es, como señala Schillebeeckx, «el prototipo de todo ejemplo de respuesta a la gracia [...], la persona universalmente receptiva, que está permitiendo sin cesar que el Redentor se entregue a ella y a toda la humanidad»⁴¹⁵. María, glorificada ya en el cielo junto a su Hijo, nos obtiene con su maternal intercesión «la necesidad de responder —con fe y amor sacrificial— a la gracia en todos los momentos de nuestra vida»⁴¹⁶; en el *orden de la caridad* porque su principal misión en la Iglesia, en la que coopera con amor materno, es la de engendrar a Cristo en el corazón de cada hombre y así generar hijos e hijas de Dios⁴¹⁷. Esta función la ejerce «procurándonos

⁴⁰⁸ Cf. RM 38.

⁴⁰⁹ Cf. LG 60.

⁴¹⁰ Cf. J.C.R. GARCÍA PAREDES, *Mariología*, 396-397.

⁴¹¹ S. BULGAKOV, *Il Paraclito*, 366.

⁴¹² Cf. S. MEO, «Mediadora», 1315.

⁴¹³ J.A. DE ALDAMA, «Mater Ecclesiae», 463.

⁴¹⁴ Cf. LG 53.

⁴¹⁵ E. SCHILLEBEECKX, *María, Madre de la Redención*, 157.

⁴¹⁶ E. SCHILLEBEECKX, *María, Madre de la Redención*, 157.

⁴¹⁷ RM 44.

con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna»⁴¹⁸, pues en virtud de su maternidad divina es como el Señor por medio de María nos comunica todas las gracias necesarias para nuestra santificación que Él adquirido por nosotros y que son Él mismo⁴¹⁹.

Todo esto nos hace comprender que la veneración a la Santísima Virgen en la Iglesia no puede reducirse al ámbito de la devoción privada ya que se hace condición necesaria para que se dé una plena y madura vivencia cristiana. La prueba está en que Dios enlazó el misterio de María en el misterio de la obra redentora de Cristo, y por lo tanto en el misterio esencial de nuestra salvación⁴²⁰. Es «imposible, pues, [...] —afirma Schillebeeckx— prescindir de ella en una vida que pretende ser cristiana, sin hacer injusticia al llamamiento de Dios, sin derogar el orden cristiano ni menospreciar las delicadas atenciones de Dios»⁴²¹. Cristo, en el discípulo amado, nos ofrece desde el árbol de la cruz a su Santísima Madre como medio de perfección cristiana, y de la misma forma que el discípulo «la recibió como algo propio» (Jn 19,27) así nos invita el Señor a acogerla en nuestra vida pues haciéndolo «el creyente aprende a vivir en una comunión más profunda con Cristo, a adherirse a él con fe viva y a poner en él su confianza y su esperanza, amándolo con la totalidad de su ser»⁴²². No se trata de que María se convierta desde ahora en el fin último de la vida espiritual del cristiano ya que sólo lo es Jesucristo, sino —como indica San Luís María Grignon de Montfort— «como el fin próximo, ambiente misterioso y camino fácil para llegar a Él»⁴²³.

Esta “espiritualidad mariana”, frente a otras formas de piedad, adquiere un «valor preeminente» en la sagrada liturgia, es decir, en las diversas celebraciones y ritos que son celebrados por el conjunto total de la Iglesia y que tienen como objeto a la Santísima Virgen, pues posee «un reconocido valor de ejemplo para las otras formas de culto»⁴²⁴. Con esto no se está afirmando que el culto mariano se agote en las celebraciones litúrgicas, sino que también son aceptadas otras formas de piedad surgidas a lo largo de los siglos en las personas, comunidades cristianas, órdenes religiosas... y con las que han querido expresar de forma singular el tierno amor que tributan a la santísima Madre de Dios. Pero de todas ellas, ¿cuál sería la más correcta para poner en práctica esta “vida mariforme”? Todas tienen su importancia, pero

⁴¹⁸ LG 62.

⁴¹⁹ Cf. K. RAHNER, *María, madre del Señor*, 93.

⁴²⁰ Cf. E. SCHILLEBEECKX, *María, Madre de la Redención*, 209.

⁴²¹ E. SCHILLEBEECKX, *María, Madre de la Redención*, 210.

⁴²² JUAN PABLO II, «Audiencia general. María, tipo y modelo de la Iglesia».

⁴²³ S. LUÍS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 265.

⁴²⁴ MC 23, 1.

sin lugar a dudas una de la más consideradas es aquella que nos ofrece San Luís María Grignion de Montfort en sus obras *El secreto de María* y el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* quien «proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo»⁴²⁵. A esta expresión de la espiritualidad mariana, tan practicada en los últimos años y recomendada encarecidamente por el Papa Juan Pablo II, dedicaremos los puntos sucesivos de este tercer capítulo.

2. Cultivo y crecimiento del “ rbol de la Vida”

En el ejercicio evangelizador del Verbo encarnado de Dios, Jesucristo, es central la llamada a la santidad de vida, de la que él mismo es iniciador y consumidor: «Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Esta invitación del divino Maestro no est  dirigida exclusivamente a un grupo selecto de personas sino que, como el mismo Concilio Vaticano II afirma, «todos los fieles, de cualquier estado o condición, est n llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»⁴²⁶, pues es voluntad de Dios que todos los hombres se santifiquen (cf. 1Ts 4,3) y alcanzan este fin en la medida en que sus vidas sean modeladas según la de Cristo con la fuerza del Espíritu Santo⁴²⁷. Esta es la verdadera vocación del hombre y a ella debe orientar todos sus pensamientos, palabras y acciones pues de lo contrario se estará poniendo resistencia a aquello para lo que Dios le cre ⁴²⁸, encaminándose de esta forma a un profundo vacío existencial que trae como consecuencia una vida infeliz e infecunda. Ahora bien, para llevar acabo tan sublime empresa de nada sirven los esfuerzos humanos si no son auxiliados con el favor de la gracia divina que nos viene por medio de Jesucristo, causa eficiente de la misma, y que nos es infundida por el Espíritu Santo en el Sacramento del Bautismo, originando en nosotros la remisión de los pecados y la posibilidad de participar en la relación intratrinitaria⁴²⁹. Esta gracia santificante a escogido a la Santísima Virgen María como medio para venir a nosotros y por este motivo San Luís María Grignion de Montfort la propone como camino perfecto para configurarse con Cristo y alcanzar así la santidad: «Todo se reduce, pues, a encontrar un medio sencillo para alcanzar de Dios la gracia necesaria para hacernos santos. Yo te lo

⁴²⁵ RM 48.

⁴²⁶ LG 40.

⁴²⁷ FRANCISCI, «Adhortatio Apostolica Gaudete et exsultate», 21.

⁴²⁸ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 3.

⁴²⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1996-1999.

quiero enseñar. Y es que para encontrar la gracia, hay que encontrar a María»⁴³⁰.

En sus escritos *El secreto de María* y el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* nos presenta este itinerario espiritual mariforme como el empeño por cultivar y hacer crecer en el interior de cada persona el verdadero *Árbol de la vida* que es María⁴³¹, expresión que toma de Génesis 2,9 y cuyo fruto de vida es Jesucristo, Sabiduría eterna y encarnada. La razón que da es muy sencilla: «Quien desee tener el fruto maduro y bien formado, debe tener el árbol que lo produce. Quien desee tener el fruto de vida —Jesucristo—, debe tener el árbol de vida que es María»⁴³². En estas dos obras presenta la espiritualidad mariana como un “secreto” para indicarnos especialmente que la misión de María en la obra de la redención muy pocos la conocen; que se necesita una gracia especial suscitada por el Espíritu Santo para comprender este camino de perfección; y que esta vida marial no se reduce a un conjunto de prácticas piadosas sino que se trata más bien de «una honda actitud espiritual que anima y orienta toda la vida bajo la fuerza del Espíritu y nos lleva a una auténtica madurez “en la peregrinación de la fe”»⁴³³. Pero ¿cuál es el verdadero motivo que induce al santo misionero francés a considerar la devoción mariana como el medio más seguro para hallar a Jesucristo?

2.1 *María en la Historia de la Salvación desde la perspectiva montfortiana*

Aunque ya ha sido profundizado y desarrollado considerablemente esta cuestión, me parece conveniente afrontarla desde el punto de vista montfortiano para lograr una mayor comprensión del itinerario espiritual mariológico que quiere ofrecernos. El tema es desarrollado ampliamente en la primera parte del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*⁴³⁴ y se encuentra en línea con lo que hasta ahora se ha venido diciendo.

San Luís parte de un principio: Dios ha querido «comenzar y culminar sus mayores obras por medio de la Santísima Virgen» y este proceder divino no cambiará jamás pues «es Dios, y no cambia ni en sus sentimientos ni en su

⁴³⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 6.

⁴³¹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 67,70,78; S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 44,164,218.

⁴³² S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 164.

⁴³³ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 1. Nota a pie de página número 2.

⁴³⁴ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 14-59.

manera de obrar»⁴³⁵. Ahora bien, deja bien claro que la cooperación maternal de María para llevar adelante la obra de la salvación no nace de una necesidad ineludible por parte de la Trinidad ya que «no tiene ni ha tenido absoluta necesidad de la Santísima Virgen para realizar su voluntad y manifestar su gloria»⁴³⁶, sino que es fruto de su inconmensurable benevolencia. Pero ¿cuáles son esas «mayores obras» que ha querido comenzar y culminar por medio de la Virgen María?

a) *La encarnación del Verbo*

La primera y principal de todas las obras es la encarnación del Verbo en el seno purísimo de María, considerada por Montfort como el «compendio de todos los misterios de Cristo» pues en él «realizó ya todos los demás misterios de su vida, por la aceptación que hizo de ellos» y lo justifica citando la carta a los Hebreos: «Por eso, al entrar en el mundo, dice él: “Aquí estoy yo para realizar tu voluntad...” (Heb 10,5-7)»⁴³⁷. Estamos en el corazón mismo de la espiritualidad monfortiana, por lo que la recta comprensión de este misterio divino según los parámetros de su teología se hace condición necesaria para poder entender el itinerario de perfección que San Luís María nos quiere proponer. Al hablarnos de la encarnación destaca sobre todo la intervención de las tres divinas personas quienes han querido tener necesidad de María para llevar adelante su obra salvífica: El *Padre* que entrega el Hijo al mundo por medio de María; el *Hijo* que optó por hacerse hombre en y por ella; y el *Espíritu Santo* que forma a Jesucristo en su seno purísimo⁴³⁸. Pero esta obra va mucho más allá del hecho de ofrecer al Verbo su humanidad individual sino que se prolonga en la generación del Cristo total, Cabeza y miembros, de tal forma que para Montfort queda arraigada la maternidad espiritual de María respecto a nosotros en su maternidad divina⁴³⁹.

Otro de los aspectos acentuados en la encarnación, clave para comprender el itinerario espiritual mariano del santo misionero, es la kénosis del Hijo de Dios, que al asumir la naturaleza humana se humilló «tomando la condición de esclavo» y «haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp 2,7-8). Esta obediencia del Hijo al Padre que se traduce en una sumisión filial llevada hasta el extremo es compartida por Cristo con su Santísima Madre de forma análoga, a quien ha querido someterse en su concepción, nacimiento, presentación en el templo, vida oculta de treinta años e incluso en su

⁴³⁵ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 15.

⁴³⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 14.

⁴³⁷ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 248.

⁴³⁸ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 16.

⁴³⁹ Cf. A. BOSSARD, «Encarnación», 418.

muerte para realizar con ella, en perfecta comunión, «un sólo sacrificio [...] al Padre eterno»⁴⁴⁰, de modo que la dependencia de Jesús para con su Madre no es sólo física, por el hecho mismo de la encarnación, sino también personal, aceptada con total libertad. Por ello San Luís María de Montfort considera un exigencia fundamental y esencial de su espiritualidad la dependencia filial respecto de María a imitación de Jesús, «por el hecho de que la encarnación del Verbo en María conlleva de parte de ella una verdadera maternidad espiritual para con nosotros, con el “poder” correspondiente»⁴⁴¹.

Por su lado, la Santísima Virgen, con su “fiat” a las palabras del ángel estaba dando asentimiento a Dios para que fuesen llevados a cabo sus designios salvíficos, por lo que en ello percibe San Luís una necesidad divina del sí de María, necesidad ciertamente hipotética como ya se ha explicado⁴⁴², para comenzar la salvación del mundo y también para llevarla a su plenitud⁴⁴³. Además, puesto que Jesús es la gracia misma, por el hecho de haber entrado en el mundo valiéndose de la Santísima Virgen a causa de su asentimiento a la voluntad de Dios, aprobación que hace en nombre de todo el género humano para toda la eternidad, afirma Montfort que se ha de considerar a María como la *Madre de la gracia*⁴⁴⁴, es decir, el medio por el cual la gracia santificante que es Cristo mismo vino a nosotros y seguirá viniendo en virtud de su constante intercesión maternal en el cielo hasta la consumación del mundo⁴⁴⁵.

b) *La inauguración de los milagros*

La inauguración de los milagros de Jesucristo es otra de las obras que el santo misionero francés, en su *Tratado*, atribuye a la medición de María. En ellos distingue dos tipos: la inauguración de aquellos que pertenecen al orden de la gracia, al que corresponde la visitación de la Virgen a su prima Santa Isabel, pues gracias a las palabras de María quedó santificado Juan Bautista en el seno de su madre (cf. Lc 1,39-45); y aquellos milagros que pertenecen al orden de la naturaleza, al que concierne las bodas de Caná donde la humilde intercesión de María a su Hijo permitió que el agua de las tinajas se transformara en vino (cf. Jn 2,1-12). Que Jesús haya querido inaugurar los

⁴⁴⁰ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 18.

⁴⁴¹ A. BOSSARD, «Encarnación», 419.

⁴⁴² Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 16.

⁴⁴³ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 49.

⁴⁴⁴ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 8. Cf. LG 61.

⁴⁴⁵ Cf. S. DI FIORES, «Mediatrice», 1105.

milagros por mediación de su Santísima Madre es causa suficiente para Montfort de que los seguirá realizando por su intercesión hasta el fin de los siglos⁴⁴⁶.

c) *María, madre y figura de la Iglesia*

Ya hemos mencionado más arriba que para Grignion de Montfort la maternidad espiritual de María para con nosotros es considerada como consecuencia y prolongación de su maternidad divina⁴⁴⁷. La cooperación de la Santísima Virgen en la obra de la redención, cuyo comienzo se encuentra en su consentimiento a la encarnación del Verbo, se dilata en la generación espiritual de los hijos de Dios y la formación de los santos, pues en virtud de su profunda humildad «Dios le ha dado el poder y la misión de llenar de santos los tronos vacíos, de donde por orgullo cayeron los ángeles apóstatas»⁴⁴⁸. San Luís parte de un principio: «si Jesucristo, Cabeza de la humanidad, ha nacido de [María], los predestinados, que son los miembros de esta Cabeza, deben también, por consecuencia necesaria, nacer de ella»⁴⁴⁹ y en esta generación el proceder de las tres divinas personas es semejante al seguido en la encarnación de Jesucristo como veremos, aunque ahora de forma espiritual y perpetrado al interno de la Iglesia hasta el final de los tiempos⁴⁵⁰, de donde se sigue pues que la Santísima Virgen, presente en el misterio de Cristo, prolonga su intervención en el misterio de la Iglesia. De esta forma Grignion de Montfort está asimilando la doctrina de los Santos Padres en lo referente a María “tipo de la Iglesia”, y así lo expresa el siguiente texto:

Dios Espíritu Santo quiere formarse elegidos en Ella y por Ella, y le dice: *En el pueblo glorioso echa raíces* (Eclo 24,12). Echa, querida Esposa mía, las raíces de todas tus virtudes en mis elegidos, para que crezcan de virtud en virtud y de gracia en gracia. Me complací tanto en ti mientras vivías sobre la tierra practicando las más sublimes virtudes, que aun ahora deseo hallarte en la tierra sin que dejes de estar en el cielo. Reprodúctete para ello en mis elegidos. Tenga yo el placer de ver en ellos las raíces de tu fe invencible, de tu humildad profunda, de tu mortificación universal, de tu oración sublime, de tu caridad ardiente, de tu esperanza firme y de todas tus virtudes. Tu eres, como siempre, mi Esposa

⁴⁴⁶ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 19.

⁴⁴⁷ Cf. A. BOSSARD, «Tratado de la verdadera devoción», 1173.

⁴⁴⁸ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 28

⁴⁴⁹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 32.

⁴⁵⁰ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 22.

fiel, pura y sublime. Tu fe me procure fieles; tu pureza me dé vírgenes; tu fecundidad, elegidos y templos⁴⁵¹.

d) *María en los últimos tiempos de la Iglesia*

Otro aspecto que San Luís atribuye a la función maternal de María es la preparación del reinado de Jesucristo al final de la historia⁴⁵². Los «últimos tiempos» —como llama Montfort esta etapa final—, estarán marcados principalmente por la segunda y definitiva venida de Jesucristo que se realizará en dos tiempos sucesivos: inicialmente ha de ser conocido, amado y obedecido⁴⁵³; luego vendrá en persona de forma gloriosa y fulgurante «para reinar en todas partes y juzgar a vivos y muertos»⁴⁵⁴. Así mismo estos últimos tiempos se caracterizarán también por la venida del Espíritu Santo, como un nuevo Pentecostés, que Monfort describe como un «diluvio de fuego, de amor y de justicia» cuya misión principal es «crear sacerdotes totalmente de fuego, por cuyo ministerio quede renovada la faz de la tierra y la Iglesia sea reformada»⁴⁵⁵. En este momento postrimero de la historia, María debe resplandecer más que nunca, ser conocida por todos, «a fin de que por ella Jesucristo sea conocido, amado y servido» pues la Santísima Virgen «es la aurora que precede y anuncia al Sol de justicia, Jesucristo, y, por lo mismo, debe ser conocida y manifestada si queremos que Jesucristo lo sea»⁴⁵⁶. Ella, en colaboración con la Santísima Trinidad, combatirá contra el orgulloso Satanás quien en esta etapa final, para perdición de las almas, acechará su calcañal, redoblará cada día sus ataques y suscitará crueles persecuciones hasta el reinado del anticristo⁴⁵⁷. Junto a esta misión y siempre en cooperación con las tres divinas personas la Santísima Virgen desempeñará la función de formar a los «apóstoles de los últimos tiempos», hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María «por medio de los

⁴⁵¹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 34.

⁴⁵² Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 49-59. Algunos no dudan en atribuir como subtítulo del *Tratado* el mismo que Montfort da en el número 227: «Preparación al Reinado de Jesucristo». Cf. A. BOSSARD, «Tratado de la verdadera devoción», 1165-1166.

⁴⁵³ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 49.

⁴⁵⁴ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 58.

⁴⁵⁵ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Súplica Ardiente*, 16-17.

⁴⁵⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 49-50. En el número 50 afirma: «Ella es el camino por donde vino Jesucristo a nosotros la primera vez, y lo será también cuando venga la segunda, aunque de modo diferente».

⁴⁵⁷ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 54,50,51.

cuales esta excelsa Soberana llevará a feliz término empresas maravillosas para destruir el pecado y establecer el reino de Jesucristo sobre el mundo corrompido»⁴⁵⁸.

De lo expuesto hasta ahora, Montfort llega principalmente a dos conclusiones: En primer lugar declara que en virtud de su maternidad espiritual para con todos los hombres *María es Reina de los corazones*: «María [...] no podría fijar en [los elegidos] su morada, como el Padre le ha ordenado, ni formarlos, alimentarlos, darlos a luz para la eternidad, [...] no puede [...] si no tiene derecho ni dominio sobre las almas por gracia singular del Altísimo [...], de modo que podemos llamarla, con los santos, Reina de los corazones»⁴⁵⁹. San Luís parece hacer referencia con ello a la cuestión bíblica sobre la reina-madre de la dinastía davídica, la *gebiráh*, quien tenía reservado un trono junto al rey (cf. 1Re 2,19)⁴⁶⁰ y a la que se le otorgaba cierto poder como madre del monarca, por lo que «todo el que acepta a Jesús por Rey reservará para la Madre del Rey un trono junto a él»⁴⁶¹. Esta realeza de María, subordinada siempre a la de Cristo, implica por tanto un especial influjo sobre todos los hombres a fin de poder atraerlos con amor maternal para que como ella se entreguen enteramente a su Hijo⁴⁶²; como segunda conclusión deduce que *la Santísima Virgen es necesaria para la salvación*, no es facultativa, pues dado que «fue necesaria a Dios con necesidad llamada hipotética, es decir, proveniente de la voluntad divina, debemos concluir que es mucho más necesaria a los hombres para alcanzar la salvación»⁴⁶³, y de especial modo lo es también para aquellos «que son llamados a una perfección excepcional»⁴⁶⁴. Si en la obra de la encarnación María fue necesaria a Dios, también lo ha de ser para aquellos que participan de este misterio de salvación ya que la santificación no es más que prolongación de la encarnación del Verbo divino⁴⁶⁵.

⁴⁵⁸ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 59.

⁴⁵⁹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 37-38.

⁴⁶⁰ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 76.

⁴⁶¹ P. GAFFNEY, «María», 804.

⁴⁶² Cf. P. GAFFNEY, «María», 804.

⁴⁶³ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 39.

⁴⁶⁴ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 43.

⁴⁶⁵ Cf. P. GAFFNEY, «María», 804.

2.2 *Dimensión trinitaria en el cultivo del Árbol de la vida*

Todo lo que le es necesario a María para llevar a cabo su misión maternal en la Historia de la Salvación lo recibe de la Santísima Trinidad a quien está plenamente unida, pues como afirma Montfort, María es totalmente relativa a Dios y es por eso que la llama «“la relación de Dios”, pues sólo existe con relación a Él»⁴⁶⁶, de esta forma la Santísima Virgen es un espacio de amor y de acción de las tres divinas personas y de la misma forma que actuaron en ella para llevar a cabo la obra de la encarnación del Verbo es la misma que siguen ejerciendo hoy para que Cristo sea encarnado en el corazón de cada hombre⁴⁶⁷ y así sea formado plenamente: Cabeza y miembros. Podemos pues afirmar que para Montfort el modo de proceder en la encarnación sirve de modelo para toda santificación, de tal manera que nuestra vida cristiana «se nos presenta como una vida trinitaria en Cristo bajo la moción del Espíritu Santo, con una presencia “necesaria” de María»⁴⁶⁸.

a) *Dios Padre*

Para Montfort el Padre es quien predestinó a María desde toda la eternidad para ser la Madre de su Hijo amado y con la que comparte su fecundidad para que pudiese engendrarlo en sus entrañas purísimas, fecundidad que no se reduce tan solo a la procreación del Hijo de Dios en el tiempo sino que se extiende a todos los miembros de su Cuerpo místico que es la Iglesia⁴⁶⁹, ya que «Dios Padre quiere formarse hijos por medio de María hasta la consumación del mundo, [pues] así como en la generación natural y corporal concurren el padre y la madre, también en la generación sobrenatural y espiritual hay un Padre, que es Dios, y una Madre, que es María»⁴⁷⁰.

b) *Dios Hijo*

Considerando la obra de la encarnación como el misterio central de la Historia de la Salvación, es normal que las referencias al Hijo sean múltiples. Dios Hijo optó por comunicarse al mundo no de forma directa sino por medio de María, y por medio de ella quiere «encarnarse todos los días en los miembros de su Cuerpo místico»⁴⁷¹. Su función maternal es pues la de

⁴⁶⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 225.

⁴⁶⁷ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 22.

⁴⁶⁸ A. BOSSARD, «Encarnación», 418.

⁴⁶⁹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 21.17.

⁴⁷⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 29,30.

⁴⁷¹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 32.

engendrarnos en Jesucristo y a Jesucristo en nosotros. Montfort recurre varias veces en el *Tratado* a la expresión «a nosotros en Jesucristo y a Jesucristo en nosotros»⁴⁷², con la que está dando a entender que la devoción a la Virgen Santísima permite una mutua inclusión, es decir, el crecimiento de Cristo en nosotros y de nuestra inserción en su Cuerpo místico, en la Iglesia. La unión a Jesucristo es una de las mayores insistencias del misionero francés⁴⁷³ así como nuestra total dependencia de su divina majestad, manifestada en una total entrega como «esclavo de amor»⁴⁷⁴.

Deducimos con esta afirmación que la finalidad del itinerario espiritual mariano propuesto por San Luís María Grignon de Montfort es principalmente cristológica, pues es consciente de que «el fin último de toda devoción debe ser Jesucristo, Salvador del mundo, verdadero Dios y verdadero hombre. De lo contrario, tendríamos una devoción falsa y engañosa»⁴⁷⁵, por lo que la forma correcta de denominar la “espiritualidad mariana” sería llamarla “espiritualidad cristológica”. La primera de todas las verdades, considerada por Montfort, en relación al culto de la Santísima Virgen es indiscutiblemente la mediación salvadora, única y universal, de Jesucristo, porque

es “el alfa y la omega, el principio y el fin” (cf. Ap 1,8; 21,6) de todas las cosas. [...] Porque Él es el único Maestro que debe enseñarnos, el único Señor de quien debemos depender, la única Cabeza a la que debemos estar unidos, el único Modelo a quien debemos asemejarnos, el único Médico que debe curarnos, el único Pastor que debe apacentarnos, el único Camino que debe conducirnos, la única Verdad que debemos creer, la única Vida que debe vivificarnos y el único Todo que en todo debe bastarnos. “Bajo el cielo, no tenemos los hombres otro diferente de él al que debamos invocar para salvarnos” (Hch 4,12). Dios no nos ha dado otro fundamento de salvación, perfección y gloria que Jesucristo. [...] Quien no esté unido a Cristo como el sarmiento a la vid, caerá, se secará y lo echarán al fuego (cf. Jn 15,6)⁴⁷⁶.

La máxima expresión de su finalidad cristológica la encontramos en la tercera parte del *Tratado a la verdadera devoción* llamada por el propio autor: «La perfecta consagración a Jesucristo», título que al ser destacado con grandes letras en el manuscrito original, es considerado por los estudiosos

⁴⁷² Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 20,37,61,212.

⁴⁷³ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 43,78,117,118,120,143,152,157,159,164,212,259...

⁴⁷⁴ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 126.

⁴⁷⁵ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 61.

⁴⁷⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 61. Cf. LG 60; RM 38.

del tema como el insólito de la obra⁴⁷⁷. En ella se afirma que «la plenitud de nuestra perfección consiste en asemejarnos, vivir unidos y consagrados a Jesucristo» y que María, en colaboración con el Espíritu Santo, es quien mejor puede ayudarnos a alcanzar dicha meta pues es la creatura más semejante a él⁴⁷⁸ por estar tan íntimamente unida a su Hijo, como queda bien reflejado en estas palabras que San Luís dirige a Cristo:

Tú, Señor, estás siempre con María, y María está siempre contigo y no puede existir sin ti; de lo contrario, dejaría de ser lo que es. María está de tal manera transformada en ti por la gracia, que ella ya no vive ni es nada; sólo tú, Jesús mío, vives y reinas en ella más perfectamente que en todos los ángeles y santos. [...] Ella se halla tan íntimamente unida a ti, que sería más fácil separar la luz del sol, el calor del fuego⁴⁷⁹.

A consecuencia de esta intrínseca unión entre Madre e Hijo, María se convierte para el creyente en perfecto vínculo de consagración a Jesucristo, fin de toda verdadera devoción, y por este al Padre. Ella es indiscutiblemente «el medio seguro y el camino directo e inmaculado para ir a Jesucristo y hallarle perfectamente. Por ella deben, pues, hallar a Jesucristo las personas santas que deben resplandecer en santidad. Quien halla a María, halla la vida, es decir, a Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida (cf. Jn 14,6)»⁴⁸⁰.

c) Dios Espíritu Santo

Se ha reprochado a Grignon de Montfort el haber conferido a María el puesto que le correspondería al Espíritu Santo⁴⁸¹, cosa totalmente incierta como se puede apreciar en sus escritos: «Tú solo [Espíritu Santo] formas, fuera de la Divinidad, todas las personas divinas (es decir los santificados)»⁴⁸². San Luís va a llevar a cabo una importante labor de profundización en la estrecha relación que hay entre la tercera persona de la Santísima

⁴⁷⁷ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 120. Nota a pie de página número 88. No se conoce cuál fue el título original que el Santo dio a su obra ya que debido al tiempo que permaneció oculta —casi cien años— en la penumbra de un cofre, como él mismo profetizó, el texto se deterioró de tal manera que cuando vino a ser descubierto le faltaban bastantes páginas del inicio, donde vendría el título, y algunas de la parte final. Cf. A. BOSSARD, «Tratado de la verdadera devoción», 1163-1164.

⁴⁷⁸ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 120.

⁴⁷⁹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 63. Cf. LG 53; RM 8,41,42.

⁴⁸⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 50.

⁴⁸¹ Cf. P. GAFFNEY, «María», 792.

⁴⁸² S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Súplica Ardiente*, 15.

Trinidad y la Virgen María, considerando a esta última como su «fiel e indisoluble esposa» por una gracia singular que ha recibido del Altísimo⁴⁸³. Ella, al ser cubierta por la sombra del Espíritu Santo, participa de su vida divina con una santidad que jamás criatura alguna podrá alcanzar y que la convierte en «el santuario y tabernáculo de la Santísima Trinidad»⁴⁸⁴, quedando así capacitada para colaborar con él, siempre desde su condición de criatura, en la encarnación del Hijo de Dios. En virtud de esta sponsalidad, el Espíritu Santo «que es estéril en Dios –es decir, no produce otra persona divina en la divinidad–, se hizo fecundo por María, su Esposa. Con Ella, en Ella y de Ella produjo su obra maestra, que es un Dios hecho hombre»⁴⁸⁵ y le corresponde también el prolongar esta obra produciendo y formando a Jesucristo en el corazón de cada cristiano así como su progreso espiritual, «para hacerlos crecer de virtud en virtud y de gracia en gracia»⁴⁸⁶. Dado que para Montfort, como hemos visto, la santificación es prolongación de la encarnación, también María en comunión con él desempeña una importante función en tan sublime misión y es por eso que le suplica al Espíritu Santo: «Concédeme amar y venerar mucho a María [...] a fin de que con Ella formes perfectamente en mí a Jesucristo, grande y poderoso, hasta la plena madurez espiritual»⁴⁸⁷. Porque allí donde se encuentra María, su fidelísima esposa, no duda el Espíritu Santo en acudir: «Cuando el Espíritu Santo, su Esposo, la encuentra en un alma, vuela y entra en esa alma en plenitud, y se le comunica tanto más abundantemente cuanto más sitio hace el alma a su Esposa»⁴⁸⁸.

Para expresar en una imagen esta cooperación de María con el Espíritu Santo va a servirse de una comparación que toma de San Agustín por la que

⁴⁸³ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 36,37. El título mariano “esposa del Espíritu Santo” es omitido en el Concilio Vaticano II prefiriendo en su lugar el de «sagrario del Espíritu Santo» (Cf. LG 53), sin embargo, tanto Pablo VI como Juan Pablo II retoman su uso (Cf. MC 26; RM 26).

⁴⁸⁴ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 5.

⁴⁸⁵ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 20. San Luís en el número 21 aclara esta afirmación: «No quiero decir con esto que la Santísima Virgen dé al Espíritu Santo la fecundidad, como si Él no la tuviese, ya que, siendo Dios, posee la fecundidad o capacidad de producir tanto como el Padre y el Hijo, aunque no la reduce al acto al no producir otra persona divina. Quiero decir solamente que el Espíritu Santo, por intermediario de la Santísima Virgen –de quien ha tenido a bien servirse, aunque absolutamente no necesita de Ella–, reduce al acto su propia fecundidad, produciendo en Ella y por Ella a Jesucristo y a sus miembros».

⁴⁸⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 34.

⁴⁸⁷ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 67.

⁴⁸⁸ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 36.

considera a la Santísima Virgen «*forma Dei*» (molde de Dios)⁴⁸⁹. No debemos caer en la materialización del término, como si María fuese el molde que automáticamente modela en el creyente la imagen de su Hijo Jesucristo, sino más bien se ha de comprender en el sentido de «que sólo en Ella se formó Dios como hombre perfecto, sin faltarle rasgo alguno de la divinidad, y que sólo en Ella se transforma el hombre perfectamente en Dios por la gracia de Jesucristo, en cuanto lo permite la naturaleza humana»⁴⁹⁰. Ahora bien, se ha de tener cuenta que solamente se puede verter en este molde aquello que está «fundido y líquido» queriéndose referir con ello el santo a la necesidad de destruir en cada uno el viejo Adán para poder configurarse, en María, a Cristo que es el nuevo Adán⁴⁹¹ y tan sólo se consigue este fin despojándose el hombre de su egoísmo, vaciándose de sí mismo, para hacerse totalmente disponible y dócil al Espíritu Santo, el único que puede hacerle una criatura nueva. En definitiva Montfort nos está invitando a vivir las promesas del Sacramento del Bautismo para ser transformados en Jesucristo, pero por las manos de María, pues sólo ella «es el grandioso y único molde de Dios apto para hacer imágenes vivas de Dios a poca costa y en poco tiempo. Quien halla este molde y se pierde en él, muy pronto se transformará en Jesucristo, a quien este molde representa perfectamente»⁴⁹².

2.3 *El cultivo del Árbol de la vida como perfecta consagración a Jesucristo*

Desde el punto de vista bíblico el término “consagración” (“santificación”) está haciendo referencia a la iniciativa salvífica de Dios que llama al hombre a participar de su santidad, de su vida divina (cf. 1Pe 1,15-16), vocación que sólo puede consumir uniéndose a Jesucristo «el Santo de Dios» (Jn 6,69), «a quien el Padre consagró y envió al mundo» (Jn 10,36) para que en virtud de esta consagración todos sean santificados (cf. Jn 17,19). Curiosamente esta consagración conlleva dos aspectos que a primera vista pueden parecer opuestos pero que en realidad van unidos: por un lado, se trata de una “segregación” del mundo para entregarse todo entero a Dios, pero por otro, a consecuencia de esta pertenencia total a Dios, implica una “misión” a favor de los hombres para su santificación⁴⁹³. El creyente participa de la

⁴⁸⁹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 219.

⁴⁹⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 16.

⁴⁹¹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 221.

⁴⁹² S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 260.

⁴⁹³ Cf. BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, 105-106.

consagración de Jesucristo por el Sacramento del Bautismo en el que renuncia a la esclavitud del pecado para pertenecer íntegramente al Señor resucitado y por este al Padre. No obstante, a esta consagración ontológica que permite a los bautizados participar de los frutos del misterio pascual de Cristo (cf. Rm 6,3-5; Col 2,12) le ha de corresponder una consagración vital, es decir, un nuevo estilo de vida que les permita vivir no ya para sí mismos, «sino para el que murió y resucitó por ellos» (2Cor 2,15)⁴⁹⁴.

De entre todas las criaturas llamadas a participar de la santidad divina, siendo consagrados a él por Jesucristo en el Espíritu Santo, ninguna ha respondido como la Santísima Virgen. Además de tomar parte en esta santidad de una forma extraordinaria, pues sólo ella es la *κεχαριτωμένη*, la «llena de gracia» (Lc 1,28), María se confía plenamente a los designios salvíficos de Dios. El Verbo eterno al encarnarse en su seno purísimo la hace también partícipe de su plena consagración al Padre (cf. Heb 10,7.10), pues en él y por él María puede entregarse toda entera y para siempre al Altísimo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Su virginidad, observada por amor a Cristo, es signo de su entrega a Dios en el Hijo⁴⁹⁵. Pero además, al llevar en sus entrañas Aquel que es la consagración del mundo, al Santo por excelencia (cf. Lc 1,35), a Jesucristo el Señor, y al permanecer unida a él durante toda su vida, sobre todo en el sacrificio de la Cruz como representante del pueblo consagrado de Dios, de la Iglesia (cf. Jn 19,25-27), colabora también en la consagración redentora de Cristo que hace al Padre en beneficio de toda la humanidad⁴⁹⁶. Todo ello nos permite contemplarla como modelo de consagración para el cristiano pero esto no agota la actitud que el creyente ha de tener para con la Madre de Dios, pues en la entrega que Jesús hace de su Santísima Madre desde el árbol de la cruz al discípulo amado, en quien estamos todos representados, y la acogida que recibe por parte de este, quien la toma «como algo propio» (Jn 19,27), nos permite comprender que esta entrega es una invitación por parte del Señor a cultivar una relación filial directa para con tan tierna madre y que puede expresarse en términos de consagración⁴⁹⁷, ya que su acogida, como señalábamos en el primer capítulo, es expresión análoga de la acogida de Jesús: «recibir a Jesús y recibir a la Madre de Jesús (o bien la Iglesia) es todo uno»⁴⁹⁸. En este sentido es como San Luís María Grignon de Montfort entiendo la *Consagración a María*, aunque recomienda más bien el llamarla

⁴⁹⁴ Cf. S. DI FIORES, «Consagración», 472-474.

⁴⁹⁵ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 272-273.

⁴⁹⁶ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 273.

⁴⁹⁷ Cf. S. DI FIORES, «Consagración», 475-476.

⁴⁹⁸ I. DE LA POTTERIE, *La verdad de Jesús. Estudios de cristología joanea*, 218.

*Consagración a Jesucristo por María*⁴⁹⁹ con la intención de no ser motivo de escándalo para nadie, dando también a entender con ello que no se tratan de dos consagraciones diferentes, pues la devoción que él enseña

nos consagra, al mismo tiempo, a la Santísima Virgen y a Jesucristo. A la Santísima Virgen, como al medio perfecto escogido por Jesucristo para unirse a nosotros, y a nosotros con Él. A Nuestro Señor, como a nuestra meta final, a quien debemos todo lo que somos, ya que es nuestro Dios y Redentor⁵⁰⁰.

Montfort comprende que nuestra perfección está en consagrarnos a Jesucristo por el Sacramento del Bautismo y por consiguiente la consagración a la Virgen María consiste en una perfecta renovación de las promesas bautismales que además permite una entrega total a Cristo⁵⁰¹.

a) *Perfecta renovación de las promesas bautismales*

Una lectura atenta del *Tratado de la verdadera devoción* nos permite percibir que esta espiritualidad mariana se encuentra fundada sobre las promesas bautismales, pues ciertamente para que una consagración sea considerada como auténtica ha de tener un estrecho vínculo con el Sacramento del Bautismo por el que morimos al pecado y quedamos consagrados al Padre en Jesucristo por el Espíritu Santo⁵⁰². Es así que el bautizado ya no se pertenece a sí mismo sino a su Señor y Dios con quien comparte la propia vida ordenándola a la mayor gloria suya y salvación de las almas⁵⁰³. Por ello la consagración perfecta que nos ofrece Montfort consiste no más que en la renovación de las promesas bautismales, con las que todo cristiano renunció «a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y eligió a Jesucristo como a su Dueño y Señor, para depender de Él en calidad de esclavo de amor [...] por manos de María»⁵⁰⁴. Nótese que San Luís utiliza la expresión “esclavo de amor” para ilustrar el efecto de entrega total a Dios que lleva consigo recibir el santo bautismo, pues «por la esclavitud [...] uno depende de otro enteramente, por toda la vida, y debe servir al amo sin pretender salario ni recompensa alguna»⁵⁰⁵. Sin embargo, esta esclavitud no la entiende en sentido de servilismo o sumisión carente de libertad alguna, sino más bien como un acto

⁴⁹⁹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 120.245.

⁵⁰⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 125.

⁵⁰¹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 120.

⁵⁰² Cf. LG 44.

⁵⁰³ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 279.

⁵⁰⁴ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 126.

⁵⁰⁵ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 69.

de amor totalmente libre y voluntario por el que una persona opta entregarse íntegramente a Dios en Jesucristo:

Nada hay entre los hombres que te haga pertenecer más a otro que la esclavitud. Nada hay tampoco entre los cristianos que nos haga pertenecer más completamente a Jesucristo y a su santísima Madre que la esclavitud aceptada voluntariamente, a ejemplo de Jesucristo, que por nuestro amor tomó forma de esclavo (cf. Flp 2,7), y de la Santísima Virgen, que se proclamó servidora y esclava del Señor (cf. Lc 1,38). El Apóstol se honra de llamarse servidor de Jesucristo (cf. Rm 1,38; ver 1Cor 7,22; 2Tim 2,24). Los cristianos son llamados repetidas veces en la Sagrada Escritura servidores de Cristo⁵⁰⁶.

Grignon de Montfort considera su itinerario espiritual como la más “perfecta” renovación de las promesas bautismales por varias razones: porque «para consagrarnos a Jesucristo utilizamos el más perfecto de todos los medios, que es la Santísima Virgen»⁵⁰⁷; porque ratificamos por nosotros mismos esta consagración que un día hicimos en boca de los padrinos⁵⁰⁸; y porque, como se verá a continuación, entregamos a Cristo el valor de nuestras buenas acciones cosa que no sucede en el propio bautismo⁵⁰⁹.

b) *Consagración perfecta y total*

Un aspecto considerable en la consagración montfortiana es la *entrega perfecta y total* que en ella se hace a Jesucristo por medio de su Santísima Madre quien la hace más efectiva. Por amor a nuestro Señor lo damos todo a María en calidad de esclavos:

1. El cuerpo con todos sus sentidos y miembros; 2. el alma con todas sus facultades; 3. los bienes exteriores -llamados de fortuna- presentes y futuros; 4. los bienes interiores y espirituales, o sea, los méritos, virtudes y buenas obras pasadas, presentes y futuras. En dos palabras: cuanto tenemos, o podamos tener en el futuro, en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, sin reserva alguna –ni de un céntimo, ni de un cabello, ni de la menor obra buena–, y esto por toda la eternidad, y sin esperar por nuestra ofrenda y servicio más recompensa que el honor de pertenecer a Jesucristo por María y en María⁵¹⁰.

⁵⁰⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 72.

⁵⁰⁷ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 130.

⁵⁰⁸ Aunque el bautismo se haya recibido en una edad adulta la perfecta consagración se nos presenta como una ayuda a profundizar en el compromiso adquirido. Cf. P. GAFNEY, «Consagración», 280.

⁵⁰⁹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 126.

⁵¹⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 121.

Esta entrega total a María pasa por confiarle hasta los bienes interiores que obtenemos de nuestras buenas obras. San Luís señala con el sentir de la Tradición eclesial, que toda buena acción contiene en sí tres valores: el *meritorio*, con el que se acrecienta en nosotros la gracia y el derecho a participar en la gloria del cielo en atención a la justicia divina; el *satisfactorio*, que permite la efusión de la gracia para expiar de forma parcial o total la pena merecida por el pecado; y el *impetratorio*, en cuanto contiene en sí una petición de gracias a la misericordia infinita de Dios⁵¹¹. Por esta consagración se entrega a la Santísima Virgen estos tres valores: el *meritorio* «para que nos los conserve, aumente y embellezca», es decir, le confiamos nuestro tesoro máspreciado en el camino de la perfección, los méritos, para que con su maternal protección podamos seguir perseverando en la gracia de Dios; el *satisfactorio e impetratorio* «para que los comunique a quien mejor le plazca y para mayor gloria de Dios»⁵¹².

Una persona que se consagra y entrega voluntariamente a Jesucristo por medio de María, no puede ya disponer del valor de ninguna de sus buenas obras; todo lo bueno que padece, piensa, dice y hace pertenece a María, quien puede disponer de ello según la voluntad y mayor gloria de su Hijo. Esta entrega, sin embargo, no perjudica en nada a las obligaciones del estado presente o futuro en que se encuentre la persona⁵¹³.

La verdadera diferencia de la consagración según San Luís María Grignon de Monfort y otros ofrecimientos marianos radica en que nos confiamos a la Santísima Virgen no sólo con miras a obtener cualquier beneficio suyo en favor nuestro, sino que con lo que somos y tenemos nos damos a ella de tal manera que renunciamos al derecho de disponer de nosotros mismos, de nuestros bienes y del valor espiritual de nuestras buenas obras para convertirnos en cosa y propiedad suya, permitiéndole que disponga absolutamente de todo y se sirva de ello según le complazca para la mayor gloria de Dios que perfectamente conoce⁵¹⁴. Así queda expresado en la fórmula de la consagración: «Te entrego y consagro, en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores y hasta el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras. Dispón de mí y de cuanto me pertenece, sin excepción, según tu voluntad, para mayor gloria de Dios en el tiempo y la

⁵¹¹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 122; A. TANQUERAY, *Compendio de teología, ascética y mística*, 135-136; A. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, I, 182.

⁵¹² S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 123.

⁵¹³ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 124.

⁵¹⁴ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 29.

eternidad»⁵¹⁵. Se trata pues de un perfecto acto de anonadamiento por el que el bautizado se vacía plenamente de sí mismo, del hombre viejo, de su falso “yo” autosuficiente para abandonarse con total confianza en las manos de su Señor por aquel medio del que él mismo se sirvió para entregarse a nosotros: la Virgen María. Por muy santa que sea una devoción si no conduce a este vaciamiento no producirá el fruto esperado: «si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo» (Jn 12,24), pues toda obra virtuosa que fuese realizada quedaría manchada del pecado de egoísmo «y a la hora de la muerte —afirma San Luís María— nos encontraríamos con las manos vacías de virtudes y méritos y no tendríamos ni una chispa de ese amor puro que sólo se comunica a quienes han muerto a sí mismos»⁵¹⁶. Montfort procura que con esta consagración a la Madre de Dios se dé entre el bautizado y Jesucristo una relación mucho más profunda y pura.

3. Desvíos en el cultivo del “Árbol de la Vida” y la verdadera devoción

Después de haber expuesto los fundamentos teológicos a favor del culto a la Santísima Virgen⁵¹⁷, Montfort nos pone sobre aviso de una serie de falsas devociones marianas —en concreto siete— que han sido inspiradas por el demonio para deformar la verdadera devoción que el pueblo cristiano ha de tributar a la Madre de su Señor⁵¹⁸. Estas deformaciones dan lugar a siete tipos de falsos devotos que son necesarios conocer para no caer en el error⁵¹⁹: Existen los *devotos críticos*, aquellos que manifiestan tener en su interior devoción por la Virgen María pero critican casi toda forma de piedad con que la gente sencilla le dan tributo, considerándolas incluso de idólatras cuando las ven arrodilladas ante una imagen de la Virgen; los *devotos escrupulosos* son los que temen deshonorar al Hijo por estar honrando a la Madre alegando que Jesucristo es el único mediador, cosa que no es errónea, pero olvidan que una verdadera devoción a la Virgen encamina a una mayor honra a Cristo pues ella siempre conduce a él; los *devotos exteriores*, aquellos que tan solo buscan en la devoción lo puramente externo careciendo de todo espíritu interior: «Rezan muchos rosarios, pero atropelladamente. Oyen muchas misas, pero sin atención. Se inscriben en todas las cofradías

⁵¹⁵ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El amor de la Sabiduría eterna*, 225.

⁵¹⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 81.

⁵¹⁷ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 60-89.

⁵¹⁸ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 90.

⁵¹⁹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 92-104.

marianas, pero sin enmendar su vida»⁵²⁰. Tan sólo les importa lo sensible hasta el punto de que si no experimentan nada en sus prácticas de piedad las abandonan con facilidad; los *devotos presuntuosos*, quienes pretenden conjugar el amor a la Virgen con una vida de pecado sin enmendarse en lo más mínimo, pues están convencidos de la misericordia infinita de Dios y que gracias a la devoción mariana que profesan no se les permitirá morir en pecado mortal. A estos responde Montfort diciendo: «¿cómo puede alguien decir con verdad que ama y honra a la Santísima Virgen mientras con sus pecados hiere, traspasa, crucifica y ultraja despiadadamente a Jesucristo, su Hijo?»⁵²¹; los *devotos inconstantes* son los que en un momento sienten una gran devoción por la Virgen y lo manifiestan inscribiéndose en todas su cofradías, ejercitando diversas prácticas de piedad en su honor... pero al poco tiempo se sienten totalmente desanimados lo que les mueve a dejar aquello que con tanta ilusión emprendieron. Es muy recomendable el no cargarse con demasiadas prácticas devotas sino más bien hacer menos, pero con interés y decisión; los *devotos hipócritas*, quienes para pasar ante los demás por lo que no son encubren sus pecados bajo la devoción mariana; y finalmente los *devotos interesados*, los que acuden a la Santísima Virgen cuando experimentan alguna necesidad de tipo material o corporal, que sin la cual no se acordarían de ella.

La exposición de Montfort no concluye en la crítica que hace a estas desviaciones del culto a María, sino que de forma concisa nos introduce aquellas características que son propias de la devoción a la Santísima Virgen y nos permiten considerarla como verdadera. Señala en concreto cinco⁵²²: La devoción a la Virgen ha de ser *interior*, es decir, ha de salir del corazón, de la estima que se tiene de María al contemplar sus grandezas y amor; otro aspecto es la *ternura*, llena de filial confianza a tan tierna madre que permite al devoto acudir a ella implorando su auxilio en toda necesidad material y espiritual:

en las dudas, para que te esclarezca; en los extravíos, para que te convierta al buen camino; en las tentaciones, para que te sostenga; en las debilidades, para que te fortalezca; en las caídas, para que te levante; en los desalientos, para que te reanime; en los escrúpulos, para que te libre de ellos; en las cruces, afanes y contratiempos de la vida, para que te consuele⁵²³;

⁵²⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 96.

⁵²¹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 98.

⁵²² Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 105-114.

⁵²³ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 107.

La devoción a la Virgen ha de ser *santa*, confirmando al devoto el alejarse de la iniquidad del pecado y a tomar a María como modelo acabado de toda perfección para lo que imitará sus principales virtudes: «su humildad profunda, su fe viva, su obediencia ciega, su oración continua, su mortificación universal, su pureza divina, su caridad ardiente, su paciencia heroica, su dulzura angelical y su sabiduría divina»⁵²⁴; se trata también de una devoción *constante* que consolida en el bien y a no abandonar con facilidad las prácticas de la devoción, lo que no quiere decir que el devoto este exento de tener caídas o experimentar sequedades en lo sensible de la devoción, sin embargo tendiendo la mano a esta dulce madre siempre se levantará y si pierde el gusto sensible no será motivo de angustia «porque el justo y fiel devoto de María vive de la fe de Jesús y de María y no de los sentimientos corporales»; finalmente una verdadera devoción a María se caracteriza por ser *desinteresada*, que no busca el interés propio sino el de servir más y mejor a Dios en sus Santísima Madre: «El verdadero devoto de María no sirve a esta augusta Reina por espíritu de lucro o interés ni por su propio bien temporal o eterno, corporal o espiritual, sino únicamente porque ella merece ser servida y sólo Dios en ella»⁵²⁵. Este último aspecto guarda bastante relación con el anterior pues cuando una devoción se rige por intereses particulares su constancia va a estar a merced de que esos intereses sean correspondidos.

4. Motivos que favorecen el cultivo del “Árbol de la Vida”

Tanto en la primera como en la segunda parte del *Tratado de la verdadera devoción*, donde se han ido exponiendo los diversos argumentos bíblicos y teológicos que favorecen la consagración a Jesucristo por manos de su Santísima Madre, Montfort considera por doquier que esta devoción es «la más perfecta, la más agradable a María, la más gloriosa para Dios y la más eficaz para nuestra santificación»⁵²⁶, pues no hay otra devoción «que te exija más sacrificios por Dios, te libre más de ti mismo y de tu egoísmo, te conserve más firme y fielmente en la gracia y la gracia en ti, te una más perfecta y fácilmente a Jesucristo y sea más gloriosa para Dios, más santificadora para ti mismo y más útil al prójimo»⁵²⁷. Estos motivos serán profundizados ampliamente en la tercera parte —como veremos a continuación— y serán acompañados de una explicación alegórica del pasaje bíblico de Rebeca y Jacob (cf. Gn 27,1-44), figura de la vida consagrada por María según

⁵²⁴ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 108.

⁵²⁵ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 110.

⁵²⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 91.

⁵²⁷ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 118.

Montfort⁵²⁸. Los principales motivos que favorecen el cultivo del “Árbol de la Vida” son los siguientes:

a) *Total dedicación al servicio de Dios*

Un primer motivo que favorece la consagración a Jesús por María según el método montfortiano radica en el hecho de que por este, a diferencia de otros, nos entregamos totalmente a Dios sin reserva alguna, pues todos nuestros «pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos y todos los momentos de la vida»⁵²⁹ quedan consagrados a él de tal forma que nos convertimos libremente en sus “esclavos de amor”.

b) *Fiel imitación de la Santísima Trinidad*

A consecuencia de que las tres divinas personas han querido libremente depender de la Santísima Virgen para llevar a cabo su plan de salvación, «¿podremos, acaso –a no ser que estemos completamente ciegos–, prescindir de María, no consagrarnos ni someternos a ella para ir a Dios y sacrificarnos a Él?»⁵³⁰. La consagración es totalmente conforme al proceder de la Santísima Trinidad, pues Dios Padre no ha querido entregar su Hijo al mundo y formarse hijos adoptivos sino es por María; el Hijo prefirió venir a nosotros no «a la edad de varón perfecto, independiente de los demás, sino como niño pequeño y débil, necesitado de los cuidados y asistencia de su santísima Madre»⁵³¹, permaneciendo obediente a ella durante treinta años; el Espíritu Santo no formó a Jesucristo ni forma a los miembros de su cuerpo sino por ella. Montfort considera muy justo imitar la conducta divina, tomando como camino para ir a Dios el mismo del que se sirvió para venir a nosotros pues de hacer lo contrario estaríamos estableciendo nuestro propio plan de salvación mostrando una falta grande de humildad⁵³².

c) *Participación en la vida de María*

Puesto que por la consagración nos entregamos totalmente a la cuidados maternos de María y le confiamos nuestros bienes más preciados, ella también se entrega plenamente a su fiel servidor, sin reservas, haciéndole intensamente partícipe de su vida y compartiendo con él su perfecta unión a Cristo: «hace que te abismes en el piélago de sus gracias, te adorna con sus méritos, te apoya con su poder, te ilumina con su luz, te inflama con su amor,

⁵²⁸ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 135-212.

⁵²⁹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 136.

⁵³⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 140.

⁵³¹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 139.

⁵³² Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 285.

te comunica sus virtudes: su humildad, su fe, su pureza, etc.; se constituye tu fiadora, tu suplemento y tu todo ante Jesús»⁵³³. Esto permite que el consagrado vaya experimentando una gran desconfianza de sí mismo, de sus intenciones, virtudes, méritos... para abandonarse confiadamente a las manos de la Santísima Virgen y por ellas a Jesucristo, a quien se ha sacrificado todo. Además, María purifica y embellece nuestras buenas obras para que sean presentadas a su Hijo y este las acepte, pues Cristo «no mirará tanto el don que le ofreces cuanto a su bondadosa Madre que se lo presenta, ni considerará tanto la procedencia del don cuanto a aquella que se lo ofrece»⁵³⁴.

d) *Busca la mayor gloria a Dios*

Uno de los grandes motivos —y también de los efectos, como veremos— que favorecen esta consagración es que por ella se procura mayor gloria a Dios, fin último de todas nuestras acciones. El motivo principal que lo asegura se encuentra en que María es totalmente relativa a Dios y «sólo existe con relación a Él; o “el eco de Dios”, ya que no dice ni repite sino Dios. [...] Cuando la alabamos, amamos, honramos o nos consagramos a ella, alabamos, amamos, honramos y nos consagramos a Dios por María y en María»⁵³⁵.

e) *Camino que conduce a la unión con Jesucristo*

Que el fin de la perfección cristiana esté en la íntima unión del cristiano con Jesucristo es para Montfort un motivo más a favor de la consagración a María pues se trata de un camino fácil, corto, perfecto y seguro para unirse a él: *Camino fácil*, porque es el mismo del que quiso servirse Jesucristo para venir a nosotros. San Luís no niega la existencia de otros caminos para llegar a él y reconoce que son muy pocos los santos que han transitado y vivido en plenitud este suave camino pues no deja de ser una «gracia singular» que otorga el Altísimo, un «secreto» que no revela a cualquiera como ya hemos visto. Con todo, que sea fácil no quiere decir que este exento de cruces porque los consagrados a María «reciben de ella los más grandes favores y gracias del cielo, que son las cruces»⁵³⁶. El itinerario de vida que propone el misionero francés es la fidelidad radical a las exigencias evangélicas, sin mediocridades, por lo que no faltarán todo tipo de persecuciones, luchas, enfrentamientos... pero siempre socorridos del auxilio maternal de María que aporta dulzura para hacer más llevadero la vía de la cruz⁵³⁷; *Camino*

⁵³³ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 144.

⁵³⁴ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 149.

⁵³⁵ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 225.

⁵³⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 154.

⁵³⁷ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 286.

corto, porque transitando por él nadie se extravía y al hacerlo con gusto y facilidad se avanza más rápidamente. Sin embargo, el principal motivo que de nuevo da Montfort es el ejemplo de Cristo, quien quiso vivir la mayor parte de su vida en la tierra siendo obediente a María, consagrándose al Padre en ella y por ella desde la encarnación, por lo que el camino más corto para participar de esta consagración de Jesucristo al Padre está también haciéndolo en y por María⁵³⁸; *Camino perfecto*, porque de entre todas las criaturas María es la más perfecta y pura, es «vía o camino sin mancha ni fealdad, sin pecado original ni actual, sin sombras ni tinieblas», escogido por Jesucristo para venir a nosotros y que por lo tanto nos conduce directamente a él. Con estas solemnes palabras lo expresa el santo misionero:

El *Incomprensible* se dejó abarcar y encerrar perfectamente por la humilde María, sin perder nada de su inmensidad. [...] El *Inaccesible* se acercó y unió estrecha, perfecta y aun personalmente a nuestra humanidad por María, sin perder nada de su Majestad. [...] *El que es* quiso venir a lo que no es y hacer que lo que no es llegue a ser Dios o El que es. Esto lo realizó perfectamente entregándose y sometiéndose incondicionalmente a la joven María, sin dejar de ser en el tiempo El que es en la eternidad. Del mismo modo, nosotros, aunque no seamos nada, podemos por María llegar a ser semejantes a Dios por la gracia y la gloria, entregándonos perfecta y totalmente a Ella, de suerte que, no siendo nada por nosotros mismos, lo seamos todo en Ella, sin temor de engañarnos⁵³⁹;

Finalmente se trata de un *camino seguro* por dos razones: porque está cimentando en la Tradición de la Iglesia, aunque la experiencia mística de Montfort ha contribuido a una mayor profundización, y porque se trata de un camino libre de obstáculos pues María está íntimamente unida a su Hijo y es totalmente relativa a Dios. En este sentido, con la expresión «*ad Iesum per Mariam*» Montfort no quiere afirmar que la Santísima Virgen sea una dificultad más a franquear para ir a Jesucristo sino un plus que permite intensificar la unión con él⁵⁴⁰.

f) *Procura la libertad interior de los hijos de Dios*

Esta devoción procura al consagrado la libertad interior de los hijos de Dios pues ensancha su alma de un amor tierno, filial y confiado a su Señor, permitiéndole quedar libre de «todo escrúpulo y temor servil que pudiera estrecharla, esclavizarla y perturbarla»⁵⁴¹.

⁵³⁸ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 286.

⁵³⁹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 157.

⁵⁴⁰ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 285.

⁵⁴¹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 169.

g) *Ejerce la caridad con el prójimo*

El verdadero discípulo de Cristo será reconocido como tal en la medida que ponga en práctica el mandamiento nuevo del amor (cf. Jn 13,34-35). El ejercicio de esta consagración a Jesús por María, señala Montfort, permite al consagrado amar perfectamente a su prójimo porque al entregarle a la Santísima Virgen todo el valor satisfactorio e impetratorio de sus buenas obras ella lo aplica en beneficio de las almas, para su conversión o auxilio en el purgatorio.

h) *Medio maravilloso de perseverancia*

Que la consagración a María procure a su fiel servidor la perseverancia en las virtudes y en la fidelidad a Dios es motivo más que suficiente para que se opte por ella⁵⁴², pues sea por nuestra debilidad e inconstancia, por las estrategias del enemigo o la corrupción del mundo corremos el riesgo de sucumbir en nuestro camino hacia la perfección⁵⁴³. Al hombre no le falta la gracia divina para mantenerse firme en su propósito sino que su debilidad natural a causa del pecado original le impide no pocas veces el mantenerse perseverante hasta el final. Sin embargo, hace notar Montfort,

María es la Virgen fiel, que por su fidelidad a Dios repara las pérdidas que la Eva infiel causó por su infidelidad, y alcanza a quienes confían en ella la fidelidad para con Dios y la perseverancia [...], no sólo con amor afectivo, sino también con amor efectivo y eficaz, impidiendo, mediante gracias abundantes, que retrocedan en la virtud o caigan en el camino, y pierdan así la gracia de su Hijo⁵⁴⁴.

Por esta consagración, como ya hemos mencionado, confiamos a María todos nuestros méritos tomándola como «depositaria universal», con el fin de que ella nos los conserve y aumente sin temor a que el mundo, el demonio y la carne nos los arrebaten. Esta unión íntima con la Madre de Dios permite al consagrado participar en la fe de aquella que escucha la Palabra de Dios y la guarda (cf. Lc 11,28), logrando con ello la perseverancia en la vida de gracia⁵⁴⁵.

⁵⁴² Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 40.

⁵⁴³ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 87-89.

⁵⁴⁴ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 175.

⁵⁴⁵ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 284.

5. Efectos en el cultivo del “Árbol de la Vida”

La verdadera devoción a María produce en nosotros, según Montfort, siete efectos que están recíprocamente relacionados entre sí, de modo que no pueden darse los uno sin los otros. Algunos autores los han calificado como las “moradas monfortianas” equiparándolos a las moradas descritas por la santa mística avileña, Santa Teresa de Jesús⁵⁴⁶, lo que nos permite afirmar que la devoción mariana propuesta por el santo misionero francés está en completa armonía con la vida espiritual donde van sucediéndose una serie de etapas de forma progresiva que solamente podrán ir superando aquellos que vivan la consagración mariana que él nos propone.

a) *Conocimiento de sí mismo*

El primero de los efectos que procura la consagración a Jesús por María consiste en el desapego egoísta de uno mismo, condición necesaria para poder vivir conforme a las exigencias bautismales y participar así de la naturaleza divina (cf. 2Pe 1,4) pues solamente vacío de sí mismo es como el hombre puede ser colmado en plenitud. El Espíritu Santo es quien por medio de María, su querida Esposa, permite al bautizado conocer su mal fondo, su corrupción, la incapacidad de realizar aquello que le es útil para su salvación, y le hace partícipe de la profunda humildad de María que le llevará al desprecio de sí mismo⁵⁴⁷. En Jesucristo encuentra el consagrado su principal ejemplo a imitar pues para ser exaltado tuvo antes que humillarse, sometién-dose obedientemente en todo a la voluntad del Padre (cf. Flp 2,6-11), incluyendo en este anonadamiento su abandono confiado a la Santísima Virgen María tanto en la encarnación como en los treinta años que permaneció junto a ella en Nazaret.

b) *Participación en la fe de María*

Sólo por la fe es como verdaderamente podemos llegar a Jesús⁵⁴⁸ y este fue el camino que siguió María, quien destacó precisamente por una fe mayor a la de muchos otros personajes bíblicos y que ahora desde el cielo por su intercesión la comunica a sus más leales servidores:

Por lo mismo, cuanto más te granjees la benevolencia de esta augusta Princesa y Virgen fiel, tanto más reciamente se cimentará toda tu vida en la fe verdadera: *una fe pura*, que hará que no te preocupes por lo sensible y extraordinario; *una*

⁵⁴⁶ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 289.

⁵⁴⁷ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 213.

⁵⁴⁸ IOANNIS PAULI II, *Epistula Apostolica Novo millennio ineunte*. (6.01.2001), en AAS 93 (2001) 279.

fe viva y animada por la caridad, que te hará obrar siempre por el amor más puro; *una fe firme e incommovible* como una roca, que te ayudará a permanecer siempre firme y constante en medio de las tempestades y tormentas; *una fe penetrante y eficaz*, que –como misteriosa llave maestra– te permitirá entrar en todos los misterios de Jesucristo, las postrimerías del hombre y el corazón del mismo Dios⁵⁴⁹.

Pero San Luís María Grignon de Montfort no sólo se detiene a destacar la valía de la fe para una vida totalmente consagrada a Dios sino que también hace referencia a su dimensión apostólica:

Una fe intrépida, que te llevará a emprender y llevar a cabo, sin titubear, grandes empresas por Dios y por la salvación de las almas. Finalmente, una fe que será tu antorcha encendida, tu vida divina, tu tesoro escondido de la divina sabiduría y tu arma omnipotente, de la cual te servirás para iluminar a los que viven en tinieblas y sombras de muerte, para inflamar a los tibios y necesitados del oro encendido de la caridad, para resucitar a los muertos por el pecado, para conmover y convertir –con tus palabras suaves y poderosas– los corazones de mármol y los cedros del Líbano y, finalmente, para resistir al demonio y a todos los enemigos de la salvación⁵⁵⁰.

Al igual que los grandes místicos del Siglo de Oro español el santo misionero francés subraya dos aspectos significativos de la auténtica fe: su pureza y oscuridad, invitando a no reducir la vida de consagrado a la búsqueda de experiencias sensibles o extraordinarias pues al convertirse en el objeto de nuestra devoción impedirían alcanzar la verdadera meta de la consagración, la unión a Jesucristo⁵⁵¹. Esta fe pura se la súplica Montfort a María en una de las muchas oraciones que a ella dirige: «No te pido visiones ni revelaciones, ni gustos ni contenidos, incluso espirituales. [...] Para mí, en este mundo sólo quiero gozarme en tu alegría: creer a secas, sin ver ni gustar nada»⁵⁵².

c) *Madurez cristiana*

En el camino hacia la unión perfecta con las tres divinas personas San Luís María nos advierte que los escrúpulos y el temor servil a Dios son dos riesgos que pueden paralizar el avance en la vida espiritual o incluso hacernos retroceder⁵⁵³. Ciertamente cuando un alma progresa en el estado de perfección queda apesadumbrada al contemplar la magnificencia y grandeza de la

⁵⁴⁹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 214.

⁵⁵⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 214.

⁵⁵¹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 51-52.

⁵⁵² S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 69.

⁵⁵³ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 290; S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 215.

divinidad a la vez que percibe en ella misma su miseria y pequeñez, llenándose de esta forma de un santo temor de Dios que la conduce a amarle con un verdadero amor filial (cf. Rm 8,15-16). Es preciso, por tanto, que el alma se vea libre de todo temor servil que le impulsa a obedecer a Dios y a evitar el pecado más por miedo a la pena que lleva consigo que por amor⁵⁵⁴, así como de todo escrúpulo que pueda alejarle de Él a consecuencia de sus pecados — «¡Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador!» (Lc 5,8) —⁵⁵⁵. Abrazando la verdadera devoción a María, señala Montfort, la persona queda libre de todo escrúpulo y temor servil encendiendo en ella la Santísima Virgen un amor puro que permitirá abandonarse con humildad y respeto a los brazos del Dios-Caridad, mirándolo como un Padre bondadoso al que si por desgracia se llega a ofender se acercará a él sin miedo y turbación, pidiendo humildemente perdón para seguir caminando hacia Él⁵⁵⁶.

d) *Gran confianza en Dios y en María*

Solamente puede darse un verdadero amor puro entre Dios y su criatura si ambos viven en una relación de plena confianza. La devoción que Montfort propone permite a la Santísima Virgen transformar el temor que nos paraliza en seguridad y abandono tanto a Dios como a ella misma⁵⁵⁷, porque al entregarle en depósito todo lo bueno que poseemos para que lo conserve o comunique a quien quiera estamos haciendo un acto grandioso de confianza a su persona hasta el punto de poder decirle: *totus tuus*, «soy todo tuyo y cuanto tengo es tuyo», a lo que ella corresponde entregándose toda entera a su fiel servidor, comunicándole sus virtudes, revistiéndolo de sus méritos, de tal manera que «es todo de María, y María es toda de él» a fin de poder serlo también de Aquel que no escatimó en entregarnos a su propio Hijo para nuestra salvación (cf. Rm 8,32), diciéndole como María y en María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38)⁵⁵⁸. Abrazando esta santa devoción mariana el bautizado a la vez que percibe su miseria y pequeñez, descubre el inmenso amor misericordioso de Dios que le impulsa

⁵⁵⁴ Cf. A. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, II, 462.

⁵⁵⁵ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 290.

⁵⁵⁶ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 215. Este amor puro del que nos habla Montfort queda muy bien reflejado en estos versos del soneto español a *Cristo crucificado*, un anónimo del siglo XVI: «Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,/ que aunque no hubiera cielo, yo te amara,/ y aunque no hubiera infierno, te temiera./ No me tienes que dar porque te quiera,/ pues aunque lo que espero no esperara,/ lo mismo que te quiero te quisiera».

⁵⁵⁷ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 291.

⁵⁵⁸ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 216,179.

a desconfiar de sí mismo para abandonarse a Él con filial confianza como María y en María.

e) *Comunicación del espíritu de María*

El principal de los efectos que la verdadera devoción produce en el alma del consagrado, convirtiéndolo en un elemento esencial de esta espiritualidad, consiste en su total identificación con la Santísima Virgen hasta el punto de que el alma de María venga a ser, por decirlo así, su propia alma⁵⁵⁹. La razón principal que San Luís da al respecto se encuentra en que «María es la creatura más semejante a Jesucristo. Por consiguiente, la devoción que mejor nos consagra y hace semejantes a Nuestro Señor es la devoción a su santísima Madre. Y cuanto más te consagres a María, tanto más te unirás a Jesucristo»⁵⁶⁰. El bautizado está llamado por esta devoción a perderse en el abismo interior de María, dejándose transformar por el don divino del Espíritu Santo en copia viviente suya para hacerse uno con Cristo en la entrega total que, por la encarnación, hace de sí mismo al Padre en María y por María⁵⁶¹.

f) *Transformación en la imagen de Cristo por María*

Con este efecto, así también con el siguiente, llegamos al último escalafón del itinerario espiritual propuesto por Montfort: la configuración con Cristo. Esta reproducción fidelísima y perfecta de Jesús la adquiere el bautizado, de forma presurosa, por medio de la Santísima Virgen, considerada como el molde donde son formados y moldeados los santos⁵⁶² pues en ella y por ella se formó el Dios humanado: «Quien sea vertido en este molde divino, quedará muy pronto formado y moldeado en Jesucristo, y Jesucristo en él; con pocos gastos y en corto tiempo, se convertirá en Dios, porque ha sido arrojado en el mismo molde que ha formado un Dios»⁵⁶³. Pero para ser vertidos en él, como se ha dicho, es preciso que seamos fundidos y licuados, es decir, haber ido superando cada uno de los efectos anteriores que permitirán destruir en nosotros el hombre viejo para entregarnos totalmente a Jesús por María⁵⁶⁴.

⁵⁵⁹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 55.

⁵⁶⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 120.

⁵⁶¹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 217; P. GAFFNEY, «Consagración», 291.

⁵⁶² Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 218.

⁵⁶³ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 219.

⁵⁶⁴ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 221.

g) *La mayor gloria de Dios*

Ya hemos afirmado, cuando hablábamos de los motivos que favorecen esta devoción, que el efecto último de la perfecta consagración a María no es otro que la unión mística con Dios. Participar en la eterna comunión de amor de las tres divinas personas solamente le es posible al hombre, señala Grignon de Montfort, en la medida en que se haga una sola cosa con Jesucristo, Verbo de Dios encarnado, por la acción santificadora del Espíritu Santo en María y por María⁵⁶⁵.

6. **Prácticas particulares para el crecimiento del “Árbol de la Vida”**

En el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, después de haber expuesto los principales fundamentos teológicos que favorecen la perfecta consagración a Jesucristo por María, San Luís María Grignon de Montfort se pregunta: «¿Cuándo respirarán las almas a María como los cuerpos respiran el aire?», a lo que él mismo se responde diciendo: «Ese tiempo sólo llegará cuando se conozca y viva la devoción que yo enseño»⁵⁶⁶. Para ello ofrece un conjunto de prácticas que podemos considerar comunes en toda devoción mariana⁵⁶⁷: honrar de forma especial a la Madre de Dios con culto de hiperdulía; meditar sus virtudes y privilegios; ofrecerle actos de amor; inscribirse en sus cofradías; rezar el santo rosario; organizar procesiones... Todas ellas son un medio maravilloso de santificación pero siempre que se hagan con las debidas disposiciones: «1. Con la buena y recta intención de agradar a Dios sólo, unirse a Jesucristo, nuestra meta final, y edificar al prójimo; 2. Con atención, sin distracciones voluntarias; 3. Con devoción, sin precipitación ni negligencia; 4. Con modestia y compostura corporal respetuosa y edificante»⁵⁶⁸.

Sin embargo, hacia el final del *Tratado*⁵⁶⁹ nos ofrece una serie de prácticas más propias de la perfecta consagración y que clasifica en tres bloques: prácticas exteriores, prácticas interiores y prácticas en la sagrada comunión. De las tres, las prácticas interiores adquieren una mayor importancia pues como él mismo afirma, «lo esencial de esta devoción consiste en el interior que ella

⁵⁶⁵ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 292.

⁵⁶⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 217.

⁵⁶⁷ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 115-116. El Concilio Vaticano II ratificó «las diversas formas de piedad hacia la Madre de Dios que la Iglesia ha venido aprobando dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa» LG 66.

⁵⁶⁸ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 117.

⁵⁶⁹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 226-273.

debe formar», aunque no niega la vacilación de muchos devotos que se quedarán en lo puramente externo o que penetrarán de forma reservada y discreta en lo interior. Solamente entrará en lo profundo de esta devoción «aquel a quien el Espíritu Santo de Jesucristo revele este secreto y lo conduzca por sí mismo para hacerlo avanzar de virtud en virtud, de gracia en gracia, de luz en luz, hasta transformarlo en Jesucristo y llevarlo a la plenitud de su madurez sobre la tierra y perfección de su gloria en el cielo»⁵⁷⁰.

6.1 *Prácticas exteriores*

Estas prácticas reciben el apelativo de “exteriores” «no porque se hagan sin devoción interior, sino porque tienen algo externo que las distingue de las actitudes puramente interiores». Sus principales funciones son las de ayudar a las prácticas interiores, recordar al bautizado el hecho propio de su consagración y edificar al prójimo que las percibe, pues el cristiano ha de ser luz ante los hombres para que al distinguir sus buenas obras den gloria al Padre que está en los cielos (cf. Mt 5,16)⁵⁷¹. Siete son las prácticas externas que Montfort nos propone, pero que podemos resumir en cinco⁵⁷²:

a) *Preparación al acto de la consagración*

Una vez señalado el día de la consagración, Montfort nos propone treinta y tres días de preparación, distribuidos en tres semanas precedidas de *doce días* que serán dedicados a vaciarse del espíritu del mundo tan contrario al de Jesucristo. El resto de las semanas son el eco perfecto de los motivos y efectos de la consagración en donde afirmábamos que no es posible llegar a la configuración con Cristo si antes no se da un vaciamiento de sí mismo para lo que es necesario el conocerse, advertir las malas inclinaciones, pedir la contrición de los pecados y descubrir la necesidad que tenemos de Dios (*primera semana*). Luego es preciso conocer a María, el molde de Dios (*segunda semana*) implorando este conocimiento al Espíritu Santo, para finalmente pedir la gracia de conocer y tener experiencia de Jesucristo (*tercera semana*). Al concluir estas semanas se recibirá el sacramento de la reconciliación y el mismo día escogido para hacer la consagración es preciso pagar algún tributo a Jesucristo y a su Madre (ayuno, limosna, mortificación...), comulgar y recitar la fórmula de la consagración. Recomienda que

⁵⁷⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 119.

⁵⁷¹ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 226.

⁵⁷² Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 293-294.

esta consagración, junto con sus ejercicios preparatorios, se renueve cada año o incluso a ser posible todos los días⁵⁷³.

b) *Oraciones propias del consagrado*

Las oraciones propuestas por San Luís María son especialmente la *Coronilla de la Santísima Virgen*, para honrar sus doce privilegios y grandezas; la *Salutación angélica* y el *Rosario*, pues afirma, con el sentir de los santos, que esta oración está vinculada a nuestra salvación particular pues por ella comenzó la salvación del mundo. El avemaría «hizo que la tierra seca y estéril produjese el fruto de la vida, y que, por tanto, esta oración, bien rezada, hará germinar en nuestras almas la Palabra de Dios y producir el fruto de vida, Jesucristo»; y el *Magnificat*, con el que agradecemos a Dios las gracias que confirió a la Virgen María. Recomienda Monfort que esta última sea especialmente recitada después de recibir la Sagrada Comunión⁵⁷⁴.

c) *Llevar unas cadenillas de hierro*

Aunque no considera esta práctica como una exigencia fundamental para aquellos que han abrazado la esclavitud de amor, no deja de recomendar el llevar unas cadenillas de metal en cuello, en los brazos, en la cintura o en los pies como signo externo de esta consagración. Las razones que ofrece son tres: en primer lugar para que el cristiano recuerde las promesas bautismales que ha renovado perfectamente con esta devoción, adquiriendo la obligación de ser fiel a ellas; en segundo lugar para manifestar que no se siente vergüenza de ser siervos de Jesucristo y que se ha renunciado a la esclavitud del mundo, del pecado y del demonio; finalmente en tercer lugar porque nos libran y perseveran de las cadenas del pecado y del infierno ya que se han preferido abrazar las cadenas del amor y la salvación, es decir, el yugo suave de Jesucristo (cf. Mt 11,30)⁵⁷⁵.

d) *Celebración del misterio de la encarnación*

Puesto que el misterio de la encarnación del Hijo eterno del Padre en el sebo virginal de María es el fundamento teológico de la consagración mariana ofrecida por Montfort, propone como practica recomendable profesar «singular devoción al gran misterio de la encarnación del Verbo, el 25 de marzo». Las razones con que lo justifica expresan los principales fines de la

⁵⁷³ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 227-233.

⁵⁷⁴ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 234-235.249-254.255.

⁵⁷⁵ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 236-242.

esclavitud de Jesús en María: por un lado «para honrar e imitar la dependencia inefable que Dios Hijo quiso tener respecto a María para gloria del Padre y para nuestra salvación», y por otro «para agradecer a Dios las gracias incomparables que otorgó a María, especialmente el haberla escogido por su dignísima Madre»⁵⁷⁶.

e) *Menosprecio del mundo*

Que San Luís María aluda de nuevo al empeño que han de poner los fieles servidores de María en menospreciar la corrupción del mundo nos da a entender la importancia que ello tiene para un buen cultivo del Árbol de la Vida⁵⁷⁷.

6.2 *Prácticas interiores*

Según la definición que San Luís María de Montfort nos ofrece sobre la perfecta consagración a María podemos advertir que en ella se dan dos etapas consecutivas: una primera que «consiste en consagrarte totalmente, con plena disponibilidad, a María, y por Ella a Jesucristo», es decir, se trataría del mismo acto de la consagración; y una segunda que hace referencia al nuevo estilo de vida que el consagrado ha de llevar, donde se compromete «a hacerlo todo con María, en María, por María y para María»⁵⁷⁸. De la misma forma que el Bautismo inaugura una nueva vida, así la consagración a Jesús por María no se trata de algo pasajero sino que determina el comienzo de un nuevo estilo de vida espiritual que busca marianizar toda nuestra existencia. Montfort los expresa así:

No es suficiente que te consagres totalmente a María una vez para siempre, ni aun que renueves la consagración cada mes o cada semana. Devoción bien pasajera sería ésta, incapaz de llevarte a la perfección a que puede conducirte. Porque no es muy difícil alistarse en las cofradías, abrazar esta devoción y recitar diariamente algunas oraciones vocales prescritas. Lo realmente difícil es entrar en el espíritu de esta consagración, que te coloca en actitud de total y absoluta disponibilidad respecto de María y por Ella, de Jesucristo⁵⁷⁹.

Con las prácticas interiores San Luís tiene el propósito de ayudar al consagrado a entrar en el espíritu de esta devoción, en el corazón de la misma, y se resumen en «obrar siempre: *por* María, *con* María, *en* María y *para* María,

⁵⁷⁶ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 243.

⁵⁷⁷ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 256.

⁵⁷⁸ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 28.

⁵⁷⁹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María*, 44.

a fin de obrar más perfectamente *por* Jesucristo, *con* Jesucristo, *en* Jesucristo y *para* Jesucristo»⁵⁸⁰.

a) *Obrar por María*

Con esta primera práctica interna San Luís María nos recuerda un principio esencial de la vida cristiana: «Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (Rm 8,14). Por ello recomienda encarecidamente el obedecer en todo a María, dejarse guiar por su espíritu, que es el mismo de Dios, pues «ella no se condujo jamás por su propio espíritu, sino por el Espíritu de Dios, el cual se posesionó en tal forma de ella que llegó a ser su propio espíritu»⁵⁸¹, así los que se dejan conducir por María son hijos suyos y, por consiguiente, también de Dios. Es lógico que quien haya escogido a María como principio, motivo y causa de todas sus acciones excluya de sí aquellos principios que le aparten de esta elección y que adulteran nuestros actos. Para ello Montfort propone realizar un doble movimiento antes de realizar cualquier acto (rezar, celebrar la Eucaristía, comulgar, trabajar...): así como en el respirar expulsamos el aire viciado para recibir otro más puro, el consagrado ha de renunciar a su propia voluntad, al egoísmo que en todo acto humano suele ser la causa de movimiento, para abrirse al Espíritu de Dios presente en María. El camino de la renuncia (totalmente evangélico) solo adquiere sentido si nos conduce al abandono confiado en las manos de Jesucristo por la consagración a la Santísima Virgen, para que nuestra voluntad y la suya estén íntimamente unidas. Este ejercicio recomienda hacerlo con frecuencia durante la misma acción, «lo cual se hace sencillamente y en un momento con una simple mirada del espíritu, un ligero movimiento de la voluntad o pocas palabras, diciendo, por ejemplo: “¡Renuncio a mí mismo y me consagro a ti, querida Madre mía!”». De esta forma, asegura Montfort, «cuanto más lo repitas, más pronto te santificarás y llegarás a la unión con Jesucristo. Unión que sigue siempre a la unión con María, dado que el espíritu de María es el espíritu de Jesús»⁵⁸².

b) *Obrar con María*

Es la invitación a realizar todas las acciones teniendo a María «como el modelo acabado de toda virtud y perfección, formado por el Espíritu Santo en una pura creatura, para que lo imites según tus limitadas capacidades»⁵⁸³.

⁵⁸⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 257.

⁵⁸¹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 258.

⁵⁸² S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 259.

⁵⁸³ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 260. En LG 65 se afirma: «Mientras la Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección [...] los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y

Es necesario que en cada acción el fiel servidor de María actúe siempre de la misma forma que lo haría la Santísima Virgen si estuviese en su lugar, y para ello es preciso penetrar en su inmaculado corazón, «examinar y meditar las grandes virtudes que ella practicó durante toda su vida, y particularmente su fe viva, [...] su humildad profunda, [...] su pureza totalmente divina, [...] y, finalmente, todas sus demás virtudes»⁵⁸⁴ para llegar a ser «copias vivientes» suyas. Con ello Montfort no quiere dar a María el puesto que le corresponde a su Hijo, pues solamente Jesucristo es el perfectísimo modelo acabado a quien debemos imitar para alcanzar la perfección, de tal forma que los demás “ejemplos”, como son los santos, serán considerados válidos en la medida que nos conducen a la semejanza con Él. Sin embargo ninguno puede ser considerado modelo acabado a excepción de la Santísima Virgen María pues sólo ella, recuerda de nuevo el santo, es el «molde de Dios» que quien se «pierde en él muy pronto se transformará en Jesucristo, a quien este molde representa perfectamente»⁵⁸⁵.

c) *Obrar en María*

Nos hallamos en el clímax de las prácticas interiores ofrecidas por Montfort; en la sublime consecuencia que trae consigo vivir el “*por* María” y “*con* María”: la íntima unión a Jesucristo por el Espíritu Santo en ella. El santo misionero nos recuerda que la Santísima Virgen es el verdadero paraíso terrenal de cuya tierra virginal e inmaculada ha sido formado el nuevo Adán⁵⁸⁶. Obrar “*en* María” es permitir que el alma del bautizado sea trasplantada a este paraíso de Dios y que su presencia maternal sea una realidad viviente en su corazón, de tal manera que María viva en su fiel servidor y este en el seno purísimo su Santísima Madre a fin de que le sea transmitida la vida de gracia de igual forma que el niño en el vientre materno recibe su principio vital. Nos encontramos ante las más hermosas páginas de la mística de Montfort⁵⁸⁷, donde refleja con palabras humanas su profunda experiencia del misterio de la maternidad espiritual de María, prolongación del misterio de la encarnación. Ahor bien, para llegar a ello es preciso un doble movimiento: en primer lugar hay que *entrar* en este paraíso, cosa no fácil para la almas pecadoras, pues María, señala Monfort, es fuente sellada, jardín cerrado (cf. Cant 4,12) cuya puerta está custodiada no por un querubín sino por el mismo Espíritu

por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos».

⁵⁸⁴ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 260.

⁵⁸⁵ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 260.

⁵⁸⁶ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 261.

⁵⁸⁷ Cf. P. GAFFNEY, «Consagración», 295.

Santo, su divino esposo, de manera que no pueden entrar en este nuevo paraíso sino por una gracia excepcional suya y que ellos deben merecer mediante la fidelidad a las dos prácticas anteriores (hacerlo todo *por* y *con* María)⁵⁸⁸; y en segundo lugar es preciso *permanecer* en él, es decir,

descansar allí con seguridad y perderte en él sin reserva, a fin de que en este seno virginal: te alimentes con la leche de la gracia y misericordia maternal de María; te liberes de toda turbación, temor y escrúpulo; te pongas a salvo de todos tus enemigos: demonio, mundo y pecado, que jamás pudieron entrar en María [...]; te formes en Jesucristo, y Jesucristo sea formado en ti. Porque el seno de María —dicen los Padres— es la sala de los sacramentos divinos, donde se han formado Jesucristo y todos los elegidos: «Uno por uno, todos han nacido en Ella» (Sal 87,5)⁵⁸⁹.

Entrar y permanecer en María es unirnos a aquella que está totalmente consagrada a quien consagra la humanidad entera al Padre, Jesucristo nuestro Dios y Señor.

d) *Obrar para María*

Es normal que quien se ha consagrado como esclavo de amor a la Santísima Virgen lo haga todo para ella, pero no como «el fin último de [sus] servicios —que lo es únicamente Jesucristo—, sino como el fin próximo, ambiente misterioso y camino fácil para llegar a Él»⁵⁹⁰. A la última de las prácticas interiores le corresponde una dimensión apostólica que consiste emprender grandes empresas por esta augusta Soberana y en especial, indica Montfort, «atraer, a ser posible, a todo el mundo a su servicio y a esta verdadera y sólida devoción»⁵⁹¹.

6.3 *Prácticas en la sagrada comunión*

Puesto que los sacramentos son la actualización de los misterios históricos de Cristo, Montfort no duda en manifestar la cooperación de María en la Eucaristía, memorial del cuerpo y de la sangre del Señor, pues de ella recibió el divino Redentor su cuerpo y su sangre⁵⁹². El Pan de la vida que ella formó en su seno purísimo es el que ofrece como alimento a sus fieles servidores, convirtiéndola en mediadora maternal de la comunión inmediata con Cristo

⁵⁸⁸ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 263-264.

⁵⁸⁹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 264.

⁵⁹⁰ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 265.

⁵⁹¹ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 265.

⁵⁹² Cf. C. MAGGIONI, «Eucaristía», 514. Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 208.

pues ella es la dispensadora de la gracia divina⁵⁹³: «Venid [...] a comer de mi pan, que es Jesús, y a beber el vino (cf. Prov 9,5) de su amor, que he mezclado para vosotros con la leche de mis pechos. Comed, bebed y embriagaos, amigos míos (cf. Cant 5,1)»⁵⁹⁴.

Al final de *Tratado de la verdadera devoción* San Luís nos ofrece una serie de prácticas a realizar antes, durante y después de la comunión⁵⁹⁵, a fin de que el fiel servidor de tan buena Madre comulgue en estrecha unión con ella, deseando además que sea María quien en nosotros reciba a Jesús eucarístico. Así «la comunión Cristo-María vivida a nivel histórico, se reproduce a nivel sacramental en la comunión Cristo-creyente, y esto en la medida de la comunión María-creyente»⁵⁹⁶, por lo que al recibir la sagrada Eucaristía se realiza y manifiesta la perfecta unión entre Cristo, María y el discípulo amado-creyente acontecida en la misma hora de la cruz. Y puesto que en este momento cumbre de la obra redentora se nos revela el misterio de la maternidad espiritual de María, Montfort recomienda hacer el acto de la consagración a Jesús por su Santísima Madre justamente después de recibir la comunión sacramental con la que guarda relación⁵⁹⁷: «se confesarán y comulgarán con la intención de entregarse a Jesucristo, en calidad de esclavos de amor, por las manos de María. Y después de la comunión —que procurarán hacer según el método que expondré más tarde— recitarán la fórmula de consagración»⁵⁹⁸.

⁵⁹³ Cf. C. MAGGIONI, «Eucaristía», 514.

⁵⁹⁴ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 208.

⁵⁹⁵ Cf. S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 266-273.

⁵⁹⁶ C. MAGGIONI, «Eucaristía», 514.

⁵⁹⁷ Debido a la propia mentalidad de la época, Montfort omite el aspecto eclesiológico de esta triple relación, destacando en su lugar el mariológico. Cf. C. MAGGIONI, «Eucaristía», 514.

⁵⁹⁸ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 231.

CONCLUSIÓN

El Papa Francisco en su visita al Santuario de Fátima el 13 de mayo de 2017 para conmemorar el cien aniversario de las apariciones, nos recordaba a los fieles allí congregados con palabras de su predecesor el Papa Pablo VI que «si queremos ser cristianos, tenemos que ser marianos». La presencia maternal de la Santísima Virgen María en la vida del creyente no puede considerarse una cuestión meramente facultativa a merced de la libre elección de cada uno y la razón principal la encontramos en las Sagradas Escrituras donde hemos podido comprobar que su colaboración en el plan divino de la salvación respecto a los hombres no es algo accidental o anecdótico, sino que Dios había dispuesto libremente desde toda la eternidad que María tuviese parte activa en la obra redentora llevada históricamente a cabo por Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado, y que esta cooperación se prolongase por los siglos hasta la consumación del mundo, contribuyendo con su maternal intercesión a la generación y santificación de todos los redimidos. En el segundo capítulo se ha podido constatar que poco a poco en el transcurso de los años tanto la Tradición como el Magisterio de la Iglesia han procurado una mayor profundización sobre el rol de María en la obra de la redención (redención objetiva) así también como en su aplicación salvífica a cada uno de los hombres (redención subjetiva).

Su misión, esencial e irremplazable, es la de ser Madre. El “fiat” de María pronunciado en la embajada del ángel permite que la tercera persona de la Santísima Trinidad se encarne en sus purísimas entrañas tomando en ella y de ella la naturaleza humana por la que se une de alguna forma —como enseña el Concilio Vaticano II— a todos los hombres⁵⁹⁹, convirtiéndose en Cabeza de la humanidad, «primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29), de tal manera que su muerte y resurrección se convierten en causa de salvación para todo el género humano, rescatándolos del peso de sus pecados y permitiéndoles la participación en la vida divina por medio de la adopción filial siendo hijos en el Hijo (cf. Gal 4,5). Así pues María concibe a Cristo

⁵⁹⁹ CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Gaudium et Spes*. (7.12.1966), en AAS 58 (1966), 22.

por obra del Espíritu Santo bajo una doble dimensión: como Dios-Hombre y como Redentor, de modo que en su parto virginal da a luz al «Christus totus» según la expresión de San Agustín, es decir, al Cristo físico y al Cristo místico, entendido este último como Cabeza de su Cuerpo místico, de todos los redimidos, a saber, de la Iglesia. De esta manera la Santísima Virgen no solo es reconocida por la Iglesia como *Theotokos*, la Madre de Dios, sino que en virtud de esta divina maternidad ella es también verdaderamente la Madre de todos los redimidos, no en sentido natural lógicamente, sino «en el orden de la gracia»⁶⁰⁰, y es el mismo Jesucristo quien desde el árbol de la cruz nos revela este singular aspecto de la maternidad de su Madre. Ahora bien, afirmar que María es nuestra madre «en el orden de la gracia» es sostener que ella nos trasmite la vida divina, y así lo ha considerado el Concilio Vaticano II cuando manifiesta que la Santísima Virgen por la estrecha unión que tuvo con su Hijo desde la Encarnación hasta el momento de la Cruz coopera a restaurar la vida sobrenatural en las almas, y esta maternidad de María se prolonga por los siglos en la Iglesia, de la que es figura y modelo, hasta la consumación perpetua de todos aquellos que han sido elegidos, cooperando en su generación y educación⁶⁰¹.

María nos engendra a la vida de gracia en Jesucristo, en el mismo acto que este es engendrado virginalmente por el Espíritu Santo, pues ninguna madre engendra por separados la cabeza y el cuerpo, de modo que podemos prever la intervención de la Santísima Virgen en el propio acto de nuestro Bautismo en donde renacemos a la nueva vida en Cristo como hijos de Dios participando de su filiación divina. Por ello el bautizado es verdaderamente hijo del Padre e hijo de María. Pero su función maternal no se agota en el concebir y alumbrar sino que se prolonga en la formación de la nueva prole hasta que Cristo sea formado plenamente en ellos (cf. Gal 4,19). Los bautizados son llamados a iniciar un proceso de “cristificación” por el que se van configurando con Cristo, proceso que es considerado por San Luís María Grignion de Montfort como prolongación de la misma Encarnación del Verbo pero en sentido inverso, pues ahora es el hombre quien está llamado a asumir la vida de gracia (la vida divina) que Cristo nos trasmite. Puesto que este proceso es prolongación del misterio de la Encarnación, necesariamente han de intervenir los mismos agentes que allí intervinieron: el Espíritu Santo y María. Solamente el Espíritu Santo, agente principal de nuestra configuración con Cristo, produce en María, con María y por María, al Dios-hombre. Y es mediante la acción maternal de su fidelísima esposa que sigue produciendo a

⁶⁰⁰ LG 61.

⁶⁰¹ Cf. LG 61, 62, 63.

Jesucristo en cada bautizado en el trascurso de sus vidas hasta que sean alumbrados, por María, en la eternidad.

En este proceso de “cristificación” es esencial la docilidad al Espíritu Santo, dejarse conducir por quien «acude en ayuda de nuestra debilidad» (Rm 8,26), y la mejor forma de ser dóciles a sus inspiraciones en sin lugar a dudas siendo dóciles a la Santísima Virgen quien en su vida jamás se dejó guiar por otro espíritu que no fuese el de Dios, del que está plenamente poseída y al que se entregó como esclava del Señor (cf. Lc 1,35.38). Así María no solo se convierte para nosotros en un modelo de docilidad al que debemos imitar sino que en ella, con ella y por ella nuestra docilidad al Espíritu será plena y perfecta, dejándonos formar por él en el mismo seno purísimo del que se sirvió para formar a Jesucristo Dios y hombre verdadero. El mayor de los ejemplos lo encontramos en Cristo quien no quiso venir al mundo en una edad adulta sino que prefirió hacerse hombre por la acción del Espíritu Santo en María. Por esta razón es considerada como el “molde de Dios”, donde el hombre que en él sea vertido se transforma muy pronto en Dios por la gracia de Jesucristo, pues ha sido arrojado en el mismo molde en que ha sido formado el Dios-hombre.

Llegados a este punto se hace necesario encontrar un itinerario de vida espiritual que nos permita poder vivir esta docilidad al Espíritu Santo siendo arrojados en este molde divino, y en la consagración a Jesucristo por manos de María que San Luís María Grignon de Montfort nos ofrece, conocida comúnmente por la *esclavitud mariana*, hallamos el camino más fácil, corto, perfecto y seguro para lograr este fin. El santo misionero francés no ignora en sus escritos la doctrina de la Iglesia donde se afirma que la perfecta consagración a Jesucristo acontece en la recepción del Sacramento del Bautismo por el que participamos de los frutos redentores de su misterio pascual. Es por ello que un itinerario espiritual para que sea tenido como verdadero ha de conducirnos a vivir en plenitud las promesas bautismales y la devoción mariana propuesta por Montfort cumple admirablemente con este requisito, pues se trata de renunciar a la esclavitud del pecado, al egoísmo, para entregarse por entero a Jesucristo como esclavo de amor por manos de María, la perfecta consagrada a Dios. En definitiva, consiste en vivir nuestra vida cristiana con María, por María, en María y para María a fin de vivir con Cristo, por Cristo, en Cristo y para Cristo, pues quien tiene a María, verdadero árbol de la vida, recibe su delicioso fruto que es Jesús, Sabiduría eterna y encarnada. La Santísima Virgen no puede considerarse únicamente como un testimonio de fe para el creyente cristiano equiparable al de cualquier otro santo pues, por puro designio de Dios, ella es causa instrumental de salvación para toda la humanidad al procurarnos con su maternal intercesión los dones de la salvación eterna. Asimismo, al existir tan sólo con relación a Dios y al

estar tan íntimamente unida con su Hijo Jesucristo hasta el punto de poder afirmar que ya no vive María sino que es Cristo quien vive en ella (cf. Gal 2,20), se convierte para todos nosotros en la morada divina donde se propicia la mística unión entre Cristo y el hombre. La relación espiritual del bautizado con María se hace condición necesaria para progresar eficazmente en el camino de la perfección pues «nadie —señala Montfort— puede llegar a una íntima unión con Nuestro Señor y a una fidelidad perfecta al Espíritu Santo sin una unión muy estrecha con la Santísima Virgen y una verdadera dependencia de su socorro»⁶⁰². La causa de que muchos cristianos no progresen en la vida espiritual se debe principalmente a la falta de perseverancia en medio de las tentaciones y contrariedades de la vida, sin embargo, quien se entrega a María como fiel esclavo suyo toma como arca incorruptible de sus tesoros más preciados, los méritos, a aquella que fue concebida sin pecado original donde «no hay polilla ni carcoma que los roen, ni ladrones que abren boquetes y roban» (Mt 6,20).

Con todo he de afirmar que la verdadera devoción a la Santísima Virgen María sigue siendo un misterio desconocido para muchos, tanto que les lleva incluso a ponerla en entredicho. Por este motivo, la principal intención que me ha movido a escribir estas páginas ha sido el deseo de ofrecer argumentos sólidos que justifiquen nuestro amor filial hacia la Madre de Dios y madre nuestra pues María es el campo del que nos habla el evangelio en donde se halla el tesoro escondido, Jesucristo Señor y Dios nuestro (cf. Mt 13,44), por lo que merece la pena venderlo todo para adquirirlo y poder así gozar del don preciado que en él se oculta. Insisto en recordar que es el mismo Cristo quien desde el árbol la cruz nos invita a acoger a su divina Madre como bien preciado para acrecentar nuestra plena unión con él, meta de la perfección cristiana. Concluyo estas palabras haciendo mío el lamento de San Luís María Grignon de Monfort en su *Tratado de la verdadera devoción*:

¡Ah! [...] ¿Cuándo respirarán las almas a María como los cuerpos respiran el aire? [...] ¿Cuándo llegará, hermano mío, ese tiempo dichoso, ese siglo de María, en el que muchas almas escogidas y obtenidas del Altísimo por María, perdiéndose ellas mismas en el abismo de su interior, se transformen en copias vivientes de la Santísima Virgen para amar y glorificar a Jesucristo? Ese tiempo sólo llegará cuando se conozca y viva la devoción que yo enseño: “¡Señor, para que venga tu reino, venga el reino de María!”⁶⁰³.

⁶⁰² S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 43.

⁶⁰³ S. LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 217.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

| | |
|------|---|
| cf. | <i>confer</i> , véase |
| cap. | capítulo |
| n | numeral |
| etc. | etcétera |
| AAS | <i>Acta Apostolicae Sedis</i> |
| LG | Constitución Dogmática <i>Lumen Gentium</i> |
| SM | Exhortación Apostólica <i>Signum Magnum</i> |
| MC | Exhortación Apostólica <i>Marialis Cultus</i> |
| RM | Carta Encíclica <i>Redemptoris Mater</i> |
| DCe | Carta Encíclica <i>Deus caritas est</i> |
| SS | Carta Encíclica <i>Spe salvi</i> |

BIBLIOGRAFÍA

1. Documentos pontificios y del Magisterio

- BENEDICTI XVI, *Litterae encyclicae Deus caritas est* (25.12.2005), en AAS 98 (2006) III, 217-252.
- , *Litterae encyclicae Spe salvi* (30.11.2007), en AAS 99 (2007) XII, 985-1027.
- CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Gaudium et Spes*. (7.12.1966), en AAS 58 (1966), 1025-1115.
- , *Constitución Dogmática Lumen Gentium*. (21.11.1964), en AAS 57 (1965), 5-71.
- , *Constitución Dogmática Sacrosanctum Concilium*. (4.12.1963), en AAS 56 (1964), 97-163.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Catecismo de la Iglesia Católica*, Getafe (Madrid) 1992^{2a ed.}.
- FRANCISCI, *Adhortatio Apostolica Gaudete et exultate*. (20.03.2018) [Acceso 02.4.2020] http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exultate.html
- IOANNIS PAULI II, *Epistula Apostolica Novo millennio ineunte*. (6.01.2001), en AAS 93 (2001) 266-309.
- , *Epistula Apostolica Rosarium Virginis Mariae*. (16.10.2002), en AAS 95 (2003) 5-36.
- , *Litterae Encyclicae Redemptoris Mater*. (25.03.1987), en AAS 79 (1987) 361-433.
- PAULO VI, *Adhortatio apostolica Marialis Cultus*. (02.02.1974), en AAS 66, (1974) 113-168.
- , *Adhortatio apostolica Signum Magnum*. (13.05.1963), en AAS 59 (1967) 465-475.

- , *Allocutiones in Vaticana Basilica ad Conciliares Patres habita, die festo Praesentationis Beatae Mariae Virginis, post sollemnem ab ipso Summo Pontifice cum Praesulibus quibusdam peractam concelebrationem, tertia exacta Oecumenicae Synodi Sessione promulgatisque Constitutione dogmatica de Ecclesia atque Decretis de Oecumenismo et de Ecclesiis Orientalibus catholicis*. (21.11.1964), en AAS 56 (1964) XII, 1007-1018.
- , *Sollemnis professio fidei*. (30.06.1968), en AAS 60 (1968), 433-445.
- PIUS X, *Litterae Encyclicae Ad diem illum* (2.2.1904), en ASS 36 (1903-1904) 449-462.

2. Libros

- AA.VV., *Comentario al Nuevo Testamento*, III, Navarra 1995.
- ALMEDA, J., *Obras completas de San Anselmo*, II, Madrid 1952.
- BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, Madrid 2012.
- , *La infancia de Jesús*, Barcelona 2012.
- BOVON, F., *El evangelio según san Lucas*, I, Salamanca 1995.
- BULGAKOV, S., *Il Paraclito*, Bologna 1972.
- DE LA POTTERIE, I., *La verdad de Jesús. Estudios de cristología joanea*, Madrid 1979.
- , *María en el misterio de la Alianza*, Madrid 1993.
- E. BROWN, R., *El Evangelio según Juan*. XIII-XXI, II, Madrid 1978.
- FIORES, S. d., *María en la teología contemporánea*, Salamanca 1991.
- , *María, Madre de Jesús*, Salamanca 2002.
- , *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, Roma 1968.
- FITZMYER, J.A., *Los Hechos de los Apóstoles*, I, Salamanca 2003.
- GALOT, J., *Maria. La donna nell'opera della salvezza*, Roma 2005.
- GAMBERO, L. – GHARIB, G. – TONIOLO, E.M. – DI NOLA, G., *Testi mariani del primo millennio*, I, Roma 1988.
- , *Testi mariani del primo millennio*, III, Roma 1988.
- GARCÍA PAREDES, J.C.R., *Mariología*, Manuales de teología 10, Madrid 2001.
- HAUKE, M., *Introducción a la Mariología*, Madrid 2015.
- IRENEO DE LYON, *Contra las herejías*, LIBRO III, Sevilla 1999.

- L. MÜLLER, G., *¿Qué significa María para nosotros, los cristianos?*, Madrid 2001.
- LAURENTIN, R., *La Vierge au Concile*, París 1965.
- LLAMERA, M., *Concilio Vaticano II*, Madrid 1966.
- PONCE CUÉLLAR, M., *María, madre del Redentor y madre de la Iglesia*, Barcelona 2001.
- POZO, C., *El Credo del Pueblo de Dios. Comentario teológico*, Madrid 1975.
- , *María, nueva Eva*, Madrid 2005.
- RAHNER, K., *María, madre del Señor*, Barcelona 2012.
- RATZINGER, J. – BALTHASAR, H.U. von, *María, Iglesia naciente*, Madrid 1999.
- RODRÍGUEZ CARMONA, A., *Evangelio según san Lucas*, Madrid 2014.
- ROSCHINI, G.M., *La Madre de Dios, I*, Madrid 1958.
- ROYO MARÍN, A., *La Virgen María*, Madrid 1997.
- , *Teología de la perfección cristiana, I*, Madrid 1962.
- , *Teología de la perfección cristiana, II*, Madrid 1962.
- SAN LUÍS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Escritos marianos selectos*, Madrid 1999.
- , *Obras*, Madrid 1984.
- SAN BERNARDO, «*In purificatione Sanctae Mariae. Sermón tercero*», en *Obras completas de San Bernardo*, III, Madrid 1985.
- SCHILLEBEECKX, E., *María, Madre de la Redención*, Madrid 1969.
- SCHÜRMAN, H., *Il Vangelo di Luca*, III/I, Brescia 1982.
- SERRA, A., *Maria a Cana e presso la croce*, Roma 1991.
- SIMÓN MUÑOZ, A., *El Paraíso Abierto*, Madrid 1994.
- TANQUEREY, A., *Compendio de teología, ascética y mística*, Madrid 2002.
- VALENTINI, A., *Maria secondo le Scritture: figlia di Sion e madre del Signore*, Bologna 2007.
- ZUMSTEIN, J., *El evangelio según Juan (1-12)*, Salamanca 2016.

3. Artículos

- ALONSO, S.M., «Maternidad espiritual de María. Hijos de Dios, hijos de María: filiación divina y mariana», *Ephemer Mariológicae* 58 (2008) 35-53.
- BANDERA, A., «María en Cristo. Fundamentos de una soteriología mariana según el Concilio Vaticano II», *Ciencia Tomista* 94 (1967) 353-398.

- CASANOVAS CORTÉS, R., «La mediación materna de María en los documentos, textos y actas del Concilio Vaticano II», *Ephemer Mariológicae* 40 (1989) 255-285.
- DE ALDAMA, J.A., «Mater Ecclesiae», *Ephemer Mariológicae* 14 (1964) 441-465.
- DE GOEDT, M., «Un Scheme de revelation dans le quatrième Évangile», *New Testament Studies* 8 (1962) 142-150.
- ERMANNANO, M., «Vicissitudini nel processo di elaborazione del cap. VIII della Costituzione nel Vaticano II sulla Chiesa», *Ephemer Mariológicae* 56 (2006) 217-235.
- ESQUERDA BIFET, J., «La mediación materna de María. Aspectos específicos de la encíclica “Redemptoris Mater”», *Ephemer Mariológicae* 40 (1989) 237-254.
- FEUILLET, A., «Le Messie et sa Mère: d’après le chapitre xii de l’Apocalypse», *Revue Biblique* 66 (1959) 55-86.
- , «Maria, madre della chiesa: resistenze e progressi a vent’anni dal Vaticano II», *Civiltà Cattolica* 136 (1985) 118-130.
- GAMBERO, L., «La spiritualità mariana nella vita del cristiano alla luce della “Redemptoris Mater”», *Marianum* 51 (1989) 239-260.
- GARCÍA LLATA, C., «María en los otros documentos del Vaticano II», *Ephemer Mariológicae* 64 (2014) 11-28.
- ROSCHINI, G.M., «Maria SS. solennemente proclamata da Paolo VI “Madre della Chiesa”», *Marianum* 86 (1964) 297-330.

4. Voces de diccionario

- BOSSARD, A., «Encarnación», en *Diccionario de Espiritualidad Monfortiana*, Santafé de Bogotá 1998, 414-427.
- , «Luís María de Monfort», en *Diccionario de Espiritualidad Monfortiana*, Santafé de Bogotá 1998, 735-761.
- , «Tratado de la verdadera devoción», en *Diccionario de Espiritualidad Monfortiana*, Santafé de Bogotá 1998, 1158-1180.
- FIORES, S. di, «Consagración», en *Nuevo diccionario de mariología*, Madrid 1988, 471-496.
- FIORES, S. d, «Mediatrice», en *Maria, nuovissimo dizionario*, Bologna 2006, 1081-1141.
- GAFFNEY, P., «Consagración», en *Diccionario de Espiritualidad Monfortiana*, Santafé de Bogotá 1998, 269-301.

- , «María», en *Diccionario de Espiritualidad Monfortiana*, Santafé de Bogotá 1998, 777-813.
- GOFFI, T., «Espiritualidad», en *Nuevo diccionario de mariología*, Madrid 1988, 661-678.
- KOEHLER, T., «Historia de la mariología», en *Nuevo diccionario de mariología*, Madrid 1988, 834-855.
- LAURENTIN, R., «Nueva Eva», en *Nuevo diccionario de mariología*, Madrid 1986, 1474-1486.
- MAGGIONI, C., «Eucaristía», en *Diccionario de Espiritualidad Monfortiana*, Santafé de Bogotá 1998, 503-519.
- MARTÍN NIETO, E., «Mujer, María la», en *Diccionario del mundo joánico*, Burgos 2004, 698-700.
- MEO, S., «Concilio Vaticano II», en *Nuevo diccionario de mariología*, Madrid 1988, 445-461.
- , «Mediadora», en *Nuevo diccionario de mariología*, Madrid 1988, 1304-1320.
- OSSANNA, T.F., «Madre nuestra», en *Nuevo diccionario de mariología*, Madrid 1988, 1204-1207.
- SERRA, A., «Biblia», en *Nuevo diccionario de mariología*, Madrid 1998, 358-379.
- TOURÓN DEL PIE, E., «Redemptoris Mater», en *Nuevo diccionario de mariología*, Madrid 1988^{III}, 1684-1689.
- VANNI, U., «Apocalipsis (Libro del)», en *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Madrid 1988, 122-133.

5. Acceso a página web

- BENEDICTO XVI, «Audiencia general. La oración en los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas de san Pablo», Ciudad del Vaticano 14 de marzo de 2012 [consulta: 2.3.2020]. http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2012/documents/hf_ben-xvi_aud_20120314.html
- , «Audiencia general. María, Madre de todos los sacerdotes», Palacio pontificio de Castel Gandolfo 12 de agosto de 2009 [consulta: 2.3.2020]. http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2009/documents/hf_ben-xvi_aud_20090812.html
- FRANCISCO, «Audiencia general. Las bodas de Caná, una alianza nueva y definitiva», Ciudad del Vaticano 8 de junio de 2016 [consulta: 20.10.2019]. http://www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2016/documents/papa-francesco_20160608_udienza-generale.html

- GIOVANNI PAOLO II, «Discorso di Giovanni Paolo II durante la visita alla pontificia facoltà teologica Marianum», Facoltà teologica Marianum 10 dicembre 1988 [consulta: 25.1.2020]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/it/speeches/1988/december/documents/hf_jp-ii_spe_19881210_marianum.html
- JUAN PABLO II, «Audiencia general. En Caná, María induce a Jesús a realizar el primer milagro», Ciudad del Vaticano 5 de marzo de 1997 [consulta: 20.11.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1997/documents/hf_jp-ii_aud_05031997.html
- , «Audiencia general. En el misterio de la Visitación, el prelude de la misión del Salvador», Ciudad del Vaticano 2 de octubre de 1996 [consulta: 6.11.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1996/documents/hf_jp-ii_aud_19961002.html
- , «Audiencia general. La cooperación de la mujer en el misterio de la Redención», Ciudad del Vaticano 8 de enero de 1997 [consulta: 20.10.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1997/documents/hf_jp-ii_aud_08011997.html
- , «Audiencia general. La esclava obediente del Señor», Ciudad del Vaticano 4 de septiembre de 1996 [consulta: 21.10.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1996/documents/hf_jp-ii_aud_19960904.html
- , «Audiencia general. La fe de la Virgen María», Ciudad del Vaticano 3 de julio de 1996 [consulta: 6.11.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1996/documents/hf_jp-ii_aud_19960703.html
- , «Audiencia general. La madre de Cristo resucitado», Ciudad del Vaticano 2 de mayo de 1979 [consulta: 29.1.2020]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1979/documents/hf_jp-ii_aud_19790502.html
- , «Audiencia general. La nueva hija de Sion», Ciudad del Vaticano 1 de mayo de 1996 [consulta: 14.10.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1996/documents/hf_jp-ii_aud_19960501.html
- , «Audiencia general. La presentación de Jesús en el templo», Ciudad del Vaticano 11 de diciembre de 1996 [consulta: 13.11.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1996/documents/hf_jp-ii_aud_19961211.html
- , «Audiencia general. La profecía de Simeón asocia María al destino doloroso de su Hijo», Ciudad del Vaticano 18 de diciembre de 1996 [consulta: 13.11.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1996/documents/hf_jp-ii_aud_19961218.html

- , «Audiencia general. María en las bodas de Caná», Ciudad del Vaticano 26 de febrero de 1997 [consulta: 20.11.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1997/documents/hf_jp-ii_aud_26021997.html
- , «Audiencia general. María, la “llena de gracia”», Ciudad del Vaticano 8 de mayo de 1996 [consulta: 20.10.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1996/documents/hf_jp-ii_aud_19960508.html
- , «Audiencia general. María, nueva Eva», Ciudad del Vaticano 18 de septiembre de 1996 [consulta: 21.10.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1996/documents/hf_jp-ii_aud_19960918.html
- , «Audiencia general. María, tipo y modelo de la Iglesia», Ciudad del Vaticano 6 de agosto de 1997 [consulta: 25.3.2020]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1997/documents/hf_jp-ii_aud_06081997.html
- , «Audiencia general. María y el don del Espíritu», Ciudad del Vaticano 28 de mayo de 1997 [consulta: 18.11.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1997/documents/hf_jp-ii_aud_28051997.html
- , «Audiencia general. “Mujer, he ahí a tu hijo”», Ciudad del Vaticano 23 de abril de 1997 [consulta: 3.12.2019]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1997/documents/hf_jp-ii_aud_23041997.html
- , «Audiencia general. La intercesión celestial de la Madre de la divina gracia», Ciudad del Vaticano 24 de septiembre de 1997 [consulta: 23.3.2020]. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1997/documents/hf_jp-ii_aud_24091997.html

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| INTRODUCCIÓN..... | 5 |
| CAPÍTULO I: <i>Misión maternal de María en la obra de la redención</i> | 9 |
| 1. Gálatas 4,4-5..... | 10 |
| 2. Evangelio de Marcos..... | 11 |
| 3. Los evangelios de la infancia: Mateo y Lucas | 12 |
| 3.1 Evangelio de Mateo (Cap. 2) | 12 |
| 3.2 Evangelio de Lucas | 13 |
| 3.2.1 El relato de la Anunciación (Lc 1,26-38) | 14 |
| 3.2.2 La visitación de María a su prima Santa Isabel (Lc 1,39-56) | 18 |
| 3.2.3 La profecía de Simeón (Lc 2,34-35)..... | 20 |
| 4. María en la Iglesia naciente: Hechos de los Apóstoles 1,14..... | 23 |
| 5. María en el evangelio de Juan..... | 24 |
| 5.1 María en las bodas de Caná (Jn 2,1-12)..... | 25 |
| 5.2 María junto a la cruz de Jesús (Jn 19,25-27) | 28 |
| 6. La mujer del Apocalipsis (Cap. 12) | 33 |
| 7. Síntesis conclusiva: María, nueva Eva (Gn 3,15.20) | 37 |
| CAPÍTULO II: <i>Maternidad espiritual de María en la doctrina católica</i> | 41 |
| 1. La maternidad de María a en la Tradición de la Iglesia: una visión general desde el siglo III hasta el Concilio Vaticano II..... | 42 |
| 2. La maternidad espiritual de María en el capítulo VIII de la <i>Lumen gentium</i> | 45 |
| 2.1 Nuevo enfoque mariológico del Concilio Vaticano II..... | 46 |
| 2.1.1 Perspectiva histórica del capítulo VIII de la <i>Lumen gentium</i> | 46 |
| 2.1.2 Estructura y metodología del documento | 48 |
| 2.1.3 Nueva perspectiva teológica | 50 |

| | | |
|--|---|-----|
| 2.2 | Síntesis doctrinal del documento | 51 |
| 2.2.1 | María unida Cristo | 52 |
| 2.2.2 | María ligada a la Iglesia..... | 55 |
| 3. | La maternidad espiritual de María en el magisterio de Pablo VI | 63 |
| 3.1 | Proclamación de María, Madre de la Iglesia | 64 |
| 3.2 | Exhortación Apostólica Signum Magnum..... | 66 |
| 3.3 | La Solemne Profesión de fe | 67 |
| 3.4 | Exhortación Apostólica Marialis cultus..... | 68 |
| 4. | La maternidad espiritual de María en la encíclica <i>Redemptoris Mater</i> . | 69 |
| 4.1 | La mediación de María es mediación en Cristo..... | 70 |
| 4.2 | El aspecto materno de la mediación de María | 73 |
| CAPÍTULO III: <i>La maternidad espiritual de María camino de perfección</i> .. | | 81 |
| 1. | La función maternal de María en la Historia de la Salvación..... | 82 |
| 2. | Cultivo y crecimiento del “Árbol de la Vida”..... | 89 |
| 2.1 | María en la Historia de la Salvación desde la perspectiva montfortiana | 90 |
| 2.2 | Dimensión trinitaria en el cultivo del Árbol de la vida..... | 96 |
| 2.3 | El cultivo del Árbol de la vida como perfecta consagración a Jesucristo | 100 |
| 3. | Desvíos en el cultivo del “Árbol de la Vida” y la verdadera devoción | 105 |
| 4. | Motivos que favorecen el cultivo del “Árbol de la Vida” | 107 |
| 5. | Efectos en el cultivo del “Árbol de la Vida”..... | 112 |
| 6. | Prácticas particulares para el crecimiento del “Árbol de la Vida” | 116 |
| 6.1 | Prácticas exteriores..... | 117 |
| 6.2 | Prácticas interiores | 119 |
| 6.3 | Prácticas en la sagrada comunión | 122 |
| CONCLUSIÓN | | 125 |
| SIGLAS Y ABREVIATURAS..... | | 129 |
| BIBLIOGRAFÍA | | 131 |
| ÍNDICE..... | | 139 |